

SELECCION
DE CUENTOS



MINISTERIO DE CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

DR. CARLOS MARÍA FLEITAS
Ministro de Educación y Cultura

JUAN E. PIVEL DEVOTO
Director del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

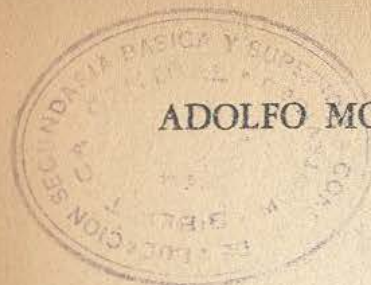
JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 138

ADOLFO MONTIEL BALLESTEROS
SELECCION DE CUENTOS

Cuidado de la edición a cargo de
ANTONIO PRADERIO



ADOLFO MONTIEL BALLESTEROS

SELECCION DE CUENTOS

Prólogo de
DOMINGO LUIS BORDOLI

MONTEVIDEO
1970

Nació en Paysandú el 2 de noviembre de 1888 hijo de don Anacón Montiel y de doña Simona Ballesteros. A los dos años de edad pasa con su familia a radicarse en Salto Oriental donde transcurre su niñez y primera juventud, educándose en escuelas públicas y privadas. Ingresa al Correo como meritorio en 1903, estudia pintura y hace periodismo y viaja a Europa. Visita Barcelona y Francia, se relaciona con Alejandro Sux, conoce a Rubén Darío y colabora en la revista "Elegancias" dirigida por éste. Vuelve a Barcelona y de allí a la patria. Nuevamente en Salto publica su primer libro de versos. Es designado dibujante de la Inspección Técnica Regional de Artigas. En San Eugenio funda una revista "Reflejos", que fracasa. Renuncia a su cargo y se va a vivir al campo en Laureles (Depto. de Salto). Por ese tiempo se le nombra auxiliar de la Oficina de Patentes de Invención y Marcas de Fábrica y luego auxiliar del Ministerio de Instrucción Pública. Entretanto contrae enlace con Ofelia Valentini.

Más tarde designado Cónsul de segunda clase en Florencia, es trasladado a Turín, donde reside tres años y realiza desde allí viajes a Francia y Bélgica. Se jubila y viaja por el sur de Francia, Italia y España.

Regresa al país, se dedica al periodismo y escribe en diarios y revistas argentinas y uruguayas, al tiempo que publica una vasta obra que abarca la poesía, el cuento, la novela, la fábula, el teatro y los libros para niños. Es premiado en diversas oportunidades, conquista una medalla de oro del Ministerio de Instrucción Pública y varios primeros premios en los concursos anuales oficiales. Ocupó la presidencia de la Sociedad Uruguaya de Autores Teatrales y la vicepresidencia de la Asociación Uruguaya de Escritores. Ha prolijado varias revistas, como "Mirando vivir", "La hoja", "Aventura", "Proteo".

En noviembre de 1960 es elegido Miembro de Número de la Academia Nacional de Letras del Uruguay.

Ha editado las siguientes obras: *Las primaveras del jardín* (Salto, 1912); *Emoción* (Mont., 1915); *Savia* (Mont., 1917); *Cuentos uruguayos* (Florencia, 1920); *Alma nuestra* (Mont., 1922); *Fábulas* (Catania, 1923); *Los rostros pálidos* (Mont., 1924); *La raza* (Bs. As., 1925); *Luz mala* (Bs. As., 1927); *Montevideo y su cerro* (Mont., 1928); *Castigo 'e dios* (Mont., 1930); *Queguay el niño indio* (Mont., 1934); *Pasión* (Bs. As.-Mont., 1935); *Barrio* (Mont., 1937); *Farsa* (Mont., 1937); *Dios y el diablo Sociedad Limitada* (Mont., 1938); *Cuentos para niños de América* (Santiago de Chile, 1939); *El país de los sueños* (Santiago de Chile, 1940); *Aventuras de un rayito de sol* (Bs. As., 1940); *La cola de añá* (B. As., 1940); *Querencia* (Bs. As., 1941); *La república de los niños* (Mont., 1941); *La cazadora de almas* (Mont., 1945); *Apólogos* (Mont., 1945); *Vida y mundo de Juancito el zorro* (Santa Fe, 1947); *Florencia* (Mont., 1947); *El burrito blanco* (Bs. As., 1947); *El niño al que se le secó el corazón* (Bs. As., 1947); *El viaje de Pibe alrededor del mundo* (Bs. As., 1947); *Pititi* (Bs. As., 1947); *La ciudad de los ojos alegres* (Bs. As., 1947); *Gaucha Tierra* (Mont., 1949); *La jubilación de dios* (Mont., 1951); *Las canciones camperas de Juan Mario Magallanes* (Mont., 1951); *La rosa en la calavera* (Mont., 1952); *Elegía florentina* (Madrid, 1953); *Mundo en ascuas* (Colonia); *Teatro menudo* (Mont., 1958); *Versos baguales* (Mont., 1959); *Juan sin nada* (Mont., 1960); *Don Quijote Grillo* (Mont., 1961); *El ángel tenaz* (Mont., 1963); *La bonda y la flor* (Minat., 1965).

La presente *Selección de Cuentos* ha seguido fielmente los textos de las siguientes primeras ediciones: *Alma nuestra*. (Cuentos). Montevideo, Cooperativa Editorial "Pegaso", 1922; *Los rostros pálidos*. (Cuentos europeos). Montevideo, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1924; *Luz mala*. Buenos Aires, Ediciones de "Nuestra América", 1927 y *Montevideo y su cerro*. (Cuentos). Montevideo, Editor Claudio García, 1928.

SELECCION
DE CUENTOS

DE
"ALMA NUESTRA"
(1922)

LA CARRETA

¡Hooop, boy! . . . hoop!

No tuvo necesidad de más el viejo Severo para que los bueyes dóciles cesaran su paso cansino, enmudeciendo como por encanto el rechinar agudo de los ejes y no restando del movimiento anterior otra seña que un crujir de maderas, claramente percibido en el ancho silencio de la mañana.

Desde las tres de la madrugada se quejaban los ejes y a cada barquinazo, provocado por las piedras, por las zanjas del camino, resonaba la vieja carreta. Y desde aquella hora, nuestro hombre, en su rutinaria costumbre, gritaba, incitando a las bestias:

—Picazo! Sargento! Blanquito! . . . Capincho, güey! Y la picana larga y cimbreante vibraba amenazadora y más que pincharlos los tocaba, acariciándoles el lomo.

Cuando por el sol, asaz caliente, cesó la marcha, serían las nueve. Se había hecho una buena jornada, y se necesitaba, ya que debían llegar al otro día al Salto con la carga de lana, una de las últimas, cuyo volumen hacía venir tan incómodamente a su familia, indispensable acompañante de sus viajes.

No bien detenido el vehículo, salta de sobre las hinchadas bolsas sucias, hediondas a grasa ovina, el indiecito hijo del carrero.

—Desuño? tata.

—Vos desensillame el "Por si pega".

Así se llamaba el caballo. Su estampa disimulaba sus méritos... La frase: no facilítés animal de poca figura, era como creada para el "Por si pega". El nombrecito le venía de una "agachada" de Severo en unas carreras, en que, al correrse una penca de mancarrones en la cual tomaba parte el suyo, amenazó con socarronería:

—Cuidao, eh! Cuidao con éste por si pega!

Y el matungo ganó la carrera entre las risas del paisanaje.

—Cola y luz, al "Por si pega"...

—Al "Por si pega", toda la vida!

Y desde entonces quedó bautizado.

* * *

Bajan también de la carreta la mujer de Severo y su hija Sista, que integran la trashumante familia.

La china ayuda a desatar los bueyes, aflojando en vueltas y vueltas los largos y sobados manejadores de cuero, mientras la chiquilina suelta el tientó que aseguraba el "muchacho", poste que en la parte trasera del carromato mantiene su equilibrio.

Después, del cajón de abajo de aquél, saca la gu-risa los trebejos del mate y de hacer la comida y unos trozos de leña; tras la búsqueda de charamuscas y de unas piedras para sostener la caldera, —con las rodillas en tierra,— enciende el fuego y sopla, sopla, hasta que un humo blanco azulado se levanta espeso, incierto, lento.

Al "Por si pega" lo han dejado suelto; para "a mano" el matungo.

Los bueyes, cansados, dan unos pasos curioseando con los grandes ojos cándidos y vagos; uno se rasca contra un palo del alambrado, otro no se mueve, rumiando; los de más allá comienzan a ramonear la gramilla que por debajo de los alambres del cerco avanza, suavizando la reseca tierra del callejón.

La familia, en cuclillas, rodea el improvisado fogón.

Se empieza el mate, apenas precedido de algunas frases:

—No vayás a quemar la yerba, muchacha.

Y un grito al hijo, quien, con la picana, anda a golpes con las lagartijas veloces, que en sus carreras vertiginosas rayan una fugaz línea verde al huir en busca de sus cuevas, de una rendija donde guarecerse...

—Vení p'acá, gurí! and'á romperme la picana, mal domao!

* * *

Lleva Severo como veinticinco años de aquella vida dura e inalterable. Ha hecho miles de leguas transportando mercaderías de los pueblos, devolviéndoles esto en frutos, en grano, en carbón, en leña. Le son comunes los caminos de Tacuarembó, de Rivera, del Salto. Todos están sembrados de sus recuerdos; y su mujer, compañera de sus andanzas, que apenas lo dejó una vez al nacer el gurí, asiente a lo que pudiera llamarse sus esquemas de evocación cuando,

en sus marchas, el divisar un arroyo, una casa, el encontrar un pasajero, reviven en el hombre escenas del pasado:

—Ahi, en Quiebra Yugos, sacamos la diligencia 'e Carballo, te acordás?

—Llevaba la muda 'e tordillos...

.....

—La estancia 'e don Chico Machado. Cuando se casó la hija, le trujimos los muebles...

—Aquí peludiamos en el 900, ante 'e la guerra, 'e la última... Hizo un invierno fiero.

.....

Ahora al paisano lo están trabajando preocupantes ideas. Los tiempos que corren son malos. Las cargas escasean porque los estancieros, con carros tirados con mulas o caballos, hacen los viajes con mayor rapidez... Hasta ha oído mentar los "automóviles grandes" que van a efectuar los recorridos en horas.

Sentencia:

—D'esta hecha, nos van-hacer comer gambetas, o

"como en la Fonda 'e la Vitoria
raices te mandó memoria..."

Van sus ojos a la carreta, que hace tantos años hiciera pintar de verde, poniéndole, con letras muy dibujadas, un cariñoso nombre: "LA ORIENTALA".

El pintor le había dicho que se escribía Oriental, pero él se le rió:

—Así lo escrebirán ustedes en el pueblo...

Y ahora, así, con novedades siempre, le seguían llevando la contra a la gente campera.

Miraba la carretera en construcción, rosada, limpia y pareja como una cancha de correr carreras, con los mojones de piedra pulidos, amarillentos, terminados en cúspide...

Ahí, en ese camino tan liso, tan lindo, comenzaban las armas del enemigo.

—Ta muy bien arreglar el callejón, ponerle calzada a los pasos, empedrar las zanjas, pero, pa qué?... Dejuro que no es pa la carreta: pu-ahi se van a venir los carros rápidos, los automóviles, los que nos van a quitar el puchero.

Recordaba que un día, viniendo por el camino de Cañas, después de entrar en un terraplén, los de la cuadrilla se pusieron a gritarle y el gringo capataz se vino corriendo a decirle que el peso de la carreta echaba a perder el trabajo recién hecho.

El detuvo la marcha y le preguntó:

—Y aura, pa qué lo hacen?... Pucha!... no quedrán que uno vaya po-el aire!

* * *

A la distancia, con el ruido característico de los gritos del mayoral y el tintinear del cencerro, se aproximaba una diligencia. Severo concretó en una frase sus ideas:

—Otros. Estos, como yo, tamién van a ir a descular hormigas... Va linda la cosa!

Pasó la diligencia, después un carruaje, gente a caballo...

Comieron, durmieron la siesta. Tomaron mate otra vez y al caer la tarde uncieron los bueyes e iniciaron otra etapa.

* * *

De pronto el ambiente tomó esa semi-luz extraña del sol nublado, bajo la cual las cosas adquieren una especie de morbidez.

Una quietud, una calma pesada aplastaba todo; luego, mientras el cielo encapotado se volvía gris violeta sombrío, empezó a soplar un viento bajo y tibio que agitaba los pastizales y traía rotos los gritos de los teruteros escandalosos, que presentían la tormenta.

Arreció el viento, trayendo humedades de lluvias lejanas, olor sensual y denso de tierra y hierbas mojadas.

Con los aletazos ciegos del ventarrón, se levantaban, espantadas, grandes nubes de polvo.

Retumbaban los truenos sordamente, igual al disparar de una tropa asustada, en la noche.

El cielo, ya negro, era acuchillado por el huidizo zigzaguo de los relámpagos.

Los observó Severo:

—Quebraos de arriba pa bajo: agua segura... Parece que se cai el mundo!

—Vamos a parar?, indagó la mujer.

—No, mientras esté duro el camino se sigue... Alcanzame el poncho.

Taparon bien las bolsas de lana.

Ya las primeras gotas gruesas, que ni bien caían las devoraba la tierra sedienta, tamborileaban sobre el zinc del techo convexo del vehículo.

Antes de una hora de andar hubieron de cesar la marcha.

En la sombra de la noche ya entrada, bajo la lluvia copiosa, dieron nuevamente libertad a los bueyes, pero esta vez no total, pues los animales, castigados por el agua, podían sentirse tentados de huirle.

Continuó el diluvio. El callejón se hizo todo un matete, un barrial líquido y pegajoso, simulando un negro río donde se chapoteaba pesadamente.

Entraba el otoño, y era muy fácil que aquella cinta de fango no secase en muchos días.

* * *

El paisano viejo llegó muy retardado al destino y hubo de oír rezongos y maldiciones a sus bueyes, al tiempo y al gobierno, que nunca terminaba de arreglar los caminos.

—Ya sabemos pa qué, criticó el carrero.

El otro creyó que hacía alusiones políticas, y sonrió.

* * *

Por primera vez volvía a sus pagos de Carumbé, sin carga.

Pese a sus suposiciones el camino había mejorado: las cuadrillas hicieron desagües y arreglaron los sitios más feos. Sin embargo, era preciso ser baqueano para evitar celados peligros de pozos y baches.

De nuevo lo alcanzaba la diligencia, la amiga de sus buenos tiempos. El mayoral era un antiguo conocido.

- Oh, Severo, cómo es eso, vas de vacío?
 —Así es, don Rosas, no había carga.
 —No había? o no te han querido dar esos hijos de la que los lambió.
 —Por qué?
 —Es una güena noticia: han hecho todos una sociedad; ponen los fletes y los pasajes tiraos... Mañana salen del Salto los camiones, los que te van a hacer competencia a vos... prontito no más te van a alcanzar.
 —Ah, sí!

* * *

Efectivamente, al otro día, temprano, cuando él enfrentaba a una tapera en Talas, sintió el resollar poderoso de la máquina.

- No partirse po-el medio!
 Siguió, despacio, picaneando sus bueyes; el auto se comía el camino, y hacía vibrar, alegre, su bocina. El lo miró: era el de carga.
 —Pa estos arreglan los callejones!
 Lo cogó un interior rebullir de indignación. Ese odio innato a lo nuevo, que se va haciendo agrio y áspero en los viejos amargados por su mala suerte, le sugería malas ideas...
 —Trabaje el pobre pa esto...
 La rabia se le transformaba en amenaza:
 —Ahí no más te v-i-hacer saltar, ajo!
 Ya llegaba el camión.

Severo miró la carreta que sólo traía a su familia... El pensamiento de la realidad le hizo perder todo escrúpulo; cuando el automóvil lo iba a enfrentar le

hundió la picana a uno de los bueyes, haciéndolo girar rápidamente hacia la pesada máquina:

—Vira, Sargento, güey!

Se retorció el pobre animal y la carreta, rechinando se fue sobre el auto. El chauffeur adivinó el peligro: dueño de sí, sonriente, se cargó sobre el volante, feliz de poder evitar el choque, gracias a su habilidad y a su sangre fría... Pero él ignoraba la emboscada de un pozo traidor, que entraba en la cuenta de Severo.

Una de las ruedas delanteras de la máquina se hundió entre el barro, y las otras patinaron, giraron en locos remolinos desesperados levantando chorros de lodo en impecables parábolas.

Se inclinó más el vehículo; el motor cesó de funcionar.

En el pescante del camión venían tres hombres; uno bajó de un salto a mirar; los otros, al descender, cambiaban pareceres:

- Vea qué desgracia...
 —No lo habrá hecho adrede?, ese bárbaro.
 —Quien sabe...
 —Tóquele la bocina, que pare, que venga a ayudar... Hay que pedirle que traiga los bueyes.
 Sonó la bocina, gritaron los hombres y como si nada: Severo continuaba tranquilamente, moviendo la picana al ritmo de la marcha.
 No había sacado distancia como para no oír y con esa conclusión uno de los individuos gritó enfadado:
 —Carrerooo!... Carrerooo! paresé, le digo!

Entonces él miró para atrás y retrucó, también amoscado:

—Mande a sus hijos, compañero.

Ya, por el callejón, venía corriendo uno de los tipos:

—Por qué no para!? No siente, usted?... No ha visto que por su culpa ha sucedido el accidente!

La carreta continuaba, azuzados los bueyes por el muchacho, y Severo, deteniendo su "Por si pega", afirmada la picana en el suelo, como una lanza, dejó acercarse a su contrincante, quien, a medida que se aproximaba gritando, más se enardecía:

—Usted se debía haber ofrecido sin necesidad que se lo pidieran; no vio lo que pasó?... Nosotros lo llamamos y se hace el zonzo!

—No sentí, amigo.

—Qué no va a sentir!... Ahora va a ir con una yunta de bueyes a ayudarnos.

—No, compañero, le dice el paisano con una fría sonrisa:

—Mis güeyes no sirven pa eso.

—Entonces usted tiene delito, gaucho bandido! Ha atravesado de gusto su carreta cascarienta en el camino! Canalla!

—Epa, desbocao, a ver lo que dice!

—Qué no le voy a decir, amenaza el otro, y echa mano al revólver; el carrero empuña la picana.

Con la sola intención de intimidar al paisano, el del arma le apunta, pero el indio, más listo, temeroso de que lo "madrugue", le hace saltar el revólver

al aplicarle un terrible picanazo. Aunque el clavo de la picana es pequeño, el golpe ha sido de consecuencias dolorosísimas porque el herido cae al suelo semi desmayado.

La escena se desarrolla fulmínea. Cuando los compañeros del caído se dieron cuenta del combate, corrieron increpando a Severo y descargándole sus revólveres.

El carrero da vuelta el caballo y se aleja impasible.

Esa misma tarde lo alcanza la policía a la que los del camión dieron cuenta del hecho, luego de inflarlo convenientemente.

El gaucho bandido había provocado la caída del automóvil, el cual aun estaba en el camino con una rueda rota, y a la demanda de socorro había respondido insolentándose e hiriendo a uno de ellos.

* * *

Detuvieron al paisano y lo envolvieron en la complicadísima malla de la justicia, de la cual se pudo desenredar después de un año, cuando se gastaron los pesos conseguidos por su mujer al vender la carreta casi inservible y los bueyes, que las apremiantes necesidades del preso y de ellos la obligaron a sacrificar.

La hija, en edad, había hecho rancho por ahí. El gurí, de peón de carrero, seguía el oficio del padre. Y la patrona, la pobre china, estaba "pa lo que saliese", en el almacén de Cianelli, en Carumbé, donde había vendido el destartado vehículo.

* * *

De favor, lo traían ahora en la diligencia.

Con la libertad no había recuperado la alegría. El indio melancólico se oscurecía en cavilaciones; sentía como si algo se le atravesara en la garganta...

Cuando haciendo sonar su bocina chillona y levantando nubes amarillentas de polvo cruzó un camión, el mayoral le dijo:

—Vos siquiera se la hiciste lindo...

El paisano recuerda sus meses de cárcel, su familia, piensa en el futuro... y contesta con ese torcer de cabeza y ese abrir de ojos tan expresivo donde están trezados en duda terrible un sí y un no.

Viene cansado ya que ayuda en las postas a desprender y a atar los caballos, haciéndose servicial para ganar aquel pedazo de dura tabla en que va hacia su recuerdo.

Van entre los cerros pedregosos de Arerungué. Las colinas de un gris rojizo, ferruginoso, dan una sensación de sed angustiada. Por allá abajo la visión se suaviza entre las praderas verdes, donde ondula la línea azul del monte. Por las laderas de las cuchillas suben y bajan, como largas víboras ocre-violeta, los cercos de piedra mora.

Ahora se ven, a lo lejos, los frondosos ombúes del almacén.

Llegan al destino. El aun quiere ayudar. El mayoral lo aparta:

—No, dejá, dejá; ahí viene tu patrona.

Ella viene llevándose el delantal a los ojos. Al abrazarlo:

—Cómo lo habrás pasao!

Han rodeado las casas de piedra. Pregunta por los hijos:

—Están güenos: Sista vive ahí no más... El gurí, —hecho un mozo,— llega mañana de Tambores... Lo que son las cosas: en la carreta d'él tiene los güeyes nuestros.

Es fama que los hombres que tienen sangre indígena son muy duros para llorar, sin embargo, hay una sordina de sollozo en la voz del indio cuando pronuncia:

—Blanquito... Picazo... Sargento... Capincho...

¡Cómo iba a olvidarlos!

Tras unos pasos sus ojos descubrieron la carreta vieja: en el suelo, sin las ruedas, descascarándose su pintura verde, donde mal se podía leer "LA ORIENTALA", como él mandara poner...

En la ventanilla de adelante cantaba, prosopopéyico, un gallito joven; dentro cacareaba una gallina...

—La carreta nuestra, Severo!

El intenta sonreír y hace una mueca dolorosa. Se detiene rígido como si tuviese las piernas ligadas.

Ahí están un tiempo en un indescriptible silencio trágico.

Cuando la paisana, ahogada de emoción, tartamudea un ruego, que tiene algo de entraña maternal, el criollo vencido, en un impulso irresistible, se ha quitado el sombrero y le grita a la mujer temblorosa:

—Dejemé, le digo!

LOS SIN PATRIA

Es-ti-ba-dos, como decía él haciendo sonar castizamente las sílabas, había venido con unos compañeros en la bodega de uno de aquellos viejos barcos de vela que echaban cuarenta, hasta sesenta días, en el viaje penoso. Había venido de España a nuestra América en busca de libertad y de oro.

En ella había encontrado un rudo trabajo esclavizador que, como un castigo, lo dobló cuarenta años, remuneradores eso sí, pues le rindieron dinero en abundancia.

En ese sentido había triunfado, y de ello hablábamos en la trastienda del comercio, en nuestras interminables horas de mate amargo.

* * *

Tenía dieciseis años cuando vino —dependiente para todo servicio— al boliche del "Mundo", en "Los Orientales", rincón perdido en los límites de los departamentos de Salto y Tacuarembó.

Su patrón, don Manuel Rodríguez, a quien le gustaba empinar el codo y que cuando lo recibió estaba entre San Juan y Mendoza, le había dicho:

—Güeno, mi amigo, ahí está eso, hágase cargo 'e la casa 'e comercio: usté, como dueño, puede hacer

y deshacer. Yo, sólo me v-i-a ocupar del otro negocio, del de los lechuzones. Aquí está su porvenir. Ustedes son trabajadores, honraos, ahorrativos... No le marco sueldo, ni nada; pero no v'a quedar descontento de mí... Trabaje y verá...

* * *

El "Almacén del Mundo" era como para caerse de espaldas.

El edificio de tablas carcomidas, agujereadas, con ese color violeta-azulado que toma la madera a la intemperie; el techo de zinc, protegido por grandes piedras que ayudaban a asegurar las chapas; cuatro habitaciones: la de la familia, —el patrón tenía mujer y una hija,— el comedor, que era también habitación de huéspedes, un depósito babélico, donde dormía el empleado, y el boliche, pomposamente llamado por don Manuel: la casa de comercio.

Esta tenía el piso de tierra y lucía una estantería y mostrador de madera sin pintar, amarillenta y sucia. Afuera del mostrador, en el sitio de los clientes, seis bancos, de esos de asientos redondos, abrían sus cuatro patas como si se estuvieran afirmando; contra la pared la tinaja de agua, un barril grande de catínguda caña brasilera, uno de menores dimensiones de vino carlón, y la barrica, empezada, de yerba.

El aroma acre de la yerba, junto al tufo del tabaco negro en cuerda, al olor de la caña y del pavimento de tierra, daban al ambiente un aliento característico, que fija imperecedero el recuerdo de los viejos almacenes de campaña.

Por los estantes, predominando las botellas de bebidas, se confundían artículos de toda clase y cualidad: hilos, géneros, cuchillos, drogas, ropas... De los tirantes toscos, en sendos clavos, pendían botas, calderas, cinchas, ollas de hierro...

El negocio de "los lechuzones" de don Manequiño, —así se le denominaba cariñosamente entre sus relaciones,— era el contrabando, y el boliche una especie de centro de operaciones y refugio protector.

A esta circunstancia se debía el tenerlo descuidado, a veces semanas sin abrir, mientras el patrón hacía sus productivas giras por el Brasil.

Don Gonzalo Alvarez, un comerciante de Tacuarembó, con quien trabajaba, le había aconsejado tomar aquel galleguito como dependiente y, ya que él no tenía vocación para comerciante, seguía gustoso la indicación.

Su trabajo nocturno lo encontraba más en su elemento. Algo de aventurero, de expuesto, de romántico, grato a su idiosincrasia, tenía aquel continuo peligro de burlar guardías y reírse de la ley.

En la noche ponía a prueba su conocimiento del terreno y sabía dar, guiado por las estrellas, con la picada acortadora de camino o con el monte protector.

Aparte de eso, el hombre, —flaco, hundido, de bigote y cejas abundosos y foscos,— no tenía muchas preocupaciones, como él bien lo expresaba.

Amaba su pequeña familia y cuando la caña le ponía activa la estropajosa lengua se envanecía de sus hazañas, las relataba con lujo de pormenores, cui-

dando, con exageradas precauciones, de sustituir la palabra tabaco por "artículo".

En sus soliloquios se interrogaba, se respondía, acentuando las frases con ademanes ampulosos.

—Y qué me decís, Manequiño?...

—Qué querés que te diga?... No, yo no sé quien traerá mejor artículo...

—A ver, a ver quién le pisa el poncho a Manequiño?...

—Ah, ah! usted quería artículo güeno, artículo garantido?... Y a quién se lo v'a pedir!...

O su orgullosa paternidad reclamaba la presencia de su hija, a la cual elogiaba hiperbólicamente.

La chica se llamaba María, era endeble, rubiecita, con ojos claros.

Don Manequiño le gritaba con voz de trueno, que se volvía tierna:

—Venga la hija, venga con el tata... La linda Mariucha... La Mariucha, la hija 'el Mundo; donde pisa la Mariucha, tiembla la tierra!

La pequeñuela le tiraba el bigote, le obligaba a no seguir bebiendo o le traía el mate que él sorbía incansablemente.

* * *

El nuevo empleado inició sus funciones no sin cierta desolación.

Miraba aquellos campos inmensos, el camino solitario, que daba la idea de esas sendas abandonadas por donde no se va a pasar más nunca... Se le caían los brazos frente al "comercio" tan desurtido, ocu-

rriéndosele que allí no sólo iba a aburrirse sino a morir de hambre.

Dominándose, mintiéndose ilusiones, acomodó todo como mejor pudo, limpió, ordenó. Se fue orientando con respecto a las ventas, y se enteró del negocio de "los lechuzones", bastante lucrativo, ya que era fuerte la demanda de tabaco, yerba, café, dulces...

Visitó las estancias vecinas; vinieron algunos clientes.

Fue al pueblo a hacer surtido.

De vuelta tomaron un peón, compraron una carretilla, y el hombre aparentaba tomarle gusto y amor a su trabajo.

El llevaba los libros, vendía, cargaba o descargaba las mercaderías; maturrangueando a caballo recorría la clientela; hacía las compras.

Extendieron los negocios a frutos del país y hubo de aprender a enfardar lana y a envenenar cueros.

Penosas tareas que él llevaba a cabo con una dedicación y una bonhomía de muchacho dulce.

Con el trabajo y las preocupaciones se iba adaptando a esa vida simple; sólo sufría pequeños decaimientos secretos al caer de la tarde, en esa hora en que se ahonda la tristeza de los campos... en las noches sin sueño, pobladas de recuerdos de su tierra, de nostalgias que se agudizaban entre las evocaciones... Entonces, suspirando, se prometía un pronto retorno...

Don Manequiño continuaba con sus actividades contrabandistas. Una noche, mientras aguardaban dos

carretas, que debían descargar rápidamente para evitar sorpresas, llegó herido nuestro hombre, acompañado por dos de sus secuaces.

—Mal gaucho, decía, lo que ha hecho es robarnos. Me v'a venir a mí con que defiende el fisco... Suerte todavía que no nos agarró a nosotros y pudimos salvar algo...

La herida no parecía de mucha importancia, pero habría que ir a buscar un médico al pueblo: él no podía andar más.

El español, que aparentaba una fría indiferencia para todo lo que no fuera su labor y a quien no era fácil atribuir gran sensibilidad, estuvo desconocido en aquellos momentos.

Con la llegada de don Manequiño sufrió todas las alternativas de los grandes sustos, pero tal estado psicológico que tenía un fondo de sincero dolor; pronto se transformó en entereza y en deseos de demostrar su afecto al patrón.

Con lágrimas en los ojos, "a lo que te criaste" él hizo la primera cura; después se necesitó elocuencia para demostrarle que el peón era el más indicado para ir de chasque, en busca del médico, pues él reclamaba el derecho de ir.

Mientras trataban de estancarle la sangre, Rodríguez, que había pedido un trago de caña, que se volvía trago y buche, narraba el hecho:

—Nos habíamos arreglado con el "segundo", porque siendo el cargamento grande era mejor pasar tranquilos. Y el otro comisario, hijo de p... también quería mojar.

No sé si olió la cosa... La custión fue que él no estaba en la seción y después apareció... Tuvo unas palabras con el segundo, éste nos mandó avisar; pero el milico de la comisión llegó tarde, cuando ya nos estaban meneando chumbo.

Hubiéramos tenido tiempo de disparar, pero a mí se me alborotó la Rodrigada y le hicimos la pata-ancha no-más...

Nos mataron el negro Timote, —tan güeno el finao!... — nos baliaron dos caballos, que los parió! —me jodieron a mí y nos agarraron una carreta con yerba y sal... La sal!... Yo digo siempre: la sal es una porquería y no se gana nada... Pesa como la gran pucha...

* * *

El doctor tarda dos días para venir. La herida, sin los convenientes cuidados, ha tomado mal carácter.

* * *

El enfermo tiene fiebre y sufre mucho. No lo dejan beber y aquello parece lo aniquilara más.

Una noche despierta sobresaltado y llama alrededor de su lecho a sus deudos, al dependiente.

—Soñé fiero, me asusté... No es pa que ustedes también se asusten, pero es mejor que hablemos.

—Lo que usted necesita es tranquilidad, don Manequiño.

Su mujer menciona el doctor, y él:

—El doctor agarró pa chanchas moras!... qué sabe!... No me salió hablando 'e la bebida?... Me baliaron con caña a mí?!

Güeno, Jesús, nosotros tuavía no hemos arreglao nada...

—No se preocupe, bah; lo importante ahora es su salud.

—Las cosas deben hacerse bien y no hay que dejar escapar el tiempo... Vos has trabajao fuerte, te has portao y así q'en todo te podés considerar como socio mío... Si querés arreglar cuentas, si vos te pensás ir... Lo que sí, como amigo, yo te haría un pedido: que no nos dejés.

—Pero si yo no he pensado en nada.

—No, yo te digo porque vos ya sos un hombre, tenés tu capitalito, estás en edad de casarte... Si querés, si te gusta la muchacha, ahí tenés m'hija, la Mariucha; ya es una mujer y vos la conocés...

La muchacha se ruboriza y la señora, que en silencio oye a su marido, se va para la otra habitación con el pañuelo en los ojos.

Jesús, emocionado, solemne, balbucea:

—Gracias, gracias... y estrecha la mano del herido.

* * *

De resultas de aquella malhadada herida, y cuando menos se creía, muere don Manequiño.

Un día la viuda, temiendo que su ex empleado pretenda alguna otra compañera, se atreve a hablarle de la promesa que se insinuó en la escena imborrable. Jesús, que consideraba un mandato sagrado el recordado ofrecimiento y estimaba un deber el cumplirlo, le manifestó que no había vuelto sobre el tema sino por cortedad, por delicadeza...

Mariucha lo miraba bien, lo quería.

Unido a la vida de la chica, habiendo vivido como dos hermanos, apenas fueron novios. El idilio lo vieron después de casados.

* * *

El gallego, como le llamaban antes, con un dejo un tanto despectivo, es ahora conocido por don Hermita. Ha influido en ello más su bondad que su situación.

El hombre, con su buen sentido para el comercio, se ha redondeado una fortuna y es dueño de campos y haciendas.

Manda construir una nueva casa, contribuye a que se edifique la escuela; habilita uno por aquí; ayuda a un muchacho con buenas disposiciones para estudiar, y tiene ganada la unánime simpatía del pago.

Vive tranquilo, feliz, con su mujer, quien le ha dado un casalcito de lindos chiquilines, pero siente un resquemor nostálgico en su alma.

Han pasado los años del esfuerzo continuo, de las luchas ásperas y vuelve la "murriña", que le apretaba el alma en los primeros tiempos, avivándole las saudosas remembranzas de la materna tierra...

El quiere eludir la insistencia melancólica de los recuerdos y se engaña:

—Me estoy quedando viejo... O atribuye su depresión a la falta de acción habitual.

Corren los años. El hijo estudia en la capital. La hija se casa, y con la falta de esa compañía querida,

solo con su mujer, reanuda su trabajo interior el ansia obsedente de tornar a su tierra, a su patria.

Con las calladas evocaciones se le aparecen claras las cosas del pasado, las dulces visiones de la tierra, los mínimos detalles de su infancia lejana... Pequeñeces, nimiedades que nacen nítidas entre las brumas de una lejanía sentimental que le es al tiempo grata y dolorosa...

Le cuesta una enormidad de diplomacia y de argumentaciones convencer a su compañera para que lo acompañe... Y el tacto que adopta es resultado de un explicable fenómeno psicológico: cuando está solo, para su sentir íntimo todo es hacedero y fácil, pero ante su mujer se complica el problema. El mismo se condena, considerando que al irse comete una ingratitud; que revela la dureza de su entraña no enternecida en los largos años inquietos y dolorosos, aunque llenos de compensaciones, que ha vivido en América.

Al fin consiguió arrancar a la patrona el asentimiento: lo acompañaría en el viaje y si bien, él, viniendo escrúpulos, hubiera preferido restar allá, debía conformarse sólo con dar un paseo.

La suerte no quiere que su mujer lo acompañe: una antigua dolencia la voltea. Y parece que la Mariucha muere contenta; la Mariucha, hecha ya una vieja, siempre en aquel mundo reducido, familiar, entre el invariable círculo del horizonte inmediato; humilde, simple, quizá sin otra ambición que la de reflejar en sus ojos claros, como última visión, el nativo paisaje... Se diría que la misma fuerza mis-

teriosa que atraía a Jesús a través del océano, llamó a la pobre mujer al largo descanso en su tierra triste, sencilla y quizá por ello más querida.

El pobre Hermida se desesperaba, con la oscura angustia de haber precipitado su fin.

* * *

Ahora sí, bien solo, con el pensamiento de su tierra vuelto obsesión, miraba indiferente, desde la trastienda, el movimiento del comercio en plena prosperidad, recibiendo como por fórmula el pésame de los conocidos:

—Lo acompaño n'el sentimiento...

Sintiendo el:

—Cómo teim pasado, o el:

—Ate ya, de los muchachitos aindiados que traen una lista con las indicaciones de las compras, y vuelven en sus petizos, con las maletas de lienzo azul o color café, hinchadas de fariña, de galleta, de porotos...

Luego de largos meditates y consideraciones se confesaba que no poseía un verdadero apego, ni sentía una concordancia sentimental con aquella gente inculta, casi primitiva, que lo rodeaba; con el ambiente aplastador, con el paisaje, con el campo triste, donde ritmos y cosas que morían sin ecos, sonaban a sollozo angustiado: el balar de las bestias, el chirriar de las carretas, el agudo grito de los horneros, el canto lamentable de los hombres...

Se tenía que ir!

Sí, se iba; y un pensamiento resignado, pero hondamente triste, le completaba la idea:

—A vivir los últimos días en la patria, a morir donde naciera...

* * *

Escribió a los hijos. Arregló todo en forma y casi de sopetón, como para que la gente de las cercanías no se enterase y lo incomodara con sus despedidas; saludó solo al gerente y los empleados.

La diligencia pasaba temprano.

La tarde antes había ido al cementerio donde descansaban su mujer y sus suegros. Se enterneció: en aquello no había pensado. Con la tristeza de las evocaciones le pareció todo menos triste. Y un pensamiento dormido le dijo desde el fondo del alma:

—Para qué te vas?...

* * *

Ahora, desde el pesado vehículo, al pasar frente al cementerio medio se entreparó para mirar por última vez, ¡por última vez! aquel rincón de sus sagrados recuerdos.

Pasó por Montevideo, donde vio a los hijos que prometieron visitarlo muy pronto, y con un ansia, con una nerviosidad infantil, no sacó en todo el viaje los ojos del horizonte, como si temiera cometer un pecado al no ver, primero que nadie, la tierra querida.

Largo, incómodo el viaje, pero ahora vendrían las compensaciones. Un buen día, claro, alegre, avistaron Portugal, Lisboa, y al otro día desembarcaba en Villa García, a dos horas de su lugar.

Qué honda y compleja emoción la de ver las campiñas nativas verdequeantes, pintorescas, risueñas... Y, por qué se acordaba, precisamente ahora, de aquellos campos uruguayos, tristes, del camino solitario, del cementerio?...

* * *

Habían pasado más de cuarenta años y ahí estaba todo reconocible, como esperándolo: las sierras, el valle, la aldea apeñuscada alrededor de la pequeña iglesia de un gris amarillo, manchado de lunares de humedad. Las callejas mal empedradas, con hierba, donde pastaba un asno. Chiquillos sucios que jugaban en la tierra...

Se instaló en casa de un pariente lejano, quien le abrió los brazos al olor de sus pesos. Los viejos del lugar, —algunos lo recordaban,— venían curiosos a ver el indiano; el americano, decían otros.

Recibió la visita del cura, que le insinuó un pedido de dinero.

El, generoso, dio largamente para reconstruir la iglesia, para una escuela, para los pobres...

Entre los agasajos y sus humanitarias preocupaciones, entre las novedades y las charlas del villorio, pasaron los primeros meses.

Después el ambiente, las figuras, le fueron siendo habituales. Aquello se asentó, como un limo, en su alma, y de más del fondo empezaron a insinuarse, a brotar los recuerdos.

En las siestas silenciosas, tenía la visión de cuando sentado dormitaba en la trastienda de su casa de comercio, y veía los indiecitos que lo interrogaban:

—Cómo teim pasado?...

Y soñó con el campo de "allá", tan igual, tan amplio, tan triste!...

Creía haber huido del dolor y resultaba que al dolor lo había traído consigo. Allá había tristeza, y aquí había tristeza, y frío de mezquino interés y de egoísmo.

En la tierra nueva era el hombre laborioso, bueno y querido, al que se recurría como a un patriarca. En la tierra vieja era un desconocido, envuelto en una leyenda de oro: un rico de América... Un hombre al que se podía explotar...

Alcanzó a estar seis meses.

Un día inesperado llegó a casa de los hijos, en Montevideo.

Mientras se abrazaban:

—Viejo!... Y eso?...

—No sé cómo explicarte, no podía vivir allá; me vuelvo...

—Te quedás con nosotros, verdad?

—No, me vuelvo, allá!

Y la voz rota de emoción:

—Allá, a quedarme... Ya me irán a ver ustedes.

* * *

Y ahora, desde la diligencia traqueteante, mira los campos familiares, los cerros ondulados, el tajamar que él ayudó a hacer, los sauces llorones que él plan-

tara, que vio crecer como a sus hijos... Allá, el cementerio!...

Tiene una sonrisa mirando las estancias a donde iba, maturrangueando, a ofrecer las mercaderías.

Era domingo cuando llegó a "las pagos", como él mismo amaba decir.

Siguiendo la costumbre, al llegar la diligencia salían a recibirla.

El gerente reconoció primero al patrón y mal re-
puesto de la sorpresa, le gritó, entre alegre y triun-
fante:

—Don Jesús! Y esa patria!...

—Y, y, no me hallaba...

—Tanto entusiasmo...

—Es así, reflexionaba el viajero.

Sin saberlo, nosotros, al dejarlas, perdemos nuestras patrias, y las perdemos porque venimos a traer nues-
tras almas y nuestros cuerpos para ayudar a hacer estas otras.

—Aquí me tienen...

Sí, allí lo tenían: era el ejemplo.

Las filosofías sobran.

* * *

Le fueron a preparar el mate.

Como era fiesta, las enramadas estaban llenas de caballos prolijamente aperados. La clientela rumorosa, bullanguera, que se había atropellado a las puertas del almacén y cambiaba comentarios, tuvo un alegre impulso colectivo de entusiasmo.

—Don Hermida! Don Hermida!

Un paisano inició la bienvenida espontánea:

—¡Viva don Hermida!, que todos corearon:

—¡¡Viva don Hermida!!

Ya le traían el mate amargo.

El hombre no pudo contestarles nada, con el pecho oprimido, con los ojos llenos de lágrimas.

EL CHASQUE

Aun no existían por aquellos rincones el teléfono y el telégrafo, y eran necesarios para caso de urgencia los "propios" que, reventando caballos, se devoraban cincuenta leguas en ocho horas.

Para estas comisiones se necesitaban hombres de confianza, muchachos resistentes y que conocieran su responsabilidad.

Don Simón Rosas, en las tarjetas reclame de su empresa de diligencias, indicaba en letras llamativas que también se encargaba de "propios" a cualquier parte del país.

Diego Gularte, uno de sus peones, era el baqueano y el veterano de los chasques. Conocía los departamentos limítrofes como la palma de la mano y era ágil y de aguante.

Indiecito retacón y fuerte, parecía nacido arriba del caballo; puntilloso él de su hombría, las órdenes que recibía eran sagradas.

—Gularte.

—Mande.

Tenés que dir al Mellao, al Paso del Parque, y estar pa mañana de güelta.

Dos o tres indicaciones más con respecto al caballo, al repuesto de éste, a alguna cortada de campo, a que tomase por una picada, y no había sol de fuego

ni arroyo crecido ni nada que lo acobardase o lo atase.

Los otros peones lo consideraban con envidia, lo trataban de "liviano" aludiendo a su peso ligero, propicio a no cansar al animal en el viaje, y dándole, en doble sentido, un despectivo valor al vocablo, popular equivalencia de flojo. Pero él, suficiente, sonreía, y estrenaba un sombrero compadrón, un pañuelo de seda, como resultado de las galopadas terribles.

* * *

Una mañana, no hacía mucho habían vuelto de un baile y mateaban para engañar el sueño, cuando llega el patrón a la cocina y después de saludar, dice, toreando:

—Vamos a ver, ¿quién se anima a pegarse un paseíto hasta el Queguay?

Los peones, como reconociendo el derecho de Gularte, lo dejaron ofrecerse:

—Yo, patrón.

—Es pa las puntas del Queguay, a lo de don Lidoro Pintos, casi en la cuchilla de Haedo...

—Por donde el diablo perdió el poncho, comen-tó uno.

* * *

Gularte se mojó la cabeza, colocó unas frescas hojas de tártago dentro del sombrero, ajustado con el barbijo, se aseguró bien la carta que debía llevar, y en tanto sus compañeros le hacían guiñadas como diciéndole:

—Aura vas a ver con quien se casó Caña Güeca!...
Partió.

* * *

Calentaba el sol.
El indio, sin dormir, entrecerraba los ojos encandilados por la luz.

Galopaba canturreando por el callejón, y todo se le volvía arrorró: el acompasado golpear de los cascos del caballo, su propio canto monótono, el vaivén uniforme del galope.

Intentó silbar. Sacó un cigarro, atenuó la marcha y fumó.

Cuando llegó al arroyo del Molino se mojó otra vez la cabeza, se acomodó las hojas medio achicharradas y miró con delicia el pasto suave, alto, que se movía e invitaba a una siesta...

Al avistar el boliche del "Tropezón" crió coraje.

Bajó allí, tomó una cañita y pidió una botella de cuarta de la bebida porque veía que si no iba a aflojar.

Cambió caballo; comió pan, queso y sardinas y emprendió la marcha.

Se acercaba el medio día.

Las cachirlas, flotantes sobre sus patitas de alambre, esponjaban las alas, abrían los picos, asfixiadas.

Gemían las palomas: tuiráa, tuiráa...

A Gularte le pareció triste y desagradable la nenia y exclamó:

—Pucha, yo mataría todas las palomas.

Había un calor de incendio. Se dijera que a momento todo iba a empezar a arder bajo el impla-

cable cielo amarillo, lívido. La sombra azul violeta del muchacho y de la cabalgadura parecía ir suspendida en el aire enrarecido. Venían del camino y del campo, con olor a pasto seco, bocanadas de fuego que herían los ojos y reseaban las fauces.

—V-i-a tomar otro traguito...

Y la caña brava le daba una ilusión de fuerza y de alegría.

Se puso a cantar a gritos. Después le pareció que el pingo acortaba el galope.

—Disgraciao, aura te me vas a aplastar!

Y empezó a darle lazo y lazo, lanzándolo en carreras desenfrenadas.

El viento encendido le quemaba el rostro, le chillaba en los oídos, y él, dele rebenque, volaba por el callejón desierto.

Bufaba el caballo, echaba humo, se llenaba totalmente de blanca espuma.

A Gularte le zumbaba la cabeza y se sentía ganado de un furioso rabiar contra el matungo, contra el camino, contra los campos y los palos del alambrado que giraban vertiginosos como si estuvieran bailando.

—Nunca me ha pasao esto! se admiraba, y se cándose el sudor se detenía para beber otro trago.

Se acordó del baile de la noche anterior: un güen baile... El salió enredadísimo con una chinita hija de una lavandera.

—Linda diversión los bailes! y si son con corte, no te digo nada!...

—Lindo el baile!

Galopó, galopó...

Sus recuerdos se confundieron, se embrollaron.

Sofrenó el caballo.

—Y aura, pa qué me apuro tanto? se interrogó.

.....

Llegaba a Laureles. Había un almacén. Nuevamente hizo llenar de caña la botella. Compró dulce, bizcochos, yerba, azúcar... Allí, a la media legua, vivía una paisanita con la que él andaba noviendo.

Salió tambaleante del almacén y montó a caballo. Rumbeó al rancho.

* * *

Dormía todo en el bochorno de la siesta.

El campo, el cielo, las cosas, estaban como suspensos bajo la luz deslumbradora, en una calma de ojos abiertos e inmóviles.

Gularte sentía deseos de cantar a gritos, y la sangre se le precipitaba a borbotones por el cuerpo tembloroso.

Al llegar, saludó; no obtuvo contestación. Cuando se apeaba apareció la muchacha, la pardita sabrosa por quien él se derretía de amores.

—Oh, usted, Gularte...

—Yo, prenda...

—Toy sola, mama salió.

—Mejor si es gorda, le sonrió el visitante, sin saber lo que decía. Y, alcanzándole sus regalos:

—Le traigo esto, sabe...

Ella tomaba los presentes: los dulces, la yerba, los bizcochos...

—Gracias, pa qué se fue a incomodar...

—Usté lo merece... y se le aproximaba.

—Me parece que no está muy bien, Gularte.

—Estoy macanudo!

Dejó el caballo sin desensillar, se quitó el sombrero y entró al rancho, deshecho, derrengado, imposible.

La muchacha, que no tenía con él mayores intimidades, previó el peligro, quiso salir, pero él la tomó por un brazo tartajeándole:

—Venga, vieja, venga...

Y rodaron abrazados.

* * *

A los cinco minutos Diego Gularte roncaba con la boca abierta, mientras volaban, zumbándole sobre la cara, las moscas.

Cuando volvió la madre de la muchacha se enteró a medias del suceso; arreglaron mejor al paisanito sobre el recado, mientras ella comentaba:

—Pobre mocito... si-ha pasao un poco...

* * *

El sol alto del otro día daba en la cara del indio que se recordó con una sed de ascua ardiéndole las entrañas.

Se incorporó: las piernas duras, los riñones como descujados, la cabeza terriblemente dolorida; salió

del rancho, se fue al barril y bebió agua hasta sentir hinchada la barriga.

Estaba vestido. Vio su caballo. Con los ojos ardiendo, entrecerrados, somnolientos, la mirada perdida en las lejanías del campo, como sin ver, se puso a pensar.

No se acordaba sino del baile que empezó en el pueblo y había continuado en plena campaña donde todo, callejón y campo, alambrado y casas, giraban bajo la transparente lluvia de fuego del sol.

Se asomó la paisana:

—Güen día, Gularte.

Atrás aparecía la chiquilina, ruborizándose.

—Necesita cualquier cosa?

—Güen día, contestó él, y cuando quiso sacarse el saco para lavarse la cara, sintió en el bolsillo el frufutar de los papeles, de la carta, del chasque!

Se quedó rígido, paralizado.

—Junamante!!

Aun estuvo un minuto inmóvil, sin una decisión, frente a la cruda realidad de los hechos.

—¡No haberme muerto!

* * *

Ensiló. Se despidió de aquella gente que le daba un mate. Salió a todo galope.

Llevó la carta a su destino.

Llevó la carta, pero no volvió más al pueblo.

* * *

Estaba deshonrado.

LA HUESPED

Cuando conocí a doña Filutina, ya hacía tiempo que ponía en práctica sus originales expedientes de vida y, por cierto, con sorprendente éxito.

Era viuda, contaría cuarenta y cinco o cuarenta y ocho años; con su pequeña estatura, su abundancia de carnes y su charla melosa, se adaptaba a cualquier ambiente, poseyendo la habilidad, como algo dúctil, gelatinoso, de adquirir la forma del molde, conformándose a las costumbres desconocidas, a los gustos ajenos y, con una soltura de veterana, se hallaba a sus anchas en casas cómodas o estrechas, entre muebles viejos o nuevos.

Para cada circunstante disponía de una frase halagadora y oportuna, de una sonrisa interminable que parece lo humedecía todo tibia y azucaradamente; pensaba como los dueños de casa, tenía sus mismas predilecciones, y, —heroico dominio del humano egoísmo,— le brotaban pródigos y lisonjeros los superlativos de admiración ante los vestidos o los sombreros de las niñas visitadas.

Doña Filutina se acompañaba de su hija Chiquiña, especie de joven y fresca visión de su madre. Era también gordita, insinuante y su sonrisa más tierna, más caliente, expresaba como en un rosa dorado lo que en su madre tenía una palidez de cosa fofa.

Chiquiña, uno de esos seres femeninos con algo de plumón, de luz mórbida, que hacen apresurar los instintos de los adolescentes, precipitándolos en sueños precoces; de esas mujercitas ante quienes los viejos cuentan mal sus años... servía de formidable argumento cuando se alargaban los días de las extensas visitas de la viuda.

Ignoro si esta confortable señora ha creado la profesión de huéspedes; tentado estoy de creer que cuando menos la perfeccionó.

Yo la encontré, y singularizo, pues era la madre la que significaba lo activo, siendo Chiquiña sólo un apéndice, la encontré, decía, en la estancia de don Pedro Pintos Pereira, en Corral de Piedra: allí habían una temporada larga y tranquila.

En ese entonces su predilección era por el campo silencioso, sedante, lejos de los chismes y el bullicio de los pueblos... A saberlas, de buena gana, hubiera recitado dulces pastorales de Garcilaso de la Vega...

Los Pintos Pereira, hechos a invitados, no se preocupaban mayormente de su estadía, pero allí donde los dueños de casa no se cansaban, ella debía reservarse un futuro retorno; simulando un apuro, una necesidad impostergable, se pasaba una semana lamentándose de la fatalidad que le impedía continuar en tan grata y amable compañía... y se marchaba prometiendo volver más adelante.

Además, doña Filutina, —cuestión digna de nota, — había sido mujer de un brasilero. Y es fama que entre éstos los parentescos son extensos y con ramificaciones interminables, resultando a menudo que

por el marido o por un sobrino ella llegaba a encontrar algún complicadísimo lazo sanguíneo, que le daba autoridad a verter una lágrima por un deudo o a acariciar, con más o menos efusión, a la señora... o al señor de la casa.

* * *

Con el tiempo fui enriqueciendo mis conocimientos sobre la vida y milagros de la eterna viajera.

Un día, en Tacuarembó, en casa de unas relaciones, vi aparecer a Chiquiña con la niña de allí; por adentro se oía la voz almibarada de doña Filutina protestando mil excusas en consecuencia de sus solicitudes.

Me enteraron que hacía quince días hospedaban a las señoras.

Otra vez llegaron, con una carta de recomendación, a estar dos o tres días en lo de Scattolini.

Este, que tiene familia y como medio de vida un comercio —almacén y tienda— está a punto de estallar y preguntarle lindamente a la señora recién llegada:

—Pero no hay fondas y hoteles en el pueblo?

Mas ya la diplomática viuda, como si del asunto de su estadía no se fuera a tratar y acentuando sus recuerdos de conocida, halaga al italiano:

—Usted siempre joven, don Nicola.

Scattolini se arregla el bigote a lo Umberto y atreve una galantería.

* * *

Doña Filutina duerme a pierna suelta hasta las nueve de la mañana. A veces, echándole la culpa a su jaqueca, pide el café con leche en la cama, y entre disculpas, excusas y lamentos, se hace tratar a cuerpo de rey. Una carta que llega y otra que espera le prometen un dinero el cual no llega nunca y la pone en el angustioso trance de pedir algunas mercaderías fiado al comerciante.

Los dos días pasan de dos meses; la cuenta del crédito lleva miras de crecer y la huésped parece instalada para toda la vida.

La señora Scattolini es incapaz de hacer a la visita la mínima insinuación; Scattolini mismo, tan enérgico habitualmente, no hace más que martirizar sus bigotes; de buena gana la echaría a gritos, o no le abriría la puerta una noche que saliera a pasear, pero su carácter ante la suavidad de la viuda pierde su aspereza.

Sin embargo, el hombre se empieza a convencer que las circunstancias le exigirán un gesto enérgico.

Se delinea el conflicto.

Cómo es que falla la aguda percepción de la veterana?

No comprende que cada día que transcurre la acerca a una catástrofe?

Se expondrá a una escena?

No! Es muy inteligente la señora, conoce su oficio: hasta allí cedía la cuerda.

Su retirada es aun oportuna y la efectúa estratégicamente.

Scattolini, a pesar de la incomodidad, de las rabietas, de la cuenta, de los proyectos... está a punto de exclamar:

—A ver cuándo vuelven...

Pero la familia, que colectivamente despidió a las "buenas amigas", prodigándoles apresurados cumplimientos, le impide concretar su inesperada hospitalaria blandura.

* * *

Doña Filutina y su hija se han ido de nuevo a campaña.

Las encuentro siempre, aquí, allá, como en su casa, bien ubicadas, saludables, simpáticas.

No faltó la oportunidad de una presentación:

—.....

—Dermidio Noble, para servirla...

—Nobre?... Noble... hijo de Fermín?

—No, señora, Fermín es primo de mi tío Belisario.

—Pues somos parientes, por mi finado marido: él era Da Silva Nobre, Noble...

Nos liamos en una larga y tejida investigación sobre nuestras respectivas parentelas.

La señora argumenta; aduce datos.

Yo resisto débilmente: mi buena educación me aconseja que es indelicado negarse al honor de ser una rama del frondoso árbol genealógico de los Da Silva Noble o Nobre... cuando la viuda reclama:

—Chiquiña!, ven a saludar a este señor, tu primo.

Viene la hija.

Me envuelve en el encanto de su sonrisa...

Hablamos de la familia.
Se enteran que resido en Rivera.

* * *

En el departamento abunda nuestro apellido. Leyendo el diario me sorprende la noticia de la muerte de un homónimo mío. En casa me informan:

—Son otros Nobles...

Se me ocurre:

—Quizá un pariente de aquella señora.

* * *

Suena el timbre.

Frente al zaguán hay un coche; descienden dos mujeres de negro; les bajan equipaje.

Cuando menos lo espero, una se adelanta: de entre los mantos y crespones sale una mano, toma la mía, me atrae hacia ella, me abraza y, compungida, al estrecharme, me da el pésame.

Es doña Filutina, quien después de las primeras frases, ordena:

—Entren las valijas.

Aquella sensación de idea absorbente, de pesadilla, que debe haber sufrido mi amigo Scattolini, y veinte, cuarenta prójimos más, la sufro yo ahora.

El Noble muerto no es pariente mío, pero yo me siento realmente emocionado, irresoluto, embarazado... y abrazo a Chiquiña.

LOS TOROS FINOS... Y EL HOMBRE

Con la peonada novelera, el viejo Benítez salió a recibir a los recién llegados. El se comió a bajar una de las pesadas bolsas de herramientas que traían los gringos pedreros y les dio la mano con su criolla cordialidad habitual.

Vinieron desde la estación en la carretilla porque no debían ser "de a caballo".

Eran dos hombres que parecían ser padre e hijo. Flaco, chupado, el pelo corto, blanco en las sienes, el más viejo. El joven, mocetón bizarro, rubio, tenía la cara acarminada y los ojos azules y francos.

Contratados en la ciudad para construir la cabaña, ellos mismos arrancarían la piedra necesaria, la labrarían, levantarían el edificio.

El mayordomo les había marcado dos ayudantes: el negrito Visiga y Benítez. A Visiga le agradaba el oficio de albañil; el viejo hacía lo que saliera; no tenía ni sueldo en su situación de "agregao".

Los gringos eran gente sencilla y trabajadora. Gustaron. El más anciano no conversaba nunca. Taciturno, fumando su cachimbo, sonreía, y su preocupación era en veces sólo la de contener al joven, exaltado y conversador.

El ambiente no les fue hostil. El gringuito se hacía querer: tocaba el acordeón, cantaba, triste y lindo,

en su lengua incomprensible, canciones saudosas de la tierra lejana y narraba historias y casos que a menudo arrancaban una socarrona sonrisa de incredulidad:

—Es alarife el gringo...

Bien podía ser que Benítez experimentara un rasguño de celos al improvisado rival de sus eternos cuentos...

* * *

Los hombres no eran delicados. Dormían con los mensuales en el suelo, churrasqueaban "a la que te criaste" y acompañaban a los peones al monte, a la pulpería.

El trabajo iba adelante. Visiga resultaba un pedrero de mi flor y el viejo, para no ser menos, ya había hecho buenos viajes acarreado la piedra labrada.

Llegaron la cal, las tejas, los tirantes.

Había una actividad contagiosa en la vetusta estancia. Frente a la media agua grisácea verdosa de humedad y de tiempo, se levantaban los nuevos muros limpios y fuertes, que escondían los galpones primitivos, los ranchos de paja y terrón de los peones, como una pujante idea nueva que hace recular el prejuicio sombrío.

Todo se animaba movido por un impulso enérgico y bello.

El material flamante, la madera bien oliente, la piedra semi-rosada —con algo de entraña de la tierra, — la carreta laboriosa, los mismos extranjeros que,

entre ellos, cambiaban pareceres en su idioma e iban transformando la visión indígena, ponían no se qué de sugestivo, de dinámico, de futuro.

El gringo joven con sus herramientas civilizadoras se traía un soplo de modernidad en sus ideas... Aquellas que hacían sonreír y hacían pensar...

Una noche, mientras se hablaba del patrón y de la ciudad y de los ricos, el mocetón afirmó:

—Todos somos iguales...

Benítez sentenció:

—No, mi amigo, el pobre y el rico, el chico y el grande, ahí están pa ejemplar.

Y el extranjero:

—Cuestión de voluntad... ningún hombre es menos que otro... lo que falta es hacer valer el derecho... Usted se cree que su patrón, que se andará divirtiendo mientras nosotros aquí sudamos y trabajamos, es mejor que cualquiera de nosotros?

—Luigi!, lo reclamó el otro a la cordura... Para qué te vas a poner con eso?

—Dejame, protestó Luigi... Siquiera que conozcan lo que son: explotados.

—Explotados?! se escandalizó uno del auditorio:

—Nos pagan...

—Qué les pagan?, se exaltaba Luigi, qué les pagan?

—Luigi!, le suplicó el viejo experiente: por favor!

Ahora el mocetón se sonrió del miedo de su compañero.

—Yo no les digo para mal de ustedes ni para ofenderlos... Todos los hombres somos iguales y

por eso tenemos que hacernos respetar y hacer valer nuestros derechos: eso es todo.

—Novelerías, pensaban algunos.

El viejo Benítez bromeaba:

—Estos gringos son la piel de Juda.

* * *

Las obras se concluyeron. Parecían un remiendo claro en el gran lienzo verde y morado del paisaje simple. Los ombúes mansos alargaban su sombra cordial hacia la nueva construcción.

Dejó de ser novedad la cabaña, como dejaría la noticia de que Visiga, contagiado de las ideas de los extranjeros, se marchó con ellos.

El moreno había aprendido un poco el oficio y declaró que dejaba de ser peón, de ser esclavo por ocho míseros pesos...

Benítez se burlaba, filosófico:

“El mundo se v'a perder,
la culpa tiene el dinero:
los negros... quieren ser blancos
los mulatos caballeros!”

* * *

Ya andarían lejos los amigos cuando reflexionaba:

—... Todos los hombres semos iguales... Y di ahí?...

No comprendía.

—Entonces no era q'el gringuito quisiese ser rico?... ¿Pa qué habían de ser todos iguales?...

Decididamente no comprendía.

La idea no lo abandonaba; luego pareció ser absorbida por su espíritu despreocupado y juguetón:

Esa noche, al narrar su cuento alrededor del fogón, le agregó algo de su cosecha:

—El vasco siempre se dejaba decir: carece que yo ser gobierno pa que se arregle todo. La gente viendo lo q'el prometía se riunió y lo nombró gobierno. El vasco, entonces, empezó alambrar campos, a marcar ganao, amontonó platita y cuando iba-arreglar pa los otros, el pobre!, se murió.

Güeno, al paraguay no le pasó eso... El paraguay quería ser Dios. Tatadios lo supo y un día, como pa rairse, lo llamó y ordenó:

—Che, paraguaycito, sé Dios... y jué Dios.

El paraguay se sentó en una casa toda de oro, en una silla toda de oro y mandó llover, hacer las resoluciones, y nacer y morir cristianos... Tenía d'empleaos a las dos layas de ángeles; los güenos que son del lao del cielo y los malditos, gente del diablo... El primer día jué todo a pedir de boca; después empezaron a cair los parientes, los amigos y los conocidos...

—El paraguay es Dios!, se alegraban, el paraguay es Dios!, como quien dice:

—Abran cancha, que soy amigo 'el comisario!

Emprenciaron a pedirle: uno que lo hiciera rico, otro que le diera salud, aquel quería ganar una carrera, quien desiaba la mujer del prójimo; julano pedía lluvia, sultano lloraba por la seca, mengano pedía frío y los que no tenían poncho suspiraban po el calor...

El paraguay coligió que ni siendo Dios se le puede hacer gusto y conformar a todos y le iba a pedir a Tatadios:

—Mi señor, io quiero volver a ser el paraguaycito, nomás... pero entonce vino Luiyi...

—Qué Luiyi? se extrañó la asamblea.

—Luiyi, el gringo, el pedrero, pues... Y dijo:

—Los hombres todos semos iguales...

Aquella vuelta chispeante y burlona del cuento puso jubilosa a la peonada:

—Este viejo Benítez...

—Tuavía le quedan chicharrones en la maleta.

* * *

El mayordomo inspeccionó el nuevo edificio. Cómodo, seco, aireado. Entraba bien la luz. El piso tenía estudiados declives. Los pesebres y los bebederos eran prácticos.

Ordenó traer los forrajes llegados a la estación cercana y después comisionó al "agregao" a ir con un peón en busca de los toros finos, para los cuales se había construido la fábrica.

Habían de volver a pie, despacio, para no cansar los animales que eran delicados, hasta preciosos: costaban de cuatro a cinco mil pesos cada uno.

¡Una bicoca!

* * *

Cuando llegaron, todos aglomeráronse a observarlos.

—Hermosos animales!, se alegraba el mayordomo.

En verdad eran magníficos los hereford, con su piel lisa, lustrosa, como de un terciopelo sedoso. Las cabezas fuertes, macizas, con un laberinto de pelos crespos entre los pequeños cuernos mochos.

Mugían ronco y marchaban majestuosos y dignos tirados por la cuerda que partía de la argolla metálica que les mordía la nariz.

A excepción de uno, quizá más joven, eran pacíficos y solemnes como buenos burgueses.

El mayordomo se les acercó, los palmeaba, les peinaba las ancas llenas; después, sopesando los colgantes testículos de uno, asertó, brutal:

—Aquí están las libras esterlinas!

Un peón susurró:

—¡5000 pesos!

Y otro le daba un encargo:

—A ver, vos, que sabés sacar cuentas: cuántos años se precisan trabajar pa ganar lo que cuesta un toro?

El viejo Benítez dio vuelta la cabeza a mirar el preguntón.

* * *

Había que hacerles camas a los cuatro personajes, cambiárselas de mañana, lavarlos, sacarlos a pasear y después vigilarlos, prepararles la cómoda satisfacción de sus amores... Traerles las vaquillonas floridas, acomodarlos.

A veces el "agregao", cansado, —le pesaban los años—, salía de la cabaña limpia y cómoda y al ir, con los huesos molidos, a tirarse en su rincón, cavi-

laba largo rato, el pensamiento inquieto, atormentante, insistidor.

* * *

Qué galopadas, qué preocupaciones! cuando se empezó a poner triste uno de los hereford.

Qué habría pasado!

Como si él lo tuviera que saber se lo preguntaban al viejo:

—Habrá comido mucho trébol, alguna yerba venenosa?

—Se h' asustao?... Uste le ha dao algún golpe?

—No, no que le v-i-a pegar! No v-i-a saber lidiar con los animales!

—Y entonces?

.....
El mayordomo intentaba sacar de mentira verdad; hacía suposiciones, desconfiaba, se encarnizaba contra el viejo indefenso.

Mandaron a la estación a hacer un telegrama.

Al anoecer llegó un mocito de la ciudad: traía una caja con aparatos. Fueron con luz al galpón donde estaba echado el animal enfermo.

El pueblero lo examinó, hizo preguntas; resolvió que el mal era serio. Indicó los remedios, la forma de aplicarlos.

El mayordomo estaba ceñudo, malhumorado: era grande su responsabilidad; buscaba coyunturas para rezongar agriamente:

—Pongasé de ese lao, no sea bruto, le gritaba a un peón.

—Arrime de aquí la luz!

La bestia, incomodada con la insistencia del veterinario que le metía un fierro en la boca, intentando abrírsele, dio un cabezazo volteando la lámpara sostenida por el viejo Benítez...

Se rompió el tubo, se volcó un poco de kerosene, el toro se asustó, dándose contra la pared.

El mayordomo increpó, rabioso, al "agregao":

—Pero tenga cuidao, viejo animal, ajo!

—Cómo, ajo?, pidió explicaciones el insultado y se defendió, altivo:

—No ve que no jué adrede, que yo no tengo la culpa!

El superior tenía que descargar en alguien sus iras:

—No sirven pa nada y son todos retobaos!...

Qué amolar!... Se los tiene de lástima y mire el servicio que hacen!

El viejo lo miraba de frente temblando de indignación y el otro continuaba su desahogo:

—No tienen yeito pa nada, tremendos cojudos... Salga de ahí, pues!

—Me voy... murmuró el humillado.

—Es lo mejor que puede hacer. Vayasé cuanto antes, vayasé a la gran puta!

Benítez salió de la cabaña.

Solo, en el medio del patio, bajo la noche serena, que se hacía profunda de misterio y de paz sobre la miseria de los hombres, oprimido el pecho de rabia, vejado con la grosería degradante, no podía concretar sus reflexiones.

Vibraba como si fuera a estallar.

El pensamiento, como un río desbordado y salvaje, no le cabía en el cerebro. Golpes congestivos de sangre le encendían fiebres, le relampagueaban sinietros propósitos, lo volvían oscuro.

Las rudas cosas cotidianas se entremezclaban con larvas de ideas.

—Me tiene de lástima!

—Cómo vamos a ser los hombres iguales!...

Se le presentaban claras comparaciones de lo que lo rodeaba...

—Yo soy menos que un toro... Vivo en un rancho sucio; si m'enfermo no van a reventar un caballo pa llamar un dotor del pueblo...

—Agregao?... me gano, jajo!, protestó también: me gano ese pedazo 'e tumba que me han echao en cara, ese pedazo 'e tumba que no se le niega ni a los perros...

Le volvió a la mente, batallando por imponerse, la idea de su inferioridad:

—Menos que un animal!

Una amargura terrible y fatalista le agrió la boca:

—Es así!

Luego, el gringuito joven, mientras la franqueza de sus ojos azules le buscaba el alma, le repetía con su hablar enrevesado:

—Todos los hombres somos iguales.

Se acordó de su cuento.

Le dio vergüenza.

* * *

Aislado de lo circundante, en la vaguedad de sus ideas desencontradas, no apreciaba el tiempo. Pa-

saron al lado suyo el veterinario, el mayordomo, los peones...

Después uno de éstos le habló, fraternal:

—Oh, viejo Benítez, qué le pasa?... No se v'a dormir?

No haga caso...

El pensó en los perros viles a los que se pateaba y que después vuelven a lamer el pie que los ofendió.

No contestó. Se fue a acostar.

Resultábale imposible conciliar el sueño.

Le bailaba en la mente la frase que ahora cobraba no sé qué de burlona y desafiante:

—Todos los hombres son iguales. Y aquel su comentario:

—Hay ricos, hay pobres... y el paraguay que quería ser Dios...

* * *

Percibió el ronquido de sus compañeros de trabajo, dormidos en ese profundo sueño que prepara la ruda labor.

Tenía el cuchillo bajo el basto del recado que le servía de almohada. En la oscuridad lo desenvainó, le probó el filo en el índice izquierdo. No cortaba. Era un serrucho.

Se levantó con precaución; tanteando buscó la piedra de afilar, la escupió y empezó a pasar despacito el arma, en cortos círculos hábiles.

La experimentó otra vez...

Ahora hacían falta unos golpes de chaira.

Dio con la herramienta.

Los dos aceros que se encontraban, que se acariaban en el chairar, producían un silbo frío y trágico en la sombra.

Al probar el filo de nuevo, el fierro hambriento se le metió en la carne. Se chupó la sangre salada y caliente.

Salió del galpón.

Llamó a los perros y los ató.

* * *

Con unos maneadores aseguró bien los toros finos. Los capó.

Alineó los cuatro despojos sangrientos delante de la puerta del mayordomo.

* * *

De la cabaña venía un concierto de mugidos roncós.

Aullaban los perros.

COSAS DEL PATRON

La cocina de los peones, en la estancia de "Los Tres Arboles", es lo único que conserva un poco de sabor criollo. El progreso se ha venido como una fatalidad y ha traído su presente exótico: la lujosa casa de material, el cerco con rejas que limita el jardín, el fonógrafo que los peones escuchan, jubilosos, desde fuera, y el ruidoso automóvil para el que no existen distancias.

Como una curiosidad, el patrón ha reservado la cocina y la enseña a los visitantes igual a un rincón de museo.

Las paredes bien embarradas sobre la tramazón de las tacuaras; los horcones labrados a hacha; el quinche de paja, una obra maestra; el fogón primitivo, en el suelo...

Frente, la enramada, bien cubierta con laurel y mataojo; un barril de agua de los de llevar de arrastro...

Hay hasta un nido de horneros en el mojinete del rancho...

El dueño de la estancia es novelero y extravagante y el hacer domar un potro o correr unas sortijas para divertir a los forasteros, es lo que la peonada llama "las cosas del patrón".

Para él no hay alambrados ni pasos feos ni noches oscuras... Cuando se decide a una cosa ella tiene que suceder, y no es cuento lo de que atrás suyo debe andar un peón con la máquina de alambrar, pronto a todo evento, dado sus caprichos.

* * *

Aquella mañana ha mandado preparar un asado que, con sus huéspedes, comerán con fariña, sólo con el cuchillo, "medio a lo matrero".

Los peones han salido de la cocina y restan únicamente, entre el humo y el apetitoso olor a la carne dorándose sobre el asador, uno de ellos, baqueano para tal tarea, y el capataz.

Participan a la fiesta los dueños de casa, una señorita que pasa allí los meses de verano, un mocito pueblero y la maestra de los niños.

Entran nuestros personajes, se sientan en los rústicos banquitos de ceibo, en las cabezas de vaca, y conversan y ríen felices.

La señorita, sonriente y graciosa, charlando con todos "ladina y vivaracha", al decir del peón. El mocito pueblero hecho "un ay de mí", todo derretido con la señora. La maestra, queriendo ser útil en algo no dejando por ello de atender a los chicos.

Mientras churrasquean, el patrón, en un momento de silencio, descubre al capataz, aquel indio Aguilar, tan sumiso y tan bueno, mirando embobado a la muchacha rubia, fresca, que tironea con sus dedos de rosa y sus dientes blancos un pedazo de asado chorreando sangre.

—Eso está crudón, señorita; pegue un tajo de acá... mire... Y el capataz sirve a la muchacha que paga su gentileza con una sonrisa que lo deja fascinado.

El patrón interviene, campechano:

—Oh, y aura?

El efecto es fulminante: la muchacha estalla en una carcajada argentina, coreada por la reunión, y Aguilar, como un muchacho sorprendido en falta, queda todo avergonzado.

—Te agrada la pueblera, bandido... Decí si no te gustaría para novia?

Los otros continúan riendo, y Aguilar, como un eco del dicho general:

—Las cosas del patrón...

* * *

Los paisanos no son murmuradores, pero entre las célebres "cosas" aludidas en sus conversaciones figuraba la asiduidad de las salidas en el auto, de la señorita y el patrón. Los habían visto en el monte, por los chilcales que abundaban al fondo del campo, pero iban siempre acompañados por alguno de los nenes de la casa...

—Sí, un gurí se engambela fácil...

—Y si a la muchacha le gusta...

—Epa, bárbaro, saltaba otro:

—Qué tenés ahí?

—Dónde?

—En la boca, pues... Por qué no te la limpiás cuando vas-hablar de la gente?

—Yo digo lo que vide, che.
—Y de a-onde venías cuando el suceso?... del boliche?

—...Iban a pie, juntitos, despacio...

—Le podía decir algo en el oído...

—O jurguñárselo... atrevía un malicioso.

—Qué lengua! Por qué no se lo dicen a éste...

Llegaba el capataz; dio una orden y por cierto no de buena manera.

Cuando salió, mientras el mate seguía dando vuelta la rueda, insinuó uno de los mensuales:

—Qué víbora lo habrá picao a don Aguilar?

A algunos les chispearon los ojos; todos tal vez tuvieron la misma idea, pero ninguno se animó a exponerla.

* * *

El runruneo seguía por la cocina de afuera:

—La pueblera le juega sucio a la patrona...

—Quien te diera un poncho grande aunque le pisaras los flecos.

Se asomó a la puerta uno de los niños:

—Está Aguilar?

—Pa qué?

—Lo llama papá.

* * *

En el escritorio, mientras Aguilar, por insistente exigencia del patrón, se sentaba, éste tomaba la palabra:

—Vos no sabés pa que te llamé?

—Mande, patrón.

—No, Aguilar, t'he llamao como amigo... y por eso te voy a hablar claro:... vos te casarías con Leonor, con la señorita?

Aguilar pestañeó, dio vuelta en la mano el sombrero y preguntó a su vez:

—Lo dice en joda?...

—Hombre!... Lo querés pensar?

—No, no... pa qué? Y se quedó callado en justa reserva, como invitando a su interlocutor a que explicase aquel asunto que él no podía ver sólo por afuera.

—Vos sos vivo, Aguilar, te conozco. Querés que yo te explique. Bueno.

Compuso el pecho, inició una, dos, tres veces el discurso, interrumpido en las frases iniciales.

—Hay vueltas de la vida...

—El hombre se prueba en la ocasión...

—Bueno... Lo principal es que a vos te gusta la muchacha; ella es buena...

—De andar?... Le cortó el paisano como si estallase su rabia, sus celos contenidos.

Al estanciero lo hirió aquello: era una insolencia. Miró duramente en los ojos a su inferior, pero tuvo el suficiente dominio sobre sí para contenerse, —se lo exigían las circunstancias,— y continuó:

—Mirá, la muchacha tuvo un resfaldón...

A pesar del tono dulce e insinuante el indio prevenido no se ablandaba:

—Compiendo... y aura yo v-i-a cargar con la matadura? Y se levantó.

Aun le restaban recursos al hombre civilizado. Exclamó, patético:

—Aguilar!... Sos mi amigo?!

Esto fue derecho al corazón del criollo. Cómo no iba a ser su amigo! y cómo no lo iba a querer!... Peón de la estancia desde sus doce años, compañero de correrías del estudiante que venía los estíos a divertirse; luego llevado por él a ser capataz, a dirigir como si fuera el dueño; bien pago, considerado... Aquel "sos mi amigo" lo había vencido.

—Diga, l'oigo.

Ahora lo ganaba con la sinceridad:

—Sí, he sido yo mismo, indio. Vos me podés salvar. Yo te iba a decir todo, derecho, no te iba a engañar, y vos me desconfiabas... Yo he tenido la culpa, pero son ellas siempre las que pagan las consecuencias. Yo no soy un canalla, indio.

A vos te gusta... ella consiente... Vas a ver cómo terminan por quererse, por... por...

Difícil se hacía a uno y a otro la prosecución del tema.

El patrón, calculador y frío, temía excederse.

Al indio le seguía temblando en el corazón la frase vencedora: "sos mi amigo", y pensaba en la señorita de quien, ocultamente, estaba enamorado con un amor que se volvía vergüenza cuando enfrentaba a la realidad de los hechos.

Aquello andaba en boca de todos.

Los dos hombres estaban silenciosos.

De pronto entró uno de los niños. El capataz lo miró. Agriado, con la cabeza baja, hizo mención de preguntar señalando con la mano al pequeñuelo.

—.....?

A la respuesta afirmativa del interrogado, él se sintió incapaz del esfuerzo:

—Entonces, me v-i-a dir de la estancia...

—No, Aguilar; ahora yo te digo: soy tu amigo! No he dicho nada. Quedate... Soy tu amigo.

El pobre indio no pudo más y le dijo:

—Me caso, Beto.

Beto, el diminutivo de Alberto, que usaba cuando los dos eran muchachos.

* * *

El capataz tendría una estancia a medias con don Alberto Solano. Por cuenta de éste hicieron una casa, poblaron el campo, marcaron los animales.

El casamiento se realizó en la ciudad, y pese a las charlas del pago y a las violencias que en los primeros tiempos sufrió el novel estanciero, aparentaba ser feliz.

* * *

Había realizado un sueño y había hecho una buena acción con aquella boda.

No lo movió el interés. Y si bien tenía como un resquemor de herida en el alma, ponía toda su buena intención en olvidar el pasado y en construirse un mañana sobre sólidas bases de cariño y respeto.

* * *

Solano había conseguido que su viejo compañero de correrías lo tutease, ganó ilimitadamente su confianza y trató de que su señora mereciera toda clase de consideraciones, empezando por las visitas de su familia.

Pero aquellas mismas visitas trajeron la desazón del paisano.

A buscar a su esposa, quien a veces no había venido allí; acompañando a otros vecinos, con cualquier pretexto, con regular asiduidad, llegaba a su casa el antiguo patrón.

No era aquélla la manera de evitar habladurías y menos la de concluir con los bochornosos recuerdos del pasado que torturaban al paisano.

Bien estaba el servicio, pero no el tomarlo de "comodín" con la carnada de la linda muchacha rubia...

Cuando cavilaba sobre el asunto, al pensar que su amor podía llevarlo a la vileza de hacer "la vista gorda" se oscurecía su pensamiento y cobraba odio a cuanto le rodeaba.

Brutalmente, sin ambages, un día abordó el asunto:

—Che, Alberto, sería mejor que no jueses más por casa!

—Por qué? se admiró Solano, confuso, un poco cortado.

—Se charla, sabés...

—Me hacés reír, hermano... No serán celos?...

Y atropella en desorientador palabrerío:

—Si a vos te parece, no digás una palabra más. Yo soy el primero en comprender tus escrúpulos...

Te garanto que si alguno se atreve a calumniar a Leonor delante mío no lo v'a decir dos veces... Mi mujer mismo me decía a veces: tené cuidado con lo que dicen, y yo, cuándo iba a pensar que vos...

Aguilar, con su mirada tercamente fija en un sitio cualquiera, comprende que ahora no habrá frase dulce que le hiera el corazón retobado de prevenciones, de dudas, de desconfianzas.

Sólo atina a decir con acento sordo:

—Mejor que no vayás...

* * *

Solano se entendía con la recién casada. Ahora cambió de táctica, fue más cauto, aprovechó las ausencias del socio para efectuar cómodamente sus visitas.

* * *

En el mismo escritorio, donde meses atrás sucedió la entrevista, hablan los dos hombres.

—Vos te nombraste mi amigo, me pediste un servicio: porque aunque yo quisiera la muchacha, no me hubiese casao sin tu pedido...

—.....

—Después yo te pedí el favor de que no jueses más a mi casa...

—Mirá...

—No, dejame hablar... no te vengo a pelear... Vos tendrás o no tendrás la culpa... qué te v-i-a decir.

A ella también le había hablao una vez... aura la eché al callejón, como a un animal dañino que no es de nuestra marca...

—Aguilar!...

—Andá, alzála si querés, y acordate que ser amigo no da pa tanto.

* * *

—Ser amigo no da pa tanto!... repite cuando sale, al pasar frente a la cocina hacia donde no mira por temor de encontrar alguna sonrisa hiriente...

Y es aquel su pensamiento, como si no hubiese otro en su mente, cuando monta en su caballo para irse.

Castiga rabioso su cabalgadura, y el rebenque, enredándosele en el cabo del puñal, se lo desenvaina a medias. Para arreglarlo, lo termina de sacar y le habla:

—Las cosas del patrón, eh?...

Ese concepto le da a lo sucedido cierto aspecto de fatalidad, de algo consagrado; el patrón es también, pese a todo, su amigo, es Beto, para el caso: un hermano! Y el indio siente la condena de ser bueno!

Quiere rebelarse contra la impotencia que lo ata, y arroja el puñal inútil, como si le quemara la mano.

EL SAUZAL

Verde, suave de húmeda frescura vegetal, en la uniforme extensión de los campos amarillos se abre, como un oasis, la mancha sedante de los sauces que costean unos doscientos metros el Guaviyú Chico.

El arroyito transparente que no tiene en sus márgenes otra cosa que algún junco raquíutico y ese pasto duro y lustroso que crece en montones de penacho, parece que descansara y tuviese ganas de terminar su viaje cuando llega al sauzal.

Y si el arroyo siente la dulzura de la sombra y el arrullo de la greguería de los pájaros y hasta el perfume o la gracia de alguna flor silvestre, —madreselvas, camalotes, achiras,— qué pensaremos de Cirilo Laguna, quien a su decir conoció el arroyo pelado y triste y con sus manos laboriosas hundió en la tierra generosa, hacía más de cuarenta años, las estaquitas débiles de lo que fue después el lindo sauzal fresco y rumoroso?

Antes de hacer su rancho en las inmediaciones de la estancia del patrón, éste lo había aconsejado:

—Por qué no plantás algún sauce?... pa sombra, p'atajarte el viento, medio pa cuidarte el rancho.

Y el sauce se le había vuelto sauzal.

Fue al monte y se trajo una carrada de ramas. La tierra era buena. Se entusiasmó con el trabajo, amplió

el plantío y lo cuidó hasta ver "prendidos", echando hojas a los arbolitos.

Los vio levantarse, aventurar las primeras guías con las que jugaba el viento; vio agruesarse los troncos; más tarde tomar ese no sé qué de melancólico, de espiritual que poseen, como un alma, los sauces llorones.

En porfiada, subterránea brega, hundía en el terreno sus raíces el sauzal; análogamente lo hacía en el corazón del paisano.

Vago, como un sentimiento nebuloso, con el crecer de los árboles se le fue formando un amor hacia ellos y los quiso como a su mujer y a sus hijos.

Se venían casi hasta la puerta del rancho y eran su continua visión desde la aurora al anochecer.

La música del viento entre su follaje en estío o entre las desnudas ramas en invierno, tuvieron un eco en el alma del paisano. A veces, recordado en la noche, sentía su rumoreo, su canto, como hecho de amorosas palabras que se comprendían con la clave del instinto.

Cuando Laguna volvía de tropear, de trabajos que lo retuvieran algún tiempo ausente de su hogar, lo primero que debía aparecer desde la lejanía —como un perro fiel —era el sauzal amigo que, con sus verdes primaverales, con sus oros de otoño, con sus troncos huérfanos de hojas, le daba la bienvenida.

El sauzal era como un alargamiento del hogar tibio.

De lejos, al descubrirlo, lo envolvía en una mirada cariñosa y lo confundía en una sola cosa querida:

—Las casas! . . .

El ombú viejo, los cina-cinas despeinados, el nidito de hornero, unos sauces tristes, se identifican con los escuetos ranchos sin adorno, los complementan, llegando a amarlos hondamente, como parte de ellos.

No tiene el criollo un amor refinado a la Natura, no es para él la comprensión estética de su belleza, pero es indudable que el continuo contacto con el campo, con el árbol, con el agua, les genera un cariño de cosa familiar, manera de manifestarse de ese oscuro y natural instinto que lleva al hombre casi primitivo a sentir un desnudo y puro panteísmo.

Meditativo, callado, en sus largos silencios cuando fabrica una trenza, al lonjear o sobar una guasca, en sus dilatadas horas de mate amargo, debe sufrir la influencia de su inmediata visión y concebir la idea de que tienen algo de sagrado la sombra del árbol, la tibieza del sol, la providencia de la lluvia.

Luego, la tristeza fatalista del criollo es propicia a una íntima concordancia con la melancolía lánguida de los sauces llorones.

* * *

Cirilo, aunque no se lo explicara, amaba el sauzal, a cuya sombra solía pescar, donde el patrón —ahora muerto— festejaba con asados con cuero las fiestas de familia, y mientras el vino les desataba las lenguas les hacía recordar "aquellos tiempos", entre los cuales venía trenzado el de la plantación de los gajos de sauce que ahora los cobijaba con su protección cordial.

El paisano lamentaba no poder ser dueño de aquello para conservarlo como una reliquia.

Aunque sin ningún derecho, escudado en el respeto que le tenía Marcelino, el hijo mayor del patrón, quien ahora regenteaba la estancia, iba a protestar cuando cortaban un sauce.

—Lo hacen como pa toriarme, renegaba.

—No, Cirilo, había necesidad.

—No pueden dir al monte?

—Después pa que se v'andar con güeltas; pa qué sirven los sauces?

Y el criollo:

—Aunque sea pa lindo.

En la estancia quedaban comentando:

—El viejo Cirilo está ideoso.

* * *

Marcelino heredó solamente plata y campos, no buenas costumbres; era jugador y ayudó a su familia, que en la ciudad gastaba sin tasa, a dilapidar el capital.

Hipotecó el campo, vendió el ganado sin reponerlo y una vez se le presentó un comprador de sauces, para no sé qué industria.

Era un inesperado negocio.

Vendió a ojos cerrados.

Después tuvo un escrúpulo. Algo, en la conciencia, le recordó:

—Si tu padre viviese...

Pensó en Cirilo, medio loco, tan encariñado con el montecito. Iba a tener que explicarle, que disculparse.

Haciéndose fuerte se animaba:

—Al fin y al cabo, eso no es del viejo maníaco.

Eran débiles y sin arraigo sus conceptos...

... Quien había trabajado era aquel Cirilo ideoso, él quien ayudara a sostener la estancia, quien plantara el bosque de sauces y quien, con un derecho de padre, amaba campo y casas y árboles.

Marcelino sabía que, para contestar las protestas del pobre paisano, las palabras se le iban a venir a la boca muy disciplinadas, pero también era consciente que le iba a temblar el corazón, pues a medida que pasaba el tiempo el remordimiento de sus acciones apagaba arrestos y altiveces.

Empezó a temer ese minuto de frente a frente con el acusador.

En una de esas, Laguna no dejaba cortar los árboles y el asunto se complicaría desagradablemente, llegando quizá a cuestión de fuerza.

—Es capaz de peliar, el viejo!

* * *

Dio la casualidad que Cirilo se fuese en esos días con una tropa para Fray Bentos.

Entonces fue fácil la traición.

El comprador tenía prisa; trajo muchos obreros y pronto de la arboleda no quedaron más que los troncos trozados a ras del suelo cual si hubiese pasado sobre la tierra un cataclismo devastador.

Cómo quedó triste el arroyito mezquino!

El campo amarillo avanzó conquistador hacia aquella desolación.

El rancho, más feo, más pobre, se dijera había crecido.

Y los pájaros, sin nido, andaban piando inquietos, como sin rumbo, perdidos, desesperados.

* * *

Cuando a los veinte días de su partida, apurando el caballo, apareció Cirilo, desde donde estaba habituado a descubrir el sauzal, miró...

Moría la tarde.

En la grandiosidad del escenario de los campos la hora espesaba sus tules crepusculares, por eso se engañó un momento.

Se alzó sobre los estribos, detuvo el caballo y sus ojos, habituados a dominar distancias, adivinaron!

Venía con uno de los hijos.

Su sorpresa se condensó en esa extraña interjección campera, norteaña, de asombro y de pregunta:

—Güe!?

E imponía el rostro empalidecido, con una mueca desesperada.

Habían avanzado otra vez.

Los hería, brutal, la realidad!

El muchacho, respetuoso, cohibido, callaba.

Cirilo no pudo contener la indignación y con el rebenque amenazador, apuntando hacia la estancia, con un sollozo de rabia, gritó:

—No tienen ley pa nada!... hijos de una gran puta!!

PEON DE CONFIANZA

Luego de la cena, bajo la enramada, para evitar el relente, unos sentados, otros echados de barriga, fumando, mientras el negro Cafunço hace gemir, bajo, el acordeón nostálgico, los peones prosean.

La noche es tibia; entre la sombra sin límites del campo sereno se abre como una inmensa flor luminosa el hervor fosforescente de los cocuyos.

De lejos vienen confusos gritos de alimañas, balidos, graznar de lechuzas.

—Parece que te dormís? Cafunço...

Justa la expresión. Era adormecedor el simple ritmo melancólico y monótono como un canturreo entre dientes.

Podía ser crítica el comentario, pero no determinaría una mayor exigencia musical pues con esos aires tristes entretienen nuestros campesinos sus largas horas de ocio... Cuando el sol es fuerte, cuando llueve, después de la diaria labor.

El moreno respondió:

—Es de las seguidoras la polkita.

—Linda la noche...

El viejo Fagúndez que estaba silencioso, embebido en sus recuerdos, comenta:

—Mi hace acordar un caso...

—Cuenta p'animar el velorio.

El acordeón sentimental apenas llora; se calla cuando la narración absorbe el interés del grupo.

—Todos los viejos zonzos salimos dando consejos... Yo también les v-i-a dar uno pa no desmentir el dicho:

Nunca sean pión de confianza... Es casi lo mismo que ser corderito guacho: mucho cariño y cintita en el pescuezo y el día menos pensao: al asador.

Natural, los haraganes pueden hacer sebo a bocha y engordar colgaos de la oreja 'el patrón; pero, que quieren, no tiene uno la libertá entera del hombre, o le acumulan deberes de otra laya... Ser pión de confianza, valga la comparación, es igual que tener un buen asao elegido pa un día y gambetas pa siempre.

Y vamos al suceso:

Siendo yo muchachón servicial y zonzo po el lao que me buscasen, dentré de pión con el padre de la finada viuda de Silvera, que tenía otra hermana, que iba queriendo ser mocita. La estancia era a la antigua, había trabajo, pagaban poco, pero se podía dir tirando.

La mayor, la viuda, era flaca y seria como una carcamana; la otra, Ave María Purísima! era alegre, redondita en su cuerpito de mujer nueva, blanca y rosada como una virgen, y parecía al tenerla al lao que hacía luz y perfumaba como las flores del monte...

Nosotros las habíamos agarrao de comparación. Decíamos: linda como la patroncita... es más bonita la niña Rosa Blanca, y así se llamaba como pa parecer mejor.

Las veíamos de lejo. Cuando mucho les decíamos: güen día... sucios, descalzos, com'unos digraciaos en la lidia.

Se dio el caso de dos o tres veces, por encontrarme a mano tal vez, me mandó con encargues a la pulpería y quería darme plata a la juerza po el mandao.

Yo no agarraba nunca, me parecía q'era rebajarme acetarlo y adelante d'ella me avergonzaba di andar tan pobre, tan mal vestido.

A ella la divertía reirse de mí, burlarse; me buscaba, me hacía preguntas, hasta me quería sonsacar algo de amor, y yo, les garanto, más atao que clavo 'e picana, le tartamudeaba como si tuviese miedo.

Una mañanita yo hachiaba leña: troncos gruesos, sequitos, juertes; hachiaba con ganas, como cuando se trabaja a gusto; remangao, la camisa desprendida, meniaba muñeca... En una d'esas la sentí venir, se paró cerquita a mirarme; yo no atinaba a saludarla, a nada... Después se arrimó más y me dijo que yo parecía una estatua de los libros. Dejuero que me quedé opa: pegué un hachazo errao, se me refaló el hacha y me trocé un dedo.

Casi me cai del dolor. Ella dio un grito y después fue corriendo y trajo caña y vendas y agua y allí no-más con las pionas me curaron, me vendaron, mientras yo me mordía de dolor y no sabía decir más que:

—No es nada... no es nada...

Ahi anduve renguiando. Ella siempre se había d'contrar conmigo pa averiguarme como estaba...

Mejoré; de allí a unos días una negrita me vino a buscar de su parte: la niña me mandaba preguntar si yo podría andar a caballo p'acompañarla a pasear esa noche.

La cosa debía ser en secreto.

La estancia tenía chacra; yo preparé a los fondos los caballos y juimos po-entre los árboles, agachaos como dos ladrones.

Yo no pensaba el peligro del capricho de la niña. Es verdá que el patrón viejo se acostaba temprano, pero no por eso era de facilitar.

Güeno, ella lo quería y lo demás no me importaba...

Bicho extraño la mujer!

La noche era clarita como ésta. Salimos al tranco. Cuando perdimo 'e vista las casas galopiamos p'acá y p'allá a lo loco. Después volvimos al paso, los caballos apareaos, casi tocándonos las piernas.

—Ay, Fagúndez, qué susto!

—De qué, niña, diga.

—Cuando usted se cortó... Fue por mi culpa...

—Bah, una chambonada mía.

.....
—¿Sabe versos? Fagúndez.

—Algunos... le repliqué, pero yo no estaba pa versos, m'encontraba angustiao como con calor, como... güeno, son cosas de reirse.

Ella m'empezó a decir décimas: nunca las había oido tan bonitas! Yo seguía al lao, lelo, callao.

Le gustaron los paseos. Salíamos también a la siesta...

Una vez andábamos sin rumbo; en una d'esas so-frena el caballo, me mira y me dice:

—Vamos al monte, Fagúndez.

—Pa onde mande, niña.

—Vamos a buscar helechos, eh... Sabe dónde hay?

—Si, niña, pero es mejor que usted m'espere, por- q'es feo p'andar y hay que pasar unas zanjitas.

—Pero, Fagúndez, acaso yo soy alguna ¡ay de mí! Yo también voy.

Atamo los caballos a unos árboles y entramo al monte. Ustede saben el trabajo que da p'andar entre los árboles tejidos con enredaderas y el piso agujereao de cuevas y de hormigueros: ya se salta, y'hay que ir encorvao; un uña de gato te agarra de aquí, otro yuyo te pincha de allá... Yo iba delante, cortando con el facón algunas ramas; en una d'esas la niña que grita, me doy güelta: tenía el pelo enredao en unas guías d'enredadera espinosa. Allí juí: como le tiraba el pelo mientras yo se lo quería desenredar, ella me abrazaba pa ponerse en punta e pie...

Dios me asista, qué calores!

En otro lao, pa que no se mojase, tuve que pasarla alzada. Estaba agitada como un pájaro. Tibia, amigo... también no era pa menos, adentro 'el monte, en verano, a la siesta, hace un calor que ahuga...

Por fin dimos con los helechos!

A la güelta p'acortar camino yo quise pasar por otro lao; encontramos un clarón, uno de esos poteros en que no hay árboles. El pasto era alto, espeso.

—Habrá víboras? me acuerdo que me preguntó.

—No, niña.

Ella se tiró en el pasto fresco, a la sombra.

—Estoy tan cansada, Fagúndez.

—Quiere que la lleve alzada?

—A ver si puede...

Me agaché p'alzarla y lo iba hacer sin malicia, se lo juro, pero, amigo, se me jué la sangre a la cabeza y la dejé despacito en el suelo.

Ella estaba de cara p'al cielo y yo la miraba.

Con voz de enojada me dijo:

—Qué m'está mirando, bobo, no le da vergüenza que no me pudo alzar!...

Yo sentía que me quedaba colorao y me estaba tentando, me estaba tentando... Me puse a pensar; ya es mocita, puede comprender que con un hombre a solas, en paraje tan lejano... La volví a mirar...

Estábamos callaos. Todo quieto. Se sentía gritar algún pájaro y después como si juéramos en otro mundo.

Yo le tenía un gran respeto, me acuerdo que se me ocurrió que aquella mujercita tan linda estaba ahí al alcance 'e mi mano y una segunda idea me salía al cruce.

—Epa, che, qué vas hacer? No ves q'es una inocente, que todo eso lo hace por la confianza que te tiene.

Si, pero uno es varón ¡qué diablo!

—Pa todo hay ley, me sofrenaba la voz.

De pronto, como si me hubiese arrimao una llamada a la cara, se burlaba ella, entre risotadas:

—Y aura, padre Fagúndez, está rezando?

—Pensaba, niña, que si me la hubiera ido a robar pa mi dejuro que tenía juerza p'alzarla...

—Ah, sí, goloso! Aura yo no quiero que me alce y por eso no v'a poder...

Parecía verda!... Cuándo le crucé los brazos por la cintura no tenía juerza! güeno, ya no veía nada tampoco...

* * *

... Aura me atropellaron un poquito atrasadas las reflexiones:

Pensé juir, pero me llamó llorando.

Volvimos pa las casas. Callaos. Ella muy colorada, yo, pa qué no decirlo: orgulloso, pero bastantito naquiao...

Y así seguimos hasta que un mal día el viejo, — me parece verlo, era alto, flaco, siempre con el pucho'e cigarro negro colgando 'e la jeta; llevaba adelante en la cintura, a lo brasilero, el puñal de plata... el viejo me llamó, me dio las primeras libritas que vi juntas y me ordenó:

—Vosé se va manhá bein cedo, eh.

—Ta bien, le dije y salí reculando.

El patrón habría sabido; calculaba que yo, mozo nuevo, iba a ronciar la palomita y a la madrugada, cuando me juese, me despachaban; las esterlinas iban a servir p'al caso.

Tuve una corazonada: esa misma noche volé, compañeros.

En el paso del Sauce estuvo al otro día, esperándome, el cuchillo afilao de un negro, un tal Canuto,

que había sido milico 'e línea y tocaba el violín a pulso...

—Válgale el palpito, se dejó oír un comentario.
Y el héroe del cuento termina:

—Medio peligroso ser pión de confianza... menos mal si el patrón tiene hija linda...

NO HAY MATRERO QUE NO CAIGA

Yo no era de los más raboneros entre la botijada del barrio, pero el mal ejemplo cunde y ese mismo amor propio que nos hace echar grandes bocanadas de humo de los cigarros aunque se nos salten las lágrimas y se nos revuelvan las tripas, me obligaba de vez en vez a acompañar la patota bullanguera.

Sentaba ésta sus reales por "Las Cavas", los "Eucaliptus de la Curtiembre" o el "Puente del Ceibal", donde hacía equilibrios inverosímiles Carlos Muguenza y que mi hermano atravesaba en cuatro pies, como un gato, negro él y flaco. Otras veces, la bulliciosa comparsa visitaba "Los Sauces" y se regodeaba en sendos baños deliciosos en sus lagunas sucias, en las clásicas Petizas, donde aprendimos a nadar.

Por aquellos tiempos, en que habíamos instalado una compañía de pruebas, —Circo Ecuestre y de Dramas Criollos,— que capitaneaba Enrique Mora, —el más bandido de la banda,— los paseos tomaban cariz de festines, con el refuerzo de los quince o veinte tachos de dos vintenes, que producía cada espectáculo.

A esas fiestas extraordinarias llevábase salchichón, un salchichón rojo, que los mal intencionados afirmaban era fabricado con carne de yegua; un dulce de membrillo, que parecía berún, cedido a precio económico por don Deogracias Renovales, el consabido

pan y hasta algún litro de vino priorato de terribles consecuencias tóxicas.

Era indudable que no se perdía mucho con faltar a las clases, notorio que no echábamos de menos la gramática árida, las feroces matemáticas disciplinarias, las lecturas morales...

Había que vernos correr a nuestras anchas por el campo verde, por los cerros pedregosos, o armados de toscos instrumentos, desenterrando lechuzas, volando —bajo un sol que pelaba— tras las vertiginosas, tentadoras lagartijas.

* * *

Contábamos a la sazón con algunos enemigos irreconciliables: los vascos del viñedito de Harriague, frente a lo de Campanella, que no nos dejaban acercarse a sus vides y que poseían unos perros que eran unas fieras... Y los milicos! esas pesadillas de uniforme, que por aquella época gastaban unos antiestéticos kepíes chatos, requintados compadronamente sobre la oreja.

¡Los milicos! No nos dejaban a sol ni a sombra, y como nosotros jamás les hicimos valer nuestros derechos de ciudadanos libres, capaces de holgar y campar por sus respetos, sino que les huíamos como el diablo a la cruz, resultaba una persecución alevosa y ensañada.

No faltaba quien sostuviera que se "vendían" por unos reales, que se podía comprar su complicidad para alguna casi delictuosa correría... Pero, quién le ponía el cascabel al gato?

* * *

En una de nuestras rabonas, luego de haber rendido honor a las provisiones y de jugar un reñido partido de football, decidimos bañarnos. Eramos diez, doce... El vasquito Etchart, los Muguerza, Mora, los faroleros, mi hermano Chengo, yo, y no sé cuántos indiecitos de esos que, descalzos, sin sombrero, se nos sumaban siempre al olor de la merienda y, más que nada, del juego atrayente. Ellos, despiertos, vigilantes, eran los baqueanos: conocían las quintas descuidadas y nos prevenían los peligros.

Habíamos pasado el Cementerio cuando se suscitó la cuestión de si iríamos a las primeras Petizas o a la Petiza del Medio, laguna más limpia y más honda, situada en el centro del monte. Según unos era peligrosa por las víboras y por su profundidad... y lo más importante: allí podían llegar los milicos, protegidos por juncos y cañaverales, en su margen abundantes, y sorprendernos.

—No, no, a las Petizas de aquí...

Se veían las lagunas, como dos espejos empañados, entre las barrancas de un color naranja levemente rosado. A la derecha tenían una meseta con un fresco prado libre; a la izquierda, donde la tierra era casi morada, crecía un bosquecillo, un monte sucio, fecundo en paja brava, en matas bajas, espinosas y algunos árboles donde trezaban sus guías las enredaderas floridas. El monte era de fácil acceso, buena guarida para escondite, siempre que no viniese de tal parte el enemigo, por lo cual decidimos dejar nuestros indumentos en el lado opuesto.

Así, cuando apareciera el mataperro, tendríamos tiempo sobrado para, con nuestra ropita bajo el brazo, "clavar la rajada".

* * *

La tarde era cálida y bella. Había una transparencia de cristal en el aire limpio, bajo la cúpula azul intenso del cielo. El agua dormida copiaba las márgenes con húmedo pasto, el monte verde oscuro, las barrancas de tierra negra, las barrancas de greda rosa, el lejano azul...

Nos desnudamos, atamos las ropas, previsoros, para evitar las fastidiosas "galletas" y antes del baño general, a fin de desentumecernos, hubimos de correr, en cueros, algunas carreritas.

Después, uno tras otro, de cabeza, nos zambullíamos en el agua barrosa, que no por menos sucia dejaba de ser fría y agradable.

Pronto las pencas, braceando o "a lo perrito", la permanencia más dilatada bajo el agua, los juegos: el lobo, el yacaré, nos hicieron olvidar toda precaución. Estábamos como en nuestra casa. Sólo se oían los gritos jubilosos, las risas sonoras, los chapuzones rápidos o los manotones veloces del bracear de las huidas.

Agotados los juegos, uno invitó:

—Vamos a embarrarnos.

La cosa era boba, pero se aceptó. A poner en práctica la idea salimos a la orilla y ¡qué ojos espantados, qué bocas abiertas!; qué estupor! erizándonos el cuerpo como si hubiese soplado un viento gélido:

Sentado junto al montón de ropa, de nuestra ropa!, nos miraba con los ojos maliciosos, mostrando los dientes, un negro milico, malo y corsario "como él solo".

No hubo necesidad de acuerdo ni de invitación: como a una orden misteriosa nos desbandamos en locas carreras en dirección al monte.

Desnudos, víctimas del aguijón de los mosquitos bravos, de algún tábano ávido de sangre, nos dábamos nerviosas manotadas y mientras cambiábamos pareceres espiábamos al guardia civil pícaro que lentamente revistaba nuestras pilchas.

Después el hombre, como demostrando que no tenía prisa, "armó" un cigarrillo y se puso a fumar cachazudamente.

Qué haríamos?

Cuál sería el compañero del luminoso pensamiento que nos sacara a salvo de tamaña aventura?

No se les ocurría más que disparates e ingenuidades.

—Cuanto se canse, se va.

—Si se va, nos lleva la ropa.

—Dejamos que anochezca y uno va después a avisar a las casas...

—No!, se oponían los temerosos de las azotainas, de las sobas paternas.

—Si le dijésemos que le vamos a dar plata?

—Y quién tiene? si en la ropa no hay ni un fino...

Multiplícábanse los proyectos inútiles; en tanto, creo que fue Mora, descubrió cerca nuestro, en un

árbol, un hermoso camoatí panzudo, de esos grises, moteados de pequeños picos, obra de abejas silvestres.

Nos acordamos que con humo se azonzan o se van las laboriosas fabricantes de miel, y ya nos regocijábamos del hallazgo que explotaríamos en fecha cercana, cuando uno de los muchachos descubrió por tierra unas batatas del diablo. Estos tubérculos, con la prolongación de sus raíces, resultan admirables bolas arrojadizas. Sin más trámite, el del hallazgo, previa la consabida escupida para asegurar la puntería, despidió el proyectil con tan desgraciado acierto que fue a dar en el centro del camoatí. La consecuencia fue un repentino y bárbaro ataque de los himenópteros, que no daban cuartel y nos dejaron overos, como vulgarmente se dice.

A lo que se atina en esos momentos es a cubrirse la cara y a huir a saltos desesperados, locos de dolor, sin mirar donde se pisa, siendo al mismo tiempo víctima de las espinas y los arañazos de los ñapindaes y las ramas hostiles.

Ahora sí se necesitaba agua y barro!

Ya no hubo temor del milico.

Bajo su mirada socarrona, algunos llorando, bajamos desesperados hacia la laguna.

El negro bandido se reía, mostrando los dientes, satisfecho de que fuésemos cayendo, "mansitos", como decía él...

—Después de tanto matteriar...

* * *

No quiso entregarnos la ropa por temor de que alguno escapase.

Habíamos de seguirlo hasta que encontrase compañeros.

El iba delante con el gran atado bajo el brazo.

Nosotros atrás, desnudos, llenos de vergüenza, hinchados ojos, manos, brazos, derrotados de nuestro descomunal combate.

LA CUENTITA

Por el camino polvoriento, arrugado como un cuero seco, al que lame el sol con su lengua encendida, va, al paso perezoso de la cabalgadura maltrecha y llena de mataduras, un gurí sucio, dando —en la oscilación mecánica del tranco de su caballo— azotes a un flanco y a otro con un arreador de trenza de guascas.

El caballo mueve la cola, pesada de abrojos, y sacude las orejas peludas espantando las moscas.

En el silencio del mediodía parece sentirse el crepitar del pasto reseco del estío. Llamea en la lejanía la solana que a veces finge llamaradas rojas y gualdas o muestra espejismos de frescas masas de agua.

Al ruido de un pasajero, el muchacho levanta, lento, la cabeza, y con ojos somnolientos mira en la nube de polvo que lo envuelve la figura del que se allega.

Con voz imperativa, en su hábito de hablar a campo abierto y de parar rodeo, grítale éste:

—Epa, gurí, parate.

El muchacho sofrena el jamelgo y sin levantar la cabeza gacha lo mira de hito en hito.

Su interlocutor es un paisano viejo, curtido de sol y de intemperie, en mangas de camisa; mientras

habla, se levanta sobre los hombros el ponchillo de verano.

—No me viste pasar un potrillo loguno, con las patas blancas?...

El interpelado contesta, torpe, ahogado de timidez:

—No...

—Como no, si ricién me dijo el carrero Juca que lo vido...

Cruza la pierna sobre el recado y "pica", conciencia, tabaco de cuerda. Después saca la chala, la pone entre los dientes mientras deshace el tabaco con el pulgar izquierdo en el hueco de la mano derecha y, averiguador, curiosear:

—Di-ande sos vos?

—De allicito... hijo de Godoy...

—Ah!... Tas grande... Entonce, no me lo viste?...

—No lo vide...

—Tamién parecés más abriboca... Dale recuerdo a tu padre.

—Gracias.

Y se marcha el paisano viejo entre la polvareda bermeja, volándole el ponchillo claro.

El muchacho lo mira alejarse y piensa:

—Un potrillo loguno... Lindo pelo... Tata dice que los logunos tpaos son güenos pa la suerte y pa-l-amor...

Va a castigar su caballo cuando sobre el callejón descubre, en ondulada marcha, una víbora, gruesa como la soterar de un arreador.

—Esto sí q'es mal agüero, afirma. Cuando una yarárá atraviesa el camino...

Se arroja del matungo y atropella decidido al ofidio. Al primer lazazo el reptil se revuelve, medio cuerpo hecho un espiral, y alza, agresivo, la chata cabeza donde arde el acero hipnotizador de los ojillos fríos. Pero ya le ha caído uno y otro arreadorazo feroz que la destrozan. El gurí la toma de la cola, y al levantarla:

—Grande!... Después la arroja al suelo y va a montar su matungo que mete la cabeza entre los alambres del cerco, en procura de pasto.

Cuando el indiecito ha montado a caballo piensa en lo que iba a buscar al almacén, que con todos aquellos acontecimientos se le ha olvidado, cosa que en otras ocasiones le ha traído desagradables experiencias con la chancleta de su madre.

Está a medio camino del almacén, a más de una legua de las casas, e, indeciso, pierde el tiempo.

Por fin se resuelve volver a pedir que le repitan los encargos, y menea talón y lazo al caballo que mosquea e inicia intermitentes "galopitos de peludo".

Al acercarse se le agranda el miedo. Salen los perros haciéndole fiestas.

El muchacho no se anima a bajar y como si nunca lo hubiera visto, mira el rancho triste, de terrón, el maizalcito seco, atrás, la enramada vieja, deshaciéndose.

Temeroso grita:

—Mama!... Oh, mama!...

Con el mate en la mano, aparece una paisana aun joven, retacona, que abriendo mucho los ojos oscuros de su linda cara color canela, se quiere mostrar terrible:

—Güe, y aura! Pa qué te volviste! Vos sos siempre el mismo... Pero cuando yo digo. Arrimate. Vení pa-cá...

—Mi-olvidé, mama... q'era?...

—A la güelta te arreglo, atolondrao!... Te olvidaste?... Vas jugando, cazando lagartijas... Mirá, andá ya y no volvá pronto no-más me vas a conocer. Le decís a don Carpanesi a ver si me puede fiar hasta el cinco, que vuelve tu padre, un poco 'e yerba y azúcar y galleta... Y mirá, esperate; si lo ves cabrestador, aunque sea una lata 'e las chicas de dulce 'e membrillo... Y que venga pu-acá, cuando guste, que ya sabe, que tiene una casa a sus órdenes... No te olvidés de nada y andá ligero...

—Sí, mama...

—Y si viene, que sea antes del cinco... eh? entendiste?

—Sí, mama...

—Y no pidás la yapa...

El muchacho, ya puesto en camino, lazo y lazo, vuelve a gritar, un poco disgustado por la última recomendación:

—Sí, mama...

Con aquella demanda debía Carpanesi iniciar un crédito que no terminaba de convencerlo. Cuando el chiquilín finalizó el encargo, el platillo del no se cargó de golpe. Cuando le insinuó la invitación:

—Y que no deje de ir... que tiene una casa a sus órdenes...

La balanza cayó del lado del sí.

Y ahora el hombre está en el fiel. Reflexiona. Ve darse vuelta, solo, el letrerito amarillento, sucio de moscas, que reza: "Hoy no se fía, mañana sí"...

Mientras duda del cumplimiento de los nuevos clientes, lo trabaja su debilidad amorosa por la linda china, a quien corteja a su manera.

El mismo ha dado pie para aquella solicitud que no hay que decirlo, viniendo de otra parte hubiera recibido, como una descarga, la más rotunda de las negativas.

Una tarde había estado de compras la paisana en persona. Y, cerquita no más: unos metros de percal, un frasco de agua florida y unas zapatillas bordadas con lanas de color, dieron fin a su capital. A esta altura la cliente había descubierto una cinta colorada, lindísima. Y como quien no quiere la cosa, echó mano al terrible y femenino recurso de una sonrisa irresistible.

—Me llevo la cinta... pero no me da pa todo, don Carpanesi... Qué me aconseja que deje?...

—Ma que, ma que, lleveseló todo...

Le volvía él la tranquilidad.

—Ma osté... Despue-s-arregla todo... Eh?...

Qué de cosas traducía ese "¿Eh?"...

Ahora despachaba el surtido. Hasta la lata de dulce de membrillo. Y por la inveterada costumbre —mojando mucho el lápiz en la boca— suma el im-

porte sobre la resma de papel de estraza, que se amontona bajo una piedra abrillantada.

Mientras termina la tarea se le iluminan, maliciosos, los claros ojos.

—Eh... decile a tu mama que vado mañana... y se disculpa entre filosófico y donjuanesco:

—Lo hombre sono lo hombre!

* * *

Gervasio Godoy o más corrientemente Godoy a secas, ya que el don, —tan vulgarmente prodigado en nuestra campaña,— no le alcanza por su condición de hombre sin oficio ni beneficio, y tal vez por su figura, chiquita y sin importancia, Godoy, decía, ha conspirado a la apertura de la cuenta habiéndole dicho a su mujer:

—Si te falta algo, pedile a Carpanesi. Ya te fió una vez el gringo... Aura, pa no perder todo, afloja. Vas a ver.

Aquel instintivo conocimiento psicológico de Godoy significaba que no era tan "buenas noches", como con frase gráfica dicen nuestros criollos al referirse a un sujeto que está a oscuras en cualquier asunto.

Naturalmente él era de la pasta de los que se extrañan de lo suertuda de la hija cuyos viajes al monte siempre la hacen hallar, por casualidad! cinco reales...

Aquello le completaba la personalidad.

En consecuencia de la iniciación de las visitas del italiano al rancho de Godoy, éste, hecho "un de la casa", cae por el almacén y se deja estar, o encuen-

tra medios de ser servicial, comidiéndose para cualquier comisión: alcanzando las bolsas y apuntando los tantos cuando se juega al billar; llevando la bebida solicitada por los clientes o sacando, con recomendable exactitud, la suma de los gastos...

* * *

Esos aires de confianza que adoptaba Godoy no eran muy del agrado de Carpanesi y menos aun la entereza con que el indio bebía la cañita o "sacaba" algún pañuelo de seda, tabaco en cuerda, unas alpargatas...

El acreedor, un tanto escamado, tenía siempre que repechar una protesta o dominar como un hipo de indignación que le subía del fondo del alma, débil con los intereses.

* * *

—Ma aunque sea lo vicios se debía pagar osté...

—Apunte a lo ancho, que a la larga pagaremos...

—Y quiel conchavo de que mi ha hablao?

—Ah, aquel; no le conté?... me falló...

Piensa Carpanesi:

—Cóme son de harragán tuta esta quente!...

* * *

Cuando va a ver a la china todavía intenta una defensa:

—Aconcecalo que no chupe tanto...

—Ma, per qué no le dice a Godoy que traque...

—No precisa decirle...

—Per qué?

—Porqué de sí procura trabajo; es muy busca vida, pero, qué quiere, Carpanesi, no encuentra el pobre.

Eran tan sinceras las palabras de la mujer, que el italiano no podía menos que sentirse contagiado de aquella compasión y lamentaba, como un eco:

—El pobre!...

* * *

Carpanesi le tiene a Godoy cierta condescendiente consideración. ¡Qué diablos! cuando se es feliz y se burla así a un prójimo entran ganas de ser generoso. Pero no por eso se vuelve insensible respecto a la "cuëntita" que crece, crece como el agua mansa de un arroyo alimentado por invisibles lluvias lejanas.

Había momentos en los cuales volvía por sus fueros de acreedor serio y esperanzado, haciéndose la idea de que aun podría limitar aquella danza de guarismos, formados con tan disciplinado orden en el casillero del debe; entonces, entre una frase y otra, le espetaba a Godoy:

—A ver si no se me olvida de la güentita...

La prevención nacía aunque no viniera al caso. Ya que al chiquilín pedigüeño era inútil hacerle observaciones, arreciaba contra el paisano, quien sonreía al remedarlo:

—Valiente!... la "güentita"... qué me v-i-a olvidar!...

* * *

Tantas idas y venidas, como reza el verso clásico, han traído por consecuencia la regularidad matemá-

tica de los viajes de Carpanesi al rancho de Godoy y luego un meditativo retorno en que, cabizbajo, dejando sin gobierno el matungo, cavila sobre una enorme e impensada novedad...

La mujercita le ha anunciado, jubilosa, el advenimiento de un heredero, con derecho, si no a un reino, por lo menos a más de un nombre!...

Nace en él cierta noción de responsabilidad con respecto a aquella nueva vida que surge, y se suaviza la otra materialista preocupación de la cuenta que, a la sombra de su condescendencia culpable, crece fantástica e indetenible.

Pero ni por eso deja de deslizar alusiones a la pesadilla del crédito.

* * *

Un día, Godoy, medio echado sobre el mostrador, mira tiernamente uno de esos frascos de vidrio de ciruelas francesas, en el cual ha preparado el bolichero un duraznillo, con caña de la Habana, duraznos elegidos y azúcar.

—Del que toma el patrón, insinúa...

—Usted debe tener una mano... A ver cuando me lo hace probar...

Sin proferir palabra, Carpanesi baja del estante el frasco, y sirve dos vasos.

Se dijera que el indio gusta la bebida con los ojos chispeantes, con la nariz vibrátil, con todo el cuerpo.

—¡Lindo!

Y se le ocurre de oportunidad hacerle una proposición que viene acariciando, madurando hace tiempo:

—Usted, Carpanesi, es muy güeno con nosotros, como un padre. Yo sé que hasta se ha interesao por mí... Yo ando con la suerte tan atravesada... parezco perseguido...

El italiano empieza a observarlo con desconfianza. Por dónde se va a aparecer el tipo después de ese zambullón?... Su instinto defensivo le trae a las mientes como único recurso la referencia a la vieja deuda:

—E... la güentita?...

—Me la sacó 'e la lengua! D'eso, d'eso, es que yo le quería hablar. Yo tengo muy güenas intenciones, quiero pagarle, sabe... y, de sopetón, como un golpe que desorienta:

—Por qué no me conchava?

El interesado ya lo imagina, lo ve atrás del mostrador, la mano en el cajón, y rechaza, fulminante, la propuesta:

—Nó, nó, ma nó!

—Güeno, desliza Godoy, hecho una miel —aura no va decir que no quiero pagarle, que le saco el cuerpo al trabajo...

—Si quèsto nunca lo he pensao, ma qué dice! y agrega:

—Servite otra... El mismo le rebosa un nuevo vaso de duraznillo, que el paisano saborea con delectación, y chasqueando la lengua, comenta meloso:

—¡Qué güeno le ha salido esta güelta, es un licor!

* * *

Nace por fin el infante. Es machito, blanco, de ojos azules. El retrato del padre...

Y Godoy, que a todo le jugaba risa y jarana, no las tiene todas consigo. Se siente disminuido en su autoridad, como a disgusto bajo el mismo techo en que palpita el inocente recién nacido, quien anuncia su existencia y sus derechos con incansables chillidos de hombre dominador y soberbio.

Su moral elástica no es muy exigente; por él... pero ya oía la frase zumbona y mal intencionada de algún envidioso de su suerte:

—Aparcero... Godoy...

* * *

Le mandan avisar al bolichero el acontecimiento y le ofrecen el ahijado, y cuando el supuesto padre viene con unos regalitos y descubre sus ojos en los ojos celestes del pequeño, no puede menos que exclamar sonriente, halagado en su amor propio:

—Ma cómo!... le oqui azule?...

—Eh, le dice el legítimo padre medio remedándole: no compriende... Nunca ha oído hablar de los anteojos, de los caprichos de las madres, cuando están por salir de cuidao?... Usted siempre con sus cosas... con la "güentita"... uno lo tiene tan presente... Y sabe, en esto es así... Cuando meno, hemo pensao en usted...

El italiano no habla de tantas frases irónicas que le llenan la boca. Busca inteligencia en los vivos ojos de la china que sonrío y en resumen, como conden-

sando los picantes pensamientos que se traducirían en: "qué pasada de pierna!", se asombra:

—¡Ma fiquesé!

* * *

Se desgañita el chicuelo a quien la madre le canta, acunándolo y dándole un vaivén que sigue el ritmo del arrorró:

Dormite, mi niño,
dormite, mi sol;
dormite, pedazo
de mi corazón!...

* * *

Hablan del nombre que le pondrán al hombrecito, ahora dormido.

La autoridad de Godoy se impone.

El italiano va de sorpresa en sorpresa:

—¡¡Anquel!!

—Sí, Angel, como usted, como el padrino, no le parece?...

* * *

—Tiene lápiz?, don Carpanesi... Mire, apunte un surtidito que precisamos...

—Pa mejor, aura con la criatura chica...

—Me lo pone en la cuentita, sabe.

LA CHINA GORDA

Celeste era la mocita preferida en el pago de las Tres Cruces. Y todo por sus encantos: por sus ojos vivos, sombreados de cejas oscuras, por su frescor de fruta, por su carne levemente morena, de una morbidez aterciopelada y tentadora.

Tenía ese encanto sensual de las pupilas brillantes y la roja boca como entreabriéndose, matorosa y fresca, en ancha ternura de sonrisa, en incitante promesa de besos.

Era lenta en los movimientos; conversaba con un ceceo dulzón y dormido: mirarla, hablarla, era como sentirse acariciado voluptuosamente. Daba la mano, aquella su mano llenita, tibia, adornada de graciosos hoyuelos y producía la sensación que algo palpitante y vivo se le desmayaba a uno entro los dedos.

Para mejor, Celeste no podía sentir una mirada masculina sin experimentar un sopor de dominio que le entrecerraba lánguidamente los ojos.

En su natural tímido y tosco era una criatura de amor; su sensibilidad inculta florecía instintos que la arrojarían en oportunidad en los primeros brazos de hombre que se le ofrecieran, mejor: que la supiesen arrancar de su envoltura "chúcara", que no era en el fondo sino pudor salvaje, innata timidez de hembra.

* * *

Su padre poseía una estanzuela, una majadita, las vacas lecheras, una tropilla. Cuanto cuanto para ir pasando.

Era viudo.

Completaba la familia una turba de negritos: hijos de unos peones viejos, que bastaban y sobraban para el escaso trabajo del establecimiento.

Celeste, que se criara mimada y consentida, era indolente como una criolla del trópico. Las "morenitas", cariñosas y humildes, la lavaban, la servían, no dejándole más labor que el placer de los vales vertiginosos en los continuos bailes donde ella conquistaba prestigios y pretendientes.

Algo concordante con su psicología era su manera de ser, indecisa, irresoluta, respecto a los cortejantes. Todos y cada uno le gustaban... Tal vez para dar visos de verdad a la frase popular, cruda y descarada, alusiva a una de las más encantadoras debilidades femeninas:

Siendo macho... aunque sea un avestruz!...

Pero, quizás por no saber cómo, a ninguno se entregaba por entero y a todos se brindaba en aquellas lánguidas miradas indefinidas y en las húmedas sonrisas acariciantes.

Con su táctica inconsciente, los enamorados no avanzaban.

Chocaban contra una dulce y grata muralla que los enardecía y ella, que en los giros del baile se excitaba, respirando afanosa, enanchando las narinas palpitantes, sensuales, —que a momentos parecía desvanecerse,— no acudía a las citas o en esperas

inútiles desesperaba a los novios en las noches oscuras, en las siestas cálidas.

Después de una promesa, ella volvía a su casa como embebida en vagos sueños ilusorios. Luego el misterio turbador que se acercaba la iba poseyendo y la llenaba de un raro temor, de un dulce miedo, imposible de vencer, que la resolvía a aplazar la cita.

Celeste no sabía negar nada en la conversación y temía los hechos.

Prefería dormir, o, sentada, no terminando nunca de peinarse o vestirse, mientras una negrita la ayudaba, la abanicaba, se le iban las horas en soñador adormilamiento.

Pasaba el tiempo, no tenía novio definido, oficial, y la trabajaban obsesionantes anhelos de amor que no sabía concretar, orientar.

Pensaba en un cortejante, en otro, en otro...

Uno excluía el segundo... Este alejaría los demás... No se resolvía a elegir.

Sufría esa indecisión cuando su padre enfermó gravemente, y a poco murió. Antes de irse, el paisano tuvo tiempo de aconsejarla:

—Casesé, m'hija.

—Güeno, tata... y con quién?

—Con el que le guste... con Rumaldo...

Ahora su irresolución desaparecía ante el mandato paternal, que a ella se le antojó voz de la provi-dencia.

* * *

Romualdo era uno de sus tantos adoradores. Criollo trabajador, enfermizo, dueño de un campito lindero.

Hombre no muy apropiado para marido de la huérfana, pero posiblemente buen curador de sus intereses. Y así fue. No haría feliz a la muchacha, pero en cambio administró diligente los bienes. Hizo arreglar la casa, alambrar. La estanzuela produjo; él fue para atrás. No supo hacer con su vida lo que con las cosas.

Celeste, —a pesar de cierta desilusión,— engordaba, rebosaba salud, se ponía más linda. Romualdo, lleno de buenas intenciones, se volvía hético, amarillo, puro hueso, hasta que se consumió, no sin antes dejar dos hijos.

Ya doña Celeste había sentido llegar hasta el cerebro aquella majestad reposada de sus carnes pingües y como si pensara con uno de sus brazos gordos, con sus piernas macizas, con su papada parabólica, sus ideas eran lentas, tranquilas, sin nervios.

Adoptaba habitualmente esas lacónicas frases de conformidad:

—Qué se le v'hacer... Pa que vea... Ya que lo quiere Dios...

Y así comentó la muerte del marido, mientras en su ocupación favorita chupaba el mate dulce, que siempre había de matizar, dándole gusto a la quijada, con alguna golosina y, si la atmósfera lo determinaba oportuno, —en días de lluvia,— con las clásicas, sabrosas tortas fritas.

Sin embargo, no pudo contener un:

—Caramba!, porque ahora había que pensar...

Era preciso que hubiese un hombre al frente de la estancia.

Para evitarse complicaciones, puso de capataz a un peón que trajera el finado. Este lo sustituía bien. Como medio de acallar charlatanerías, divulgadas por algún resentido, se casó con su empleado.

Siguió engrosando.

Tenía mala estrella! El patrón desmejoró, se consumía de flaco; no llegó a los dos años. Le dejó otro hijo.

—Qué se le v'hacer...

* * *

Viuda otra vez, siempre linda, no le faltaron cortejantes.

Empezó a llegar el comisario. A quedarse. Los amigos le decían:

—Cuide el número uno... Mire que la sanguijuela no suelta cuando se prende!

Nació otro muchachito.

Ella continuaba sonriente, engordando, contenta, tomando mate.

Al comisario lo trasladaron de sección...

Visitó la casa el bolichero Quintana, un gallego muy cumplido, que usaba el pelo al rape y tenía la cara azul de la barba fuerte.

El, salvando temores, ya que se había hecho Celeste de cierta fantástica fama de Mesalina... decía:

—La señora Celeste debe encontrarse un poco sola...

Y se resolvió a acompañarla.

Apareció un nuevo infante.

Después frecuentó la casa Pancho Medina, luego López, el de los Corrales, más tarde Trindade, y...

Se aumentaba la prole.

Celeste no era capaz de dar, ¡a nadie! una negativa. Como antes. Pero ahora variaba el resultado.

Cuando un visitante no venía más:

—Lo tratábamos tan bien... pa que vea...

A veces lo buscaban para que saliese de padrino de un gauchito, de una gurisita.

Como de hijos, se llenó de compadres doña Celeste.

En unas cuantas leguas a la redonda la designaban:

—La comadre...

* * *

Seguía engordando. Su inactividad le trajo por consecuencia sufrir dolores en las piernas y se aficionó aun más a su mate dulce para matar el tiempo.

Los años la ofendían un tanto: le hicieron lustrosa la carne fresca, el suave color canela se tornó amarillento, los ojos se le empequeñecieron entre los párpados regordetes, pero aun conservaba su tierno sonreír, la dormida voz de caricia, el mirar largo, llameante y amable.

* * *

Tenía unos cuantos muchachos por bautizar. Esperaría la venida del señor cura a las Tres Cruces. Lástima que ella no podría asistir a la ceremonia, por sus piernas, por no sofocarse... Estaba tan gruesa!

La sorprendió una imprevista nueva: una carta del "padre" le anunciaba que empezaría en su casa la misión; en la misma le solicitaba alojamiento.

Le hizo contestar que viniera, que le recibiría gustosa.

Improvisaron un altarcito.

Enteraron de la grata novedad al vecindario.

Doña Celeste empezó a reunir la catervada de hijos y los negritos y se pasaban las horas coreando rezos y rosarios.

Ella los dirigía con unción. Sentía ciertas veleidades místicas y parecíale que en bien de su alma, estaba obligada a cualquier "promesa", a algún sacrificio.

Se preocupó de hacer al cura una buena recepción y de tratarlo lo mejor posible mientras fuera su huésped.

Barrieron; limpiaron la casa.

Los chicos estrenarían trajes; ella misma se mandó hacer un vestido rosa, con profusión de adornos, blondas y cintas.

El día del arribo del religioso caminó con cierta desenvoltura, afirmada en un bastón. Por una invencible flaqueza de coquetería, se fue a mirar al espejo. Estaba muy bien. Se sonrió su sonrisa tibia de amorosa.

Una de las negras hablaba orgullosa del honor de albergar un Ministro del Señor.

Celeste, humilde, conforme con los decretos de la divina providencia, pensó que Dios no era solamente justo, sino muy bueno.

Aplicando al caso su costumbre de tratar a los huéspedes, no había hecho preparar cama para el santo varón.

La negrita insistía con su alegre complacencia:

—Nos van a tener envidia, patrona.

Y ella, consciente de su falta de mérito para la gracia, exclamó resignada:

—Qué le vamos' hacer...

DE
"LOS ROSTROS PALIDOS"
(1924)

LA INGLESA ARQUEOLOGICA Y SENTIMENTAL

Que algunas de las hijas de Albión sean secas y apergaminadas no es causa para que se las considere frías e insensibles; yo tengo mis razones para afirmar lo contrario.

Supongo que ellas, conociéndose, como se deben conocer, al elegir la península para sus lunas de miel y sus residencias matrimoniales deben contar con el perfume de estos jardines, con los tibios claros de luna con canzonetta y mandolino, con el efecto del ozono y de este sol vital que llena sus funciones a las mil maravillas.

No voy a referir leyendas de Venecia o picantes escenas de Bocaccio; mi narración es más modesta y lo suficientemente real para no ser puesta en duda.

A la inglesita de mi cuento, Miss Eva Goold, la tuve de compañera mientras el coche trabajoso ascendía el camino que desde Poggibonsi conduce a San Gimignano.

La arqueología y el sentimentalismo la desinglesaban hasta el punto de hacerla conversadora, y yo, latino "bavard", en creciente enamoramiento del paisaje pálido, oí de sus labios lineales el elogio justo.

Subrayaba:

—Bien dicho es eso de que el paisaje modela las

almas... No ve usted Florencia con esa finura de las dulces colinas y las montañas simples, en una gama que va del celeste del agua al lapislázuli, y esos aterciopelados cipreses con alma y esas nieblas musicales!...

La tierra senese es aún más fina: hay una aristocracia severa en la serenidad armoniosa de esta campaña...

Realmente era todo suave. Los tonos delicados, los declives sin aspereza, hasta el mismo color de verdes con amarillo de Nápoles y con oros muertos en los follajes que se marchitaban.

Seguimos ascendiendo. Mirando el valle pintaba Cezanne, metía sus azules ricos, gozaba prodigando el aéreo plata ceniza de los olivares...

Y ya los muros rojos y ocre y las torres gloriosas que sobre el cielo semejaban enormes trompetas cantando una belleza eterna, nos zambulleron en pleno mar erudito e histórico.

Oí con cuanta pasión se expresaba Miss Eva sobre el estilo de los palacios y sobre los amores de la época...

Y mientras yo destinaba horas profundas a Barna, al Sodoma y a Benozzo Gozzoli, admirando los frescos minuciosos, expresivos y brillantes, mi amiga, — ya éramos camaradas, — luchaba con el pozo de mármol y con la puerta de San Mateo trasladándolos a su industriosa y tenaz acuarela.

Por la noche nos encontramos en el hotel; me invitó a pasear por las viejas calles evocativas, en la magnífica atmósfera de un trescientos redivivo.

No pude acompañarla.

Al lamentarlo me susurró confidencial:

—Tenía que revelar algo...

* * *

A la otra mañana partí solo, dejando una tarjeta a mi compañera de viaje.

Continuando mi gira, viendo lagartijas e inglesas entre las ruinas de Roma, en las murallas de Viterbo, en los restos de Pompeya, pensaba en Miss Eva con su entusiasmo, con sus conocimientos histórico-sentimentales y su caja de pinturas.

Por cierto, la eché de menos en la casa de Livia, en los palacios de los emperadores sibaritas y sensuales, en los gineceos señalados con el dedo simbólico de las calles de Pompeya.

Ella me hubiera revelado tanto misterio!

* * *

Años más tarde peregrinaba por la isla de oro, por la Sícula antigua.

Heme en Taormina gozando el panorama estupendo, entre ruinas romanas y recuerdos griegos y ese mar de Jonia tan azul y ese Etna decorativo, tan blanco.

Una mañana de viento caminaba al azar cuando descubro, volando hacia mí, una especie de enorme mariposa.

Era un sombrero femenino lleno de tules.

Lo atrapé, y cuando quise descubrir su dueña, agitada, despeinada, detrás de unas columnas apareció, pinceles en mano, Miss Eva.

—Ooooh!!

Nos dimos un dilatado apretón de manos.

Charlamos.

Era la misma.

Quizá sabía un poco menos de italiano.

La acompañé, y nos hicimos inseparables.

Se cambió a mi hotel; me repitió como quinientas veces el número de su estancia.

Los turistas decían que nosotros despertábamos el sol y provocábamos los crepúsculos, tanto andábamos juntos a esas horas.

Miss Eva me conducía a los rincones más apartados, abruptos y salvajes.

Y vibraba con mis lecturas de Teócrito bucólico, o con la de los amores pastorales de Dafne y Cloe.

Ella anhelaba ser griega: danzar con los pies desnudos, colgar en un árbol sagrado sus votos a Pan... Y me rogaba que aprendiésemos a tocar la siringa.

Exaltada, hablaba de los pastores, de las ninfas y de los faunos.

* * *

Yo, por aquel tiempo, aun continuaba con una idea bastante lugar común sobre el temperamento de las misses.

* * *

Finaba abril.

Se habló de marcharnos.

Miss Eva —que se escotaba con creciente furor e insistía en querer ser griega, cuatro siglos antes de Cristo— un día, frente al mar maravilloso, al Etna

severo y a un dorado crepúsculo de sueño, me confesó:

—Io, qui, perder volentieri mie fiore d'arancio...

* * *

Miss Eva era un tanto vieja.

Y yo no la entendí bien, porque las inglesas, al hablar, confunden, en los verbos, el presente con el pasado...

LA SEÑORITA Y LA BESTIA

Brunelli tiene por costumbre trabajar en una dulce penumbra que posiblemente da al modelo una poética suavidad de tonos; por eso, cuando me presenta a la señorita Hilda Laponi, a quien hace el retrato, y beso a ésta la cuidada mano, no me doy cuenta de conocerla desde hace tiempo, de verla en el cine, en fiestas, en reuniones.

Entro del jardín dorado de sol, y necesito tiempo para que la retina se habitúe al cambio de luz.

Me siento en un rincón tratando de no incomodar al artista que labora y paso en revista el familiar estudio abovedado, con áticas columnas elegantes, que recuerda las características "botteghe" de los maestros florentinos del quinientos.

Observo: paisajes, figuras, dibujos, la bella obra múltiple de mi amigo, espiritual, complejo y fino, quien, como sus colegas del Renacimiento, es pintor, poeta y filósofo.

Me encuentro a gusto en esta quietud profunda y fecunda, junto a los libros cordiales que desbordan de las bibliotecas e inundan sillas y mesas, y con los ojos entrecerrados me deleito en admirar la modelo, que es también una bella cosa.

Es una interesante y extraña mujer rubia, y digo mujer, pese a cierto aire de colegiala que le resta

de sus diez y ocho años salvados de un salto con el desarrollo audaz de sus senos duros y sus caderas bien dibujadas.

Es pálida, con palidez de amarillo de Nápoles; su boca grande y húmeda tiene el color y el brillo de ciertas rojas lacas japonesas; pero lo que es realmente extraordinario son los ojos. Los ojos, toda una cosa con las cejas finas, las pestañas soñadoras, con el color de aguas transparentes y cambiantes de los iris.

Aquí reside el encanto misterioso de esta fémica que llamé extraña. Un no sé qué de sueño y de voluptuosidad vela sus ojos, vistos como tras una asordinada dulzura de azules o de violetas, y por ello, o quizá por qué razón fisiológica, esta mujer nos sorprende uno u otro día con sus ojos color de olivo, de límpido celeste, de azul violáceo, de verde dorado.

* * *

Brunelli me lo insinúa mientras se queja de los ojos traidores, engañándolo siempre, y para los cuales no encuentra la justa sfumatura en su paleta.

—No renuncio, declara mientras abandona los pinceles, sino que insisto estudiándole los ojos.

Y clava la mirada en la señorita en quien creo notar esa fulmínea turbación que oscurece la retina como si un humo tembloroso y fugaz subiera de un interno fuego.

Llega Candia, infaltable compañero de las reuniones del estudio, e instado a leer nos acomodamos en la chaise-longue, en las sillas, para escucharlo.

Brunelli está junto a Hilda; el lector cerca de la ventana; yo, más lejos, saboreo mi cigarrillo.

La voz del lector.

Un silencio atento.

La señorita, para compenetrarse más de la lírica que desenvuelve su gracia poética y rítmica, cierra los ojos.

Brunelli, con un acento cálido, bajo y suplicante, le ruega:

—Por caridad, míreme en los ojos. . .

* * *

Cuando ella se va, le digo al pintor:

—Esa mujer está enamorada de ti.

—No, me contesta convencido.

—Eres tú la víctima?

—Tampoco. Cuando ella quiere, doy libertad a la bestia que, por otra parte, es una bestia civilizada, apta a no excederse, a andar con tiento, apropiada para una señorita en busca de marido y para un hombre un tanto viejo, con mujer e hijos. . .

Yo no debía hacer con esta muchacha lo que hago, ni ella tampoco debía permitirlo, ya que, aunque sea en teoría, nada ignora, y sabe bien cuál resorte vulgar me mueve a acariciarle los brazos, los senos o las piernas, a aspirarle el olor de su cabello y de su cuerpo, a estrecharle la mano con un sensualismo ingenuo y vicioso. . .

Y cuando no lo hago, ella, como impensadamente, se me aproxima, y su mano cauta busca la mía.

Tú comprenderás, yo no quería conformarme con eso: estando solos, intenté hablarla, insinuarme, y me contestó con una frialdad y una sorpresa tan perfectas que a mí que, sin ser un don Juan, conozco bastante a las mujeres, me dejó helado y desorientado.

—Táctica errada.

—Sí, será preciso no hablar, me dije. Y, sin palabras, otra vez la abracé e intenté besarla.

No he visto nunca gesto más duro y despectivo, mirada de mujer más ofendida que la suya en aquel momento.

Pensé: la he hecho gruesa. . .

Al otro día, en un rincón de mi estudio lleno de gente, se me abandonaba lánguidamente en los brazos y reclinaba en mi hombro su cabeza enigmática.

—Hombre, querría el privilegio de las iniciativas. . .

—Es un ser refinado, artificialmente vicioso, con un maravilloso control de sus nervios y de sus instintos.

Mientras sus favores no exceden de la epidermis, cuando a ello la impulsa cualquier inclinación —simpatía, atracción sensual, admiración— se deja deslizar por el plano inclinado, pero con la mano en el freno automático; con todos los nervios, menos uno, desmayados de voluptuosidad, y ese único sobreviviente a la divina fuerza de la naturaleza no falla, o hasta ahora no ha fallado nunca.

Cuando la boca perfumada y florida del precipicio se abre bajo sus plantas, ella frena y detiene el galope loco de los potros del instinto.

—Admirable animalito!

—Ante sus ojos estuve más de una vez por enamorarme, pero cuando sus mismos ojos fríos e indiferentes me revelan su naturaleza ordenada como una máquina, tiemblo por sus víctimas.

Estas mujeres son quienes hacen inventar a los hombres fantásticas conquistas.

Cuando descubrimos un amigo con el brazo en la cintura de una mujer, creemos en la aventura, y él, en general, no la niega.

No tiene el valor de declarar que abrazaba la bestia, la bestia con bozal y cinturón de castidad.

Porque cuando una mujer ama y se deja amar con el alma y con el cuerpo, y cumple su humana misión, dignifica la bestia y pone el halo del espíritu a la carne. Si el alma permanece ausente de esa función material que es el amor, entonces la bestia no tiene salvación...

O,

* * *

(Más tarde).

—La señora Hilda Laponi de Ferrari.

—Nos conocemos, tengo el honor...

* * *

—?

—Le sacó el bozal a la bestia: ahora hay editor responsable.

Y es mi amante, sonrío Brunelli.

ALDO SE HA ARREGLADO

En verdad nos preocupaba la suerte de Aldo, simpático camarada de bohemia artística que, con Brunelli y Rossino, pintores, el escultor Fabri y yo, amigo de las letras, compartía unas tajaditas de sueño y unas horas de charla, ya en uno, ya en otro estudio de los compañeros.

El padre de Aldo, de la eterna casta de los genitores testarudos, le había suspendido la pensión porque el muchacho, lírico impenitente, y dado a especulaciones idealistas, había descuidado dos, o tres o... cuatro años de estudio.

Una pequeñez, como se ve, que no influenciaría en la marcha del mundo; pero él, celoso administrador de su buen dinero, no admitía una salida de caja sin el Haber de un año aprovechado, y hete el maravilloso florecer del milagro en la vida del estudiante.

El muchacho no se amilanaba por eso.

Se puso más sutil de lo que era, alargósele su rostro anguloso, tan 1830 con las románticas patillas, y se dijera que caminaba más ligero, sin ruido, como en el aire.

Los compañeros hacían frases ingeniosas:

—Aldo se volatiliza... Digámosle la oración fúnebre antes que se nos pierda de vista.

Lo aferraban cuando soplabla la tramontana áspera.

—En una de esas nos lo arrebató...

El sonreía, flaco, ardiente y grave. Y no perdía la oportunidad de pasear en los crepúsculos, en las noches propicias, con las dulces florentinas tiernas y amorosas.

Que no se desesperaba lo decía su despreocupación.

No buscaba empleo, no hacía nada por ganar "un soldo", fumaba con entusiasmo su saboreado cigarrillo y cambiaba de novia con una regularidad matemática.

—Pasaré horas de angustia... me imaginaba.

Pero por lo visto pasaba más horas de amor...

* * *

Cuando Rossino me confió:

—Aldo se ha arreglado... suspiré con alivio.

—Cedió el viejo?

—No, da lecciones de italiano a una señorita noruega.

—Le pagan bien?

—Imagínate, ella es riquísima...

La afirmación era verdadera:

—Aldo se ha arreglado.

* * *

Brunelli me revela que el profesor, quien hasta entonces jamás había dado una lección, demostró un ingenio, una practicidad y una imaginación portentosa para enseñarle el idioma a la discípula.

Como ella vivía en Settignano, en esos pintorescos y pictóricos alrededores de Florencia, él, para hacerla

practicar, y basado en un método directo de su invención, y al parecer muy superior al Berlitz, empezó por invitarse al almuerzo, y luego a la cena...

El muchacho es listo y no entiende se pierda el tiempo.

Cuando le sirven la sopa, toma la cuchara y comienza:

—Io mangio; prendo il brodo.

Y la rubia y fina criatura del Norte, repite con precaución:

—Io manchie... brendo il prodo...

—Molto bene, molto ruscito, aprueba el maestro.

Y continúa, en el mismo tren, con el pollo, la ensalada, los dulces, el vino...

En las tardes mórbidas pasean por los caminos silenciosos, bordeados de olivos de plata, que amara Eleonora Duse... Contemplan en la lejanía el Duomo esponjado, el Campanile esbelto, la silueta de la magnífica ciudad... y prosigue la lección.

Toman el té.

Cenan.

Sigue la práctica.

El, con desenvoltura, muy en carácter, coge un cigarrillo y mientras lo enciende le explica:

—Fiammifero... sigaretta... fumo...

Y la chica silabea, aplicadísima.

Salen a sentir la brisa fresca y perfumada entre las exuberantes plantas de la terraza.

La noche es dulce.

Entre una lechosa niebla azul palidecen las luces de Florencia.

Bajo el lánguido claror de la luna que presta más misterio al jardín, se ven como somnolientas las estrellas...

Y el profesor continúa el curso de lecciones intensivas.

* * *

La anciana tía que acompaña a la muchacha dormita con su revista... la hermana se ha ido con el marido al teatro... La discípula posee una no despreciable dote... Y arrecia él sus explicaciones, sus ejemplos, la aplicación de su singular método directo.

Abre los brazos en un ademán grandilocuente y le susurra, mirándole los claros ojos:

—Poesía!

.....

—Si sente bene il cuore.

Ella lo repite, dócil.

El le ciñe la cintura:

—Abbraccio!

Y el punto final aquella noche lo puso él, porque cuando pronunció:

—Bacio...

la práctica impidió que ella glosara la tierna frase.

* * *

Rossino completa la noticia:

—Aldo se ha arreglado... Es novio de la señorita noruega... se casará en Octubre...

* * *

Aldo se ha arreglado...

—Vaya si se ha arreglado!

LOS MUTILADOS

Cuando hacía buen tiempo, a mediodía, los mutilados pasaban por mi calle hacia Alle Cascine, a tomar el aire y el sol.

Eran doce o quince mocetones lamentables, ya mis conocidos en la familiaridad de la diaria visión.

Con sus trajes militares, verde ceniza, algunos con un fez rojo, otros con kepíes, como grandes bebés trágicos iban en sus carritos de juguete.

A tres o cuatro débiles, con la palidez lívida y los ojos brillantes de quienes parece ya tienen coluquios con la Intrusa, los ayudaban. Muchachos soldados empujaban sus carricoches semi cubiertos con gruesas mantas. A algún otro de piernas paralizadas, o vuelto sólo tronco humano por la carencia de extremidades, también lo llevaban.

Luego venían los más felices, los que poseían un brazo, hasta los dos, aunque carecían de piernas. Estos guiaban por sí sus pequeños vehículos, girando un manubrio que activaba las ruedas.

Iban de a dos, iban solos; conversando, fumando, silenciosos...

Cruzaban entre el público indiferente, junto a los obreros demasiado apresurados para poder pensar, o ante la sorpresa grotesca y terrible de los niños que, pese a la prevención de la madre, insistían:

—No tienen piernas!... No tienen brazos!...
Y cómo?

En contraste con el descolorido rostro de los enfermos, algunos grandes mutilados lucían una robustez caricatural de mejillas mofletudas y rojas, ojillos perdidos en la grasa, y pechos y espaldas enormes, ajustados en la casaquilla, contraídos en el estrecho carricoche.

A unos la vida apática, los miembros muertos, los minaban; quizá una lucidez de pensamiento roía en el pesimismo de sus vidas rotas; otros, filósofos, bonachones, fatalistas, se habían instalado en el puesto nuevo que les asignaba el destino, y digerían y engordaban.

Viéndolos reflexionaba:

—Esos hombres, con un único camino abierto en la inutilidad de sus vidas, se depurarán?... el que sonríe despreocupado, y el que lleva los ardientes ojos hundidos, así como vagando en una lejanía de sueño?

* * *

Después veía a mis amigos en los desfiles patrióticos; cuando se conmemoró a Dante en Piazza Santa Croce, cuando vino el Rey, cuando la apoteosis del Soldado Desconocido.

En las manifestaciones los colocaban adelante, les arrojaban flores, y si en verdad las muchachas tenían más gentilezas con los oficialitos elegantes y más o menos completos, los oradores cimentaban su retórica en aquellos brazos, en aquellas piernas vueltas

polvo en quién sabe qué perdido cementerio del frente de la guerra.

En esos momentos, ellos se sentirían orgullosos del sacrificio, del holocausto de sus juventudes en aras de la patria, y a mí se me ocurría que estaban contentos y no dudaban de la sinceridad de los fogosos discursos, fraguados lejos de los campos de batalla, por quienes de la guerra quizá no tenían otro conocimiento que el de las fotografías...

* * *

Sin embargo esos acontecimientos no se sucedían muy a menudo, y se susurraba que a los mutilados no se les trataba dignamente; hubo necesidad de crear un comité de señoras, el cual recolectó fondos, los instaló en más confortable residencia, regaló a los heroicos enfermos un gramófono, dulces y cigarrillos...

* * *

Se acercaba el Día de la Victoria, y el comité, incansable, resolvió ofrecer una fiesta a sus protegidos.

Los diarios la prestigiaron; se nombró otra comisión de señores de donde surgirían los discursos, y las damas, con un celo sólo comparable al magnífico usado cuando pertenecieron a la Cruz Roja, dieron manos a la obra.

Alguien tuvo la idea de realizar en un teatro la patriótica ceremonia; luego, temiéndose cualquier imprevista manifestación demagógica, se resolvió hacerla íntimamente.

El envío de regalos, comestibles, vinos, licores, fue un éxito resonante; la suscripción permitió la decoración lujosa de los salones del festival; el comedor, y la sala donde bailarían la concurrencia...

Las invitaciones a las Autoridades y a lo más representativo de la sociedad hacían prever una reunión aristocrática y distinguida.

Sería una evidente demostración de los vivos y altos sentimientos cívicos y humanitarios, patrimonio de las clases elevadas.

* * *

Los salones resultaron estupendos. Entre los artísticos trofeos de banderas y guirnaldas de laurel resaltaban el busto del Rey, el cuadro de la orden del día, donde el Generalísimo anunciaba la Victoria, y el retrato del Poeta Soldado.

El banquete? Algo suntuoso y exquisito.

Damas y caballeros servirían a los festejados.

Una banda militar amenizaría el acto.

* * *

Qué felicidad incontenible y bulliciosa la de los pobres mutilados.

Reían, canturreaban, decían bromas...

Olvidarían sus soliloquios desesperanzados, sus horas negras, la tristeza de los insomnios, de las interminables noches vacías...

* * *

Qué concurso de premuras, de finezas, entre las mujercitas delicadas, colocando junto a las mesas a

esos pobres niños grandes de los mutilados, sirviéndolos, dándoles de comer a los que no podían hacerlo por sí.

.....
Habló la presidenta del comité, habló el Síndico...

Tocaron la marcha Real, y los desgraciados a quienes les restaba un brazo, hicieron la venia de ordenanza.

Sonaban copas, platos y cubiertos, y por sobre todo se alzaba el rumoreo incansable de las conversaciones de los invitados.

Revoloteaba la charla ingeniosa. "Tocaba" corazones el florete de doble filo del flirt galante... Y se hacía honor a un discreto lunch reservado a la concurrencia...

Los vinos animaban la asamblea.

La música atacó la Marcha del Piave, y los mutilados cantaron a voz en cuello.

Los invitados se unieron a la manifestación y atronaron los vítores a la Patria, al Rey, al Ejército.

El champagne!

Casi mereció el champagne mayores homenajes...

¡Qué aclamaciones!

Había un júbilo unánime, una colectiva locura; se gritaba y las mujercitas histéricas reían hasta las lágrimas, plegándose a sus caballeros.

Las copas, en alto, brindaban y chocaban con las de los soldados.

* * *

Uno de los militares, de ojos hundidos, de rostro blanco hasta parecer sin sangre, reclamaba silencio; en el extremo de la mesa un mocetón paquidérmico, enorme en su obesidad cebada, carmesí por el vino, agitando un cuchillo en su única mano, gritaba:

—No pasará extranjero! No pasará extranjero!
No pasará extranjero!

Consiguieron hacerlo callar, y los ojos brillantes de dicha de la concurrencia, las bocas húmedas y entreabiertas, parece que esperaban una gracia, un chiste, una nueva locura que les permitiese estallar en más francas y violentas carcajadas.

—Señores, —resonó la voz sorda del improvisado orador,— en lo que haya de noble en vuestra intención yo os la agradezco, pero os pido que nos dejéis. Varios compañeros están ebrios y lo olvidan todo... Pensad en los que no olvidan... En los que están encontrando ofensiva vuestra alegría...

Mutilados más que del cuerpo, del alma, nos angustia una juventud imposible, una dicha esfumada, un amor...

El hombre se quedaba aún más pálido...

El público se desconcertaba. Notaban la importunidad de tal oratoria. Se debía hacer callar al agua-fiestas. Discutían ya ese punto, cuando el soldado intentó continuar:

—Una novia... un amor!...

Y ya la frase salió como apretada en la garra de un sollozo que lo sacudió violento, mientras el mísero rompía a llorar.

Aquellas psicologías descompuestas, el efecto del vino, la excitación, despertaron por aquí, por allá, ecos convulsos.

Un tronco humano intentaba torcer el rostro contraído, de cuyos ojos corrían las lágrimas; otro, repentinamente enfurecido, con una botella rompía pocillos y copas, y el mutilado obeso, esgrimiendo su cuchillo, recomenzó su canción desafinada:

—No pasará extranjero! No pasará extranjero!
No pasará extranjero!

Alguien, intentando sofocar la batahola de gritos, llantos y vidrios que se rompían con estrépito, ordenó a la banda tocar una marcha.

* * *

Los cobres, las flautas, los tambores, atacaban alegres la música marcial.

En la calle, el público que se había aglomerado a curiosear, la cantó.

UN GUSANO

Brunelli pinta; una señora rusa consume cigarrillos mientras se devana los sesos con los últimos ismos del arte y Giannino Parente, este robusto y saludable mancebo toscano, desarrolla ante mi escepticismo, —elegante y fabricado,— sus teorías jerárquicas.

El ademán rítmico en el cual puede lucir el esmalte de las uñas; la voz aflautada, con un nasal acento de "oltralpe"; la disertación prudente como un breve vuelo de patos.

—Una cosa son los señores, otra el pueblo... Hay que distinguir...

Ustedes con sus teorías igualitarias desconocen los verdaderos valores... Es posible que nosotros nos codeemos con el mozo de cordel o el carretero?... Le parece justo que los esfuerzos de la inteligencia sean pagados con la misma moneda que el trabajo plebeyo?...

Cambiar para encontrarnos con un desorden donde no se estime el talento, es muy feo...

—Y acaso hoy representan algo los méritos intelectuales?... Acaso no se mueren bonitamente de hambre escritores, músicos, artistas?

Es un título en esta su impecable sociedad el ser creador de belleza?

—Disculpe, disculpe, menos se estimaría bajo el nefasto régimen bolchevique porque desaparecerían los señores que hoy aun podemos valorar y sostener a los artistas...

—Ustedes jueces!... ustedes, los "señores"!

—Natural.

—Natural, los artistas estimados como los perros de raza, las cocottes y los caballos de carrera!

—Disculpe, disculpe... me atribuye unos conceptos...

—No, querido señor Parente, hay que hacer volar todo, destruir, arrasar! Y sobre las ruinas humeantes instaurar la tiranía de los artistas!

—Un nuevo terror!

—El magnífico gobierno de los buenos tiranos!

El triunfo de la Belleza y de la Poesía! La guillotina adornada con rosas; las ejecuciones al compás del Nocturno de Chopin; las condenas capitales en el baño perfumado de Petronio.

No se van a quejar...

* * *

—Escucha, Brunelli, tu amigo será un excelente escritor, tendrá mucho ingenio, pero, no sé... es tan así...; si te fuera lo mismo no llevarlo más a casa...

* * *

Lo lamento: un ambiente tan distinguido, tan chic... Los lacayos tan bien educados... Salones y salones... La señora Parente tan dura y Giannino tan blando presentándome sus relaciones:

—Las princesitas, señoritas Lanza de Tigris, hijas del Collar y Gran Cruz de Malta, príncipe José Cristiano Lanza de Tigris, ex embajador, ex ministro, ex-etc.

Y las niñas haciéndose ligeramente convexas y alargándome la punta de los finos deditos rosados que yo estaba aprendiendo a besar tan caballerescamente...

* * *

—Brunelli, te rogaría no llevases a Coteau a mis recibos.

—Es un escultor de porvenir.

—No lo dudo... pero aun no es muy conocido... y se viste tan mal...

* * *

—Qué te parece el color de mi corbata? Se usa, sabes, pero me parece un poco "provincia"?

—Es "urbísima", lo consuela Brunelli.

* * *

—Es un horror ir a casa de los nuevos ricos... Vieses lo que ha hecho Vanni.

—?

—Se hizo retratar con todos los suyos en "Divina Familia".

—Hombre!!!

—Sí, como lo oyes, en "Sacra Familia"... No te fijaste que él y el padre se habían dejado la barba...

—Miserables!

—Y qué mal gusto...

—Horrible, Giannino, y lo peor, por economía!

—Lo de la economía, sabes... lo de la economía no estaría mal... se es rico, pero no se sabe nunca... es que es de mal gusto lo de la barba y lo de la "Sagrada Familia"... Siquiera hubieran hecho una escena galante de tiempos de Luis XV.

* * *

—Un pequeño favor, Brunelli. Con mamá hemos estado pensando en nuestro nombre, en nuestra alcurnia, en nuestra casa... Nosotros somos Parente; ahora bien, desearíamos saber si entre nuestros antecesores habrá existido algún título; si tendremos derecho a algún distintivo. Es tan lindo.

—Pero yo en esas averiguaciones...

—Tú como persona de mayor confianza nuestra... Y después algo encontrarás, estamos seguros.

Sabes, Parente, Parente, es un nombre antiguo, conocido... viejo...

* * *

Candia, segundo encargado de la comisión, me enteró de su resultado:

Aquel papinista encarnizado y furibundo de las grandes melenas era el especialista en heráldica.

El hombre, poseído de su misión trascendental, desempolvó unos grandes libracos, se caló los lentes y...

—P, p, p... pa, pa, par... Parente...

"Parente, llamados I Parenti de San Jacobito... Familia de artesanos en la cual se distinguió Gino, como tejedor en seda... En 1423 introdujo y cultivó el gusano de seda con excelentes resultados. En pre-

mio de su laboriosidad la Corporación del Arte de la Seda le concedió el uso de escudo de familia, en el cual, sobre fondo amarillo, campeaba un gusano”.

* * *

—Pero, Brunelli, tú crees que nosotros descendamos de simples tejedores?... No digo duques o condes, pero ni siquiera barones o gentiles hombres...

Y luego el escudo! Un gusano! Por favor, un gusano!

Siente, Brunelli, a mi no me gusta... Siente, Brunelli, sería conveniente que guardaras el secreto...

Un gusano! Un gusano!

* * *

Con todos sus millones, con su bello palacio decorado de auténticos frescos del 500, con las relaciones selectas que recibían, Giannino Parente empezó a sufrir malísimos momentos...

Una y mil veces se había arrepentido de sus investigaciones heráldicas.

No le bastaba con su mansión principesca en la ciudad, con sus posesiones en campaña, con sus autos, con su vida fácil y grata?

No, le había dado por la aristocracia...

Y ahora temblaba en la calle, en su casa, recibiendo visitas, estando solo, en el paseo, en el club, en el teatro.

Se opacó su vida.

Y su estómago, delicado a fuerza de tanto buen manjar, y su cabeza, debilitada con tanto sueño de

grandeza, empezaron a sentir el gusano del escudo de familia.

En una fiesta señorial realizada en su casa, mientras su mamá, vestida de brocato amarillo, pasaba de un salón a otro, él descubrió sobre su pecho el gusano.

—Mamá!, gritó, llevándose las manos a los ojos...

Y tuvo el estoicismo de no traicionarse.

Arremolinóse la concurrencia.

Lo llevaron desmayado a su estancia y al volver en sí, sus ojos espantados se encontraron con el animalito sobre campo amarillo.

Su madre se inclinaba sobre él lejos de creer que su prendedor de brillantes pudiese transformarse en la temida visión.

* * *

Después veía la bestia en la ropa, en el suelo, en las paredes.

Su propia sombra tomaba formas de gusano.

Y en las más inocentes frases creía encontrar alusiones a su idea obsesora.

Una noche, en sueños, vivió la tortura de una horrible pesadilla.

Llamaron a su puerta, y cuando sorprendido se iba a incorporar, vio adelantarse el cuerpo grotesco e hinchado de su familiar perseguidor.

El animal se movía hacia una y otra parte cual si lo buscase; luego, siempre agitando sus repugnantes anillos gelatinosos, subió a la cama y se encaramó sobre su pecho.

Empezó a sentir falta de aire.

Una angustia opresora lo ahogaba.

Y forzabase a restar inmóvil, fingiendo dormir.

—Quizá se vaya...

Un momento creyó asfixiarse y mientras se helaba con el sudor escalofriante del miedo, su voz sofocada se animó a interrogar:

—Qué quieres?

Y un vozarrón imperativo ordenó:

—Hazte el escudo!

—Eso no, pensó Giannino, prefiero morir.

Temblaba.

Y otra idea le acudía a la mente:

—Y si me muero con esta bestia en el lecho y mañana la descubren?

En tanto el indeseado huésped aumentaba su presión.

Temió la muerte.

Cedió.

Y con el alivio de sentir su pecho libre, gustó el placer de poder estirarse a sus anchas en el lecho mullido...

—Se ha ido... me río de las promesas...

... Ahora, desde la puerta, miraba el lecho y se veía a sí mismo como un gusano en el campo amarillo de los edredones esponjados...

* * *

Pálido, enflaquecido, triste, se dijera con veinte años más sobre las espaldas, al día siguiente se confiaba con el pintor.

—Qué te parece, lo hago?

—Es lo que corresponde.

Titubeó un instante, irguió la abatida cabeza y exclamó triunfador:

—Y si arriba pusiéramos un águila?!

—Desprestigias el símbolo...

Enmudeció.

Se apelotonó en un rincón.

Lo visitó la pesadilla...

Con esfuerzo, torpemente, se puso en pie y, sin saludar, con automático movimiento de muñeco salió, repitiendo:

—Un gusano... un gusano... un gu..sa..no...

* * *

Lento, por la calle espesa de niebla, encorvado, blanduzco, gris, se alejó.

LA DOTE

Don Angel Carotti sabía muy bien que al señor Montanaro no lo ahorcaban por un centenar de miles de liras más o menos, así que, cuando en los prolegómenos del negocio surgió el desacuerdo, optó por fingir desprendimiento y fue a golpearle la espalda al amigo:

—Eh, eh, es una vergüenza... por una pequeñez...

—Mi palabra es mi palabra.

—Nos arreglaremos... no hacerse mala sangre.

—Ni una lira más.

—Vaya, vaya, tacaño... Como si fuera tirar el dinero casar una hija.

—Es que...

—Nada. Mañana se festeja el arreglo con un paseito en automóvil. Roberto les dirá esta noche a qué hora vendremos.

* * *

El señor Montanaro fue adentro a comunicarle a su esposa:

—El asunto está resuelto.

La señora le sopló a Melina:

—La cuestión se ha definido.

Y la interesada, entre sollozos, le hizo la confidencia a su sirvienta:

—Uy, uy, uy, soy una desgraciada.

* * *

En casa Carotti sucedía algo por el estilo, pero allá corrió la noticia entre sonrisas y satisfacciones.

Roberto, saludable, con sus treinta y cinco años y su corpachón paquidérmico, se congratulaba:

—La Montanarita y los trescientos cincuenta mil: dos buenos bocados!

Y hacía chasquear la lengua cual si saborease el doble exquisito manjar.

* * *

Esa noche, agotados los recursos de su elegancia, encosmeticado y perfumado, fue a visitar la "futura".

Luego de los cumplidos de práctica y el acuerdo de la hora para el paseo, que se realizaría a Acireale, la conversación náufraga sólo encontró salvación en los proyectos comestibles del otro día:

—Telefonaremos encargando una buena tallarina y pollos...

—Y si comiéramos abajo?

—El vino es bueno!

Apasionó la discusión de los sabrosos temas, mientras la novia luchaba por disimular los bostezos.

Cuando se fue Roberto, los señores Montanaro abrieron la boca en sorprendida admiración ante el ruidoso y sentido suspiro de Melina.

—Oh, no estás conforme!?

—Cómo voy a estarlo!

—Y qué pretendes?... Tus padres intentan asegurarte el porvenir, te buscan un marido digno, un hombre serio, bueno, trabajador, en la flor de la edad...

—Por lo menos me hubieran consultado.

—Para que salieras con alguno de tus romanticismos.

—No es fino, no es distinguido, no es... y rompió a llorar, ahogada.

—Extraordinario!

—Sí, sí... somos una cosa... no tenemos alma... no tenemos sentimientos... y... y... ni siquiera ideas... eh?

—Ah! Exclamó el padre escandalizado:

Queremos hacer la señorita moderna? Bravo! Bravísimo!

Tu madre no se casó así? Tu hermana Victoria no se casó así? Carmelita no se casará así?

En mi tiempo no eran así las mujeres...

Señoritas modernas! Señoritas modernas!...

* * *

Los viejos ceremoniosos, la muchacha pálida y triste, el novio jubiloso, tan fresco y rozagante ya en la mañana, mostrando los dientes de bestia de presa, riendo en carcajadas agresivas.

Iban en el automóvil.

Roberto, con su apretón de manos, le había roto los dedos de muñeca a Melina.

Se dijo algo sobre la melancolía de la novia, y él la envolvió en una mirada de confianza:

—Cosa pasajera... Le susurró un secreto al suegro y al estallar en una carcajada exclamó:

—De eso me encargo yo!

Ella se ruborizaba mortificada.

Los "abuelos" reían con el novio...

* * *

El auto volaba junto a los huertos de limoneros y de olivos, entre los cuales aparecían las polvorientas casas viejas.

A la derecha, a través de los troncos giraba una límpida visión de mar, a momentos dilatada en grandiosidad estupenda.

A la izquierda el cuadro saltaba del suave idilio al tormento obsesor de la tragedia.

Quizá por el contraste de la cercanía resaltaba más la profunda serenidad marina y esta dantesca agua-fuerte de pesadilla.

Había también allí un mar, un revuelto, encrespado mar pétreo.

Montañas abruptas, desordenadas crestas de lava, se cabalgaban, se esquivaban, se cortaban formando cavernas deformes y negras.

Y como para hacer más sombría la visión, los follajes se velaban en una bruma cenicienta, entre la cual se erizaban las espinosas palmetas de los higos de tuna, con su aspecto de flora primitiva.

El cielo, —en esa parte,— se manchaba de nubes opacas que a momentos se restregaban en el lomo nevado del Etna humeante.

La mirada dolorida huye del paisaje estéril, buscando el bálsamo del mar sedante que, en su calma, da idea de un mórbido terciopelo capaz de curar las heridas de la tierra martirizada.

Ya Aci Castello distrae el pensamiento con su caserío pintoresco y de alta explanada, al borde de la cual, sobre su plinto de basalto negro, apuñala el cielo impasible el legendario castillo guerrero.

Se reproduce después la visión y surge Acci Trezza con el ambiente patriarcal de sus pescadores fumando la pipa junto a las barquitas multicolores, componiendo las redes de la pesca, gritando vigorosas evocaciones de "I Malavoglia" que esculpiera Verga...

Carretera.

Montaña, tunas, limoneros, olivos...

Acireale.

Un retorcimiento de barroco.

Se presiente una paz burguesa y bien alimentada.

Iglesias, conventos, iglesias, y la cómica impasibilidad de los bustos de las celebridades lugareñas...

* * *

Entraron al Duomo, blanco, frío, como una tumba nueva.

Pasearon. Fueron a almorzar.

El aire marino había excitado el apetito.

Se comió bien, se bebió mejor.

Ante la obstinada melancolía de la muchacha, el novio agotaba reiteradas ofensivas.

Como iban a dar un último retoque al inconcluido asunto, estipulando el contrato matrimonial, don Angel Carotti, con una percepción increíble, aconsejó a los jóvenes:

—Den ustedes una vueltita para hacer la digestión y espérennos en el Belvedere.

* * *

Melina hubiese llorado; estaba saturada de vulgaridad, de ordinariéz.

Su alma sensible, su espíritu fino, sentíanse repugnados de la venta, de la comida, con algo de brutal, rindiéndole el novio más materialista, ofendiéndola con sus miradas sensuales y sus frases procaces.

Cuán otra cosa había soñado en sus largas horas del convento!

Con tanta ingenua ilusión había puesto alas a su fantasía!

Para esto!

Qué ansias tenía de gritar, de protestar su rebelión contra aquel enano sentido de sus semejantes, reduciendo a tan mísera cosa la majestad espiritual del Amor!

.....

El la tomó del brazo, y ella se erizó de horror.

Resultaba más delicada, más sutil, junto al enorme Roberto.

Llegaron al jardín cercano.

Con la primavera iniciada, los árboles frondosos que en el camino central tejen una fresca bóveda, daban ideas de cariciosos y acogedores.

Callados, iban bajo el follaje.

Ella con su sorda animadversión; él, impermeable a cualquier fineza, seguro de sí, satisfecho.

* * *

Al fondo, como una decoración fantástica, se abría la comba del cielo y el mar, azules, con un ritmo de mística primitiva en la rósea y plateada silueta de las Calabrias, esfumadas en la lejanía.

Una simplicidad grandiosa, serenidad divina, éxtasis de la Naturaleza.

.....

Ahora no le hacía mal el brazo dominador y caliente del hombre que tenía al lado.

Sus mismas frases, como si se tamizaran en las gasas del aire, no sonaban tan ásperas ni eran tan bastas.

Influía sobre él aquel azul?

Influía sobre ella?

Cuando llegaron a la balastrada surgió a sus ojos el paisaje pintoresco, la costa violeta oscura del mar, los limoneros aun cargados de frutos claros, la gracia de los senderos serpenteantes, los follajes tiernos, las casitas blancas, amarillas, rosadas de Santa María della Scala.

Ella recordó, observó el paisaje: el maravilloso color, la trágica oleada de lava negra... En el con-

junto descubrió un pensamiento, una inefable sensación de belleza y resolvió:

—Yo soy el mar, el cielo; él la tierra ruda y oscura.

Y lo miró con una ternura femenina de la cual no parecía capaz.

Era bello, fuerte, sano!

Por qué le habré tenido antipatía; odio, casi?

El... otro desconocido... será lo mismo...

El sonreía, mientras ella era agitada por su problema.

Alto, bien plantado:

—Un hermoso hombre!

Fuerzas primordiales, vagos sueños, hasta tiernas ideas de bebés rosados, de niños rubios, la asaltaron...

Lo miró en los ojos.

El fuerte se turbó, en contraste con la femenina fragilidad tan serena en su amorosa sumisión.

Temblorosa, sintió la mano masculina en su cintura.

El prometía:

—Te haré muy feliz, mi chiquita...

Ya, en la insignificancia de aquellas frases, ella lo era.

Caminaron, callados.

Cuando estuvieron tras un macizo de follaje, él le tomó la cabeza y la besó en la boca.

Después volvieron a contemplar el espectáculo del
cielo, del mar, del paisaje.

Conversaban como amigos.

* * *

Dos gritos simultáneos los reclamaron:

—Melina!

—Roberto!

Los viejos, congestionados, venían delante; las se-
ñoras, alteradas, guardando distancia, los seguían.

—Vamos.

—Vamos.

* * *

No se habían podido arreglar.

DE
"LUZ MALA"
(1927)

LUZ MALA

Rancho más descuajeringado, peonada más haragana, cosas más a la antigua que en la estancia de don Artemio Bandera, no existían en diez leguas a la redonda y, para él, parece que eso era un timbre de gloria.

Hasta la situación de "las casas", enclavadas en la ladera de un cerro pedregoso, se dijera estudiada a propósito para economizar perspectivas y reducir lo que abarcaba la vista al lomo gris negruzco de los peñascos, a los penachos duros de un pasto mezquino, a una patrulla de tunas de palmetas y contado tala nudoso, pobre de sombra cuanto rico de espinas.

Otras sierras, que no por bajas dejaban de cerrar a quinientos metros el horizonte, limitaban la visión escuálida.

Restaba algo vivo: el camino. Camino terrible y avaro que cobraba en mordiscos a los hierros de las llantas y en tarascones a los vasos de los caballos el pasaje por sobre las aristas de acero de sus piedras moras.

El camino poseía un alma que de lejos rezongaba masticando las ruedas, despiando las bestias, haciendo chillar, lamentables, los ejes de madera gemebunda de las carretas.

El camino —toda la historia del pago!— que llevaba al boliche por aquí, al cementerio por allá, y más lejos al pueblo lejano, al Brasil...

Poco y raro era el tráfico por aquellos andurriales: algún vecino, algún turco, deslomado bajo su carga de mercachifle, y el peón que, periódicamente, llevaba el correo hasta lo de don Pepe Valega, en Mataejo Grande.

Ya se perdía la cuenta del tiempo en el cual la diligencia, colorida y alegre, había dejado de poner su nota pintoresca por tales alturas.

Lógico era llamase la atención el aparecer de un destartalado birloche cargado hasta los topes.

Quien desde el corral, quien desde las puertas o los ventanucos bizcos del rancho, todos salieron a "bombiar".

—Güé!

... Se detenía ahí enfrente y un hombre obeso, de ropa acordeonada por la despreocupación y las dilatadas horas de venir arrollado en la incómoda posición del viaje, descendió dificultosamente del vehículo y comenzó a gritar.

—Artemio! Artemio!

Resonaron nítidas las voces.

El patrón de casa se miró cual si decidiera:

—Debe ser a mí mismo.

Y dió tiempo a que el otro volviera a bramar:

—Artemiooo!

A esa altura el viejo Bandera se resolvió a ir.

Se alzó un poco las bombachas, frunciéndolas al ajustarse el cinto de cuero de lobo con ribetes de

charol, se bajó sobre los ojos el ala del chambergo y chancleteando, calmo, se dirigió al recién venido.

El otro reía entre sus grisáceos bigotes de escobillón:

—Oh, no me conocés?

.....

—Qué sorpresa, eh?

—Aaah! abrió grande la boca el paisano.

... Aaah! sos vos, Joaquín!

—Ya lo ves.

El visitante lo había abrazado, impregnándolo de un acentuado olor a caña y a tabaco negro.

Don Artemio retribuyó el abrazo, pero ponderado, parsimonioso, cual si temiera que, estrechando mucho al hombre gordo, éste se fuese a contraer como una esponja y empezar a destilar alcohol.

—Qué caray!

Los dos reían.

En el halo de la amistad parecían aislados del mundo.

—Y qué ti ha dau? Se ti han volau los pájaro?

—Te vengo a hacer una visita...

—O te venís de mudanza?

—Cuasi?...

Bandera sonreía, afirmándose en sus convicciones de enamorado de la campaña, de sus méritos y sus ventajas:

—No ven como cain! Nu hay como el campo!

* * *

El recién venido desenfundó una lustrosa botella de paratí.

—Especial! Pruébala.

El individuo no se hizo rogar.

—Superiora!

—Ahora vamos a hablar.

—Güeno.

—Recibiste mis cartas?

—Sí... las cartas... deben andar por ahí.

—... Y no me las contestaste.

—Es ansí... Vos sabés... nosotros no semos muy escribanos.

—Sí, y por eso yo dije: para qué diablos le voy a escribir a Artemio? Para qué le voy a decir: sabés, se me ha enfermado la Zulemita; el doctor me le manda tranquilidad, buena leche, aire de campo? Para qué le voy a decir: la llevo; la traigo?... Y la traje no-más a tu casa, como a la de un viejo y probado camarada.

—Sí, pa qué?... comentó el oyente aún empanado en los prolegómenos del discurso.

—Sí; avisarte, no avisarte, era igual, y me vine no-más.

—Has hecho bien.

—Gracias, no esperaba menos de ti.

—Bah, se defendía él del cumplimiento.

—Sos un amigo! insistió el otro, emocionado.

.....

—Entonce la trais enfermita?

—Sí, la pobre.

—Pobrecita, vamu a verla.

Y se aproximaron al birloche.

* * *

Acostada en un colchón, exangüe, desmesurados los grandes ojos ardientes de fiebre, la muchacha les sonreía con los labios descoloridos.

—Qué tal, mi hija?

—Cómu es eso, Zulemita?

—Bien, papá... Bien, don Artemio. Y usted... y los suyos?

Pero un golpe de tos desmintió a la enferma, quien dejó caer la cabeza como desmayada.

Resolvieron adelantar el coche lo más posible, pero pronto desistieron para evitar los barquinazos, cuya violencia ya había zamarreado asaz a la doliente.

—La llevamos en brazos.

Bandera llamó a su mujer y a su hija y ordenó a los peones y a los gurises que limpiaran de cachivaches un rincón de una de las pocas habitaciones de que se componía el establecimiento.

Doña Eusebia y Juanita vinieron a dar la bienvenida a la amiga pueblera.

La encontraron muy endeble y desmejorada.

—Qué te sentís, m'hijita?

Ella respondió con dificultad:

—Nada... cansancio... pesadez...

—Hay que ser corajuda, la animaba la joven campesina.

Y la madre, protegiendo aquel otro ser que le parecía suyo:

—Nu es nada; aquí te vas a mejorar prontito.

Con suma precaución todos ayudaron a bajarla, y con un altruismo caliente de simpatía, con una abierta generosidad de gente simple, la instalaron y a fuerza de instancias la hicieron beber un gran jarro de leche espumosa, perfumada, cual si entre su blancura dulce estuviese el alma de los buenos yuyos del campo.

El alimento fuerte le produjo a la muchacha dolor de cabeza y por suerte luego la envolvió un sueño largo y profundo que le había de durar hasta el amanecer del día siguiente.

—Eso es la mejor medecina, afirmaba la patrona.

Y la hija, esperanzada, mientras andaba arreglando las mil chucherías y remedios de la forastera, aventuró:

—Sí, todo debe ser la caidez del viaje... Está rendida.

* * *

Don Artemio y don Joaquín, afuera, a la intemperie, como ya lo permitía la brisa tibia que, a pesar de la aspereza y desolación del paisaje, encontraba flores o hierbas para aromar sus alas, proseaban sentados en sendos banquitos de ceibo.

El rancharío —como extendido para dormir,— se había achatado más con la sombra y reinaba la calma sin fondo de la noche en la cual se agrandaba aún más la soledad.

Bandera, por lo general, aprobaba a su amigo con monosílabos y colocaba definitivo, tal moles irremovibles, sus frases:

—Es ansina... Vea no... y hasta algún:

Pa te acostumar! u ora u diabol!, pues la cercana del Brasil había enriquecido con expresivas frases su repertorio, aunque gráfico, reducido.

.....

—La escuela aquí nos enderezó... En campaña se vive como quiera, a la de Dios que es grande!... La carne es barata: un asadito, unas tumbas de oveja y va linda lá cosa... No hay fiestas y los muchachos engordan...

Pero, amigo, hay que pensar en la familia, en el mañana, casar a las mujeres... si se encuentra con quien... hacerlas estudiar, enseñar algo a los chiquilines...

Es una desgracia el estar cargado de hijos!

.....

Hay tanto gasto en el pueblo, y el sueldo es tan chico, que quedamos como ratas... Habría que pegarse unas escapadas de cuando en cuando...

—A pelechar, rió el gaucho.

—Eso es, a buscar un respiro... Ahora se nos enfermó la muchacha, la Zulemita, que es tan aprovechada la pobre, y que ya podía empezar a ganar algo... que bien lo necesitamos. Esto te va a parecer jeremiadas, pero yo te hablo a ti como a un hermano...

—Y lo semo...

—... Te debo siempre aquellos pesos...

—Nu hagás caso...

—... He de confesarte: puede que nosotros tengamos un algo de culpa en la enfermedad de la mu-

chacha. Nos descuidamos un poco... Con la edad crítica... mal alimentada... coincidió un exceso de estudio. Para decir verdad, yo no soy muy enérgico, quiero mucho a mis hijos y sucede que ellos, por lo general, hacen lo que les parece...

Yo le decía: Zulemita, no te mates a estudiar... Zulemita, uno no es de fierro, hay que cuidarse... Pero ella tiene tanto amor propio que, aunque es dócil, como quería ganarse la beca, se pasaba las noches en claro sobre los libros...

Quería ganarse la beca, y la ganó no-más, pero ya ves el resultado...

Pobrecita!

Si valía la pena para esto!

Había tal dolorido fatalismo en las frases del padre, que el amigo intervino:

—Nu ha de ser pa tanto!

—Estando unos meses acá tenemos esperanza que mejore.

—Que repunte.

—Sí, pero...

—El campo es güeno...

.....

Enmudecían.

Cada uno rumiaba su pensamiento.

Al maestro le daba vuelta en el alma el dolor de su vida, tal la rodaja de una espuela cada una de cuyas puntas le lastimase la entraña.

El gaucho cavilaba:

—Mejor no saber nada, si se ha de pagar tan caro el aprender...

.....

Volvía el hombre gordo con su discurso y, monótono, cual si fuera otro de los rumores complejos y asordados que se oyen en las noches camperas, le servía de arrorró al oyente, que cabeceaba.

Hablaba de la cotidiana lucha, de la miseria, de como en cinco, seis o siete años, —no sabía bien,— no se había podido hacer un traje...

Aquello le permitía bromear:

—El trajecito parece nuevo porque cada año cambia de color...

Ahora mencionaba la enferma; luego vino la historia de un naco brasilero de contrabando y fue a dar a la cañita paratí que, en realidad, era un néctar.

Bandera, como docto en tales brebajes, opinó, rati-ficándose:

—Superioraza.

El recuerdo decidió a su panegirista a ir por ella y hacerle los debidos honores.

Don Artemio se despabiló un tanto cuando golosamente repitió los tragos, y lo invitó:

—Vamu a tomar unos mate?

—Acepto.

Silbó. Dió las órdenes a uno de los hijos y cuando le trajeron la enorme cafetera negra de hollín y el mate grande, dibujado, con su adornada bombilla de plata y oro, iniciaron un mano a mano.

El paisano interrogó:

—Te dilatás mucho?

—No, me voy pasado mañana.

—Ya!

—Sí, tengo que volver por la escuela... Hay que trabajar, m'hijo... Veo cómo sigue la muchacha y si no se mejora pronto te voy a mandar de allá a la Pochola o a la madre para ayudar a cuidarla.

—Mandalas no-más...

—Así aprovechan también...

—Esu es.

Iba y venía el mate.

.....

—Vamu a dejar?

—Sí, está medio desabrido.

—... Como lágrima di avestruz... y frión.

El maestro volvió a estirar su plática.

A veces componía el pecho e insistía con sus interrogaciones:

—No, m'hijo?... Sí, m'hijo?...

Que quedaban sin respuesta.

El dueño de casa, dormido, roncaba con una rítmica precisión.

Don Joaquín calló, le tocó un hombro:

—Será mejor que nos vayamos a dormir.

—Güeno, rezongó el aludido, y se levantó, pesado, lerdo, y entraron al rancho.

* * *

El maestro Manteira se fue y su hija, luego de unos días, se levantó, llena de optimismo.

La muchacha, muy débil, debía ser ayudada por Juanita y doña Eusebia para caminar.

La llevaron a sentarse al sol, pero el resplandor tan fuerte la hacía desvanecer y debieron conducirla con su sillón bajo la enramada cuyo techo —horadado de lunares de cielo— hacía tiempo reclamaba ser cubierto y permitía que el sol, a través de las aberturas, la persiguiese como en un juego.

Ella protestó, riendo, pues debía estar continuamente dando trabajo, en busca de sombra.

El patrón se había dado cuenta que se imponía una nueva "techada", pero cortían los meses sin que se resolviera a llevarla a cabo.

Con todo, sintió la necesidad de justificarse:

—Sabe, m'hija, no sé que me da incomodar esos bichito...

Aludía, cariñosamente, a los nidos de las calandrias, (maravillosas cajitas de música bajo la humilde apariencia de su plumaje descolorido), a los nidos que debían destruirse si se refaccionaba el rústico pergolado.

—Tiene razón, opinaba la enferma. Hagan otra enramada.

—Otra! se sorprendía él. Y cual si tal faena representara una fatiga de Hércules, subrayó:

—Otra! Tanto trabajo!

Ella rio, argumentando apasionada, en una su innata inclinación a hacer valer y triunfar sus conceptos:

—Vaya! cuatro palos y una carrada de ramas...

El se escandalizaba, desmesurando las dificultades:

—Cuatro palos! Vos lu hacés muy fácil... Hay q'elegir horcones güenos, cortar una punta'e cinchadas'e mataojo; acarriarlo: un viaje, dos viaje... quin-

charlo un poco pa que no se lo lleve el viento... la mar en coche!...

—Ve como crece la enramada! se entusiasmaba, interrumpiéndolo, la imaginativa.

—La ramada, quedarás decir, la corrigió el criollo, y agregó socarrón, como si con ello, en realidad construyese milagrosamente como en los cuentos fantásticos:

—Varita mágica, por la virtud que Dios te ha dau... haceme una ramadita...

Y en su fuero interno criticaba a su contrincante:

—Oficio liviano el de meniar la lengua...

* * *

La Zulemita, a pesar de parecer que daba a cada momento el último suspiro, tenía carácter, y si bien a veces sus fiebres la extenuaban en baldías horas de inacción lánguida, con aspectos de desmayos, reaccionaba, intentaba caminar sin ayuda y no se daba calma, especialmente en cuanto a proyectos.

Observando la desolación del paisaje que la rodeaba y la incuria que amenazaba volver todo un desierto; no viendo un árbol ni una mata que debiese la vida al esfuerzo humano, se admiraba:

—Pero no tienen nada plantado! Ni maíz, don Artemio!

—Ah, maíz!... respondía él, displicente. Es barato, m'hija, se compra...

—Más barato será cosechándolo.

—Gastamo poco... alguna mazamorrita, algún locro, algún pororocito...

—Y bien... Hasta puede vender lo que sobre... Tiene tanto peón, tanto muchacho; no les costaría nada preparar un poco de tierra... Por qué no se decide y lo hace?

—Tierra? Ya ves; cerca, es chico, es un pañuelo, y está todo lleno 'e piedras o de pedregullo.

—Las piedras se sacan; el terreno se prepara con abono, se mejora.

—Hije...

—Hay que dominar esa abulia, vencer las dificultades.

El la miraba escarabajeándole las ganas de narrarle la historia del mosquito que trabajaba sentado en el yugo de los bueyes... Y se mofó:

—No te digo, vos lu hacés muy fácil, muy fácil... Manejás muy fácil la varita mágica.

La chica resolvió:

—Sí, voy a escribir a casa encargando las semillas...

Quiero que se acuerden de mí y se acuerden bien!... terminaba con cierta fatalista resignación.

Luego reaccionaba, optimista:

—Qué se acuerden?... Pero yo soy loca! A caso me voy a morir? No! Voy a volver todos los años y he de encontrar cada vez más linda la quinta —porque haremos una quinta— y voy a repetirles con orgullo:

Se acuerdan? Eso, eso es obra mía!

* * *

Otra vez, a propósito de que faltó manteca, ella, bromeando, hacía la señora rezongona:

—Es una vergüenza! Cosa de poner el grito en el cielo! Pero dónde se ha visto que en el país de las vacas no haya manteca!

Un día nos vamos a morir hasta de sed! Sí, cuando se les reseque el barril de ir a buscar el agua y se les abra, se les deshaga, tendremos que ir de a uno el manantial con un vasito de cuerno... o esperar con la boca abierta que nos caiga el agua del cielo...

El dueño de casa tenía un resquemor, sentía un malestar punzante cuando oía la crítica, aunque fuera dicha así al desgaire, como en un juego.

Cómo ella ponía de relieve tanta verdad!... En conciencia, a ser justo, no tendría más remedio que decirle:

—Zulemita, tenés razón!...

Sin embargo, se le hacía cuesta arriba declarar lo que significaba un descuido, una despreocupación y, si terciaba, una evidente haraganería... Su amor propio andaba en juego, se resentía.

Cavilaba.

Faltarles, no le faltaba nada. Y entonces? Esto, aquello, lo otro, no eran indispensables; en consecuencia, pudiendo pasar sin ello, qué diablos, qué necesidad había de ponerse a embromar, a urdir tanta farolería...

A veces le sacaba el cuerpo.

La espiaba para escapársele.

No quería darse por vencido.

Y si bien preparaba hábiles respuestas que iban a dejarla "patidifusa", sucedía que frente a sus argumentaciones se "boleaba", no encontrando palabras con qué refutarle y no hallando a mano sino un áspero:

—Y di-ay?...

Que le parecía brutal, grosero y le agradaba en su expresivo laconismo y con el cual un día se iba a decidir a teparle la boca de pueblera zonga.

* * *

Doña Eusebia y Juanita eran excelentes mujeres de su casa, trabajadoras, hacendosas, pero se dejaban ganar por la rutina.

Se ordeñaba poco. Se perdía la leche, cuando no la bebían hasta hartarse los peones, que eran como guachos.

En la estancia no se hallaban queseras...

La muchacha, entre risa y risa, ejerció también allí su influencia.

* * *

La inmovilizada era incansable.

Habló de enseñar a leer y escribir a los muchachos y estuvo a punto de volverse enemiga de todos.

El más dócil de ellos, un hombrecito ya, Tomás, era el único que demostraba cierta disposición para aprender, y había que verlo tan rudo, las maneras desmañadas y su aire de bicho silvestre acentuado por el bozo y la pelambre chamuscada de sol de la

barba incipiente, sentado junto a la maestra, repitiendo:

—1, 2, 3, 4... pues no sabía ni contar hasta diez.

* * *

Llegaron las semillas.

Don Artemio le jugaba jarana:

—Aura nos vamo a volver nacione...

—Dando un buen resultado... Y como no es ninguna deshonra...

El prevenía, escéptico:

—Es tarde pa plantar... V'a calentar mucho el sol...

—Se hace la prueba...

—En una de esas viene una seca... Vos sabés, las secas son terribles...

Y recurría a su memoria de hombre que ha vivido:

—Mi acuerdo di una nel noventainueve; parecía el fin del mundo: los campos sin un pastito pa remedio; los montes achicharraus, los arroyos secos...

El paisanaje andaba naquiau, y no era pa menos...

Moría el ganau como mosca, y las ovejas cáidas se dejaban sacar los ojos por los caranchos... Daba lástima!...

—Esperemos que ahora Dios nos ayude... El maíz es muy resistente; y luego vienen sandías y zapallos. Y esas acacias, de crecimiento tan rápido y excelente sombra.

—Hjjmm, sándias. Pa las sándias se precisa tierra arenosa.

—Ahí hay tierra negra buena.

—Rigular.

—Pero el trabajo la mejorará.

Y el paisano, sin apagar su sonrisa, aliándose a un imprevisto que lo favoreciese:

—Vamu-a ver... dispués, dispués hasta puede venir la langosta... Sabés, la langosta... y rruic - rruic - rruic, y si te he visto, no mi acuerdo.

—Si tiene el propósito de descubrir y augurar todos los males, va a terminar por tener razón.

—No, yo digo no-más...

—Parece que no quisiera se hiciera esto...

—No, m'hija, por mí...

—Si fuera a darle un disgusto, don Artemio...

—Valiente, m'hija... Yo decía no-más.

* * *

Se realizaron las faenas agrícolas, se sembró, se dio orden al plantío de los futuros arbolitos.

* * *

Venía lindo el maíz, pese a la tierra labrada a la ligera y al secreto deseo de Bandera, quien de mil amores les haría hacer una buena panzada de verdeo a sus caballos predilectos.

Así como el agricultor que ama sus labores mira suplicante y con una oscura ansia supersticiosa hacia el cielo benéfico, nuestro gaucho lo soñaba encendido como un horno y barroso por una desmesurada manga de langosta.

* * *

La muchacha vigilaba el progreso de la pequeña plantación y era feliz viendo cómo reventaban las semillas y se alzaban los vástagos de las hojas tiernas, intentando extender las guías ansiosas de vida.

Ahora había que insistir sobre el otro cultivo, el de las almas.

Bajo la enramada nueva, una mañana hizo llamar a don Artemio.

El vino lento, como escamado, declarándose interiormente:

—Cayó otra vez el chivo n'el lazo...

Con su anchísima bombacha negra, los fundillos por allá abajo, la camisa ablusada y las chancletas bailándole, parecía más pequeño.

Venía sonriendo —con sus habituales sonrisitas semiescondidas— cual si estuvieran emboscadas tras la criolla socarronería...

—Alguna agachada nueva de la Zulemita... ¿Con qué se nos irá a descolgar...?

—Venga, venga... lo recibía ella, sobrentendiéndose: va a ver lo que lo espera.

El se aproximaba:

—Vamu a ver... decía un ciego...

—Siéntese, hágase traer el mate, que vamos a charlar largo.

—A charlar?... Prosiarás vos, que te cortás solita...

Y no se animó a terminar su pensamiento:

—Como solés... según costumbre vieja.

—En qué quedamos con la instrucción de los chiquilines?

—Ah, de los gurises! respiró él, libre de la duda.

—Sí, señor Bandera; se empezó porque no había útiles, y éstos se consiguieron; porque los chiquilines no me hacen mucho caso, en lo cual debe intervenir el padre... Usted se despreocupa, si me permite decírselo, demasiado, y uno que sabe, yo, que tengo el deber de recordárselo, debo insistir... Venzamos esa indolencia y miremos hacia el mañana.

—Güeno.

—Es una tan gran responsabilidad la de los hijos.

—Y eso que vos no los tenés...

—Pero ello no quita que deje de comprenderlo.

—Ellos se van criando lindo no-más...

—Pero no es eso sólo... Se hacen hombres...

—Y se rebuscarán como el padre.

—Pero es mejor que vayan preparados.

—Sí, yo les enseño siempre aquello del perro...

No conocés la historia?... Es el caso que una vez había un italiano que tenía un perro y a este perro, pa enseñarlo a vivir, le puso "Procurapati". Ahí está todo, toda la cencia: procura pa tí...

—Eso será muy agudo.

—Muy?

—Muy acertado, pero hay que procurarse también las cosas del espíritu... Luego, la lucha por la vida se hace cada día más difícil. Saber leer y escribir es una ventaja invalorable... Un hombre que no sabe...

—Ah, sí, el que no sabe es comu el que no ve.

—Y bien, con todos esos refranes y esos proverbios, con esa rica sabiduría popular que está en boca de ustedes, por qué continúan despreocupados? Por qué no siguen las enseñanzas que predicán a cada paso?

—Hjjm.

—Crea que es un delito, señor Bandera, no darle a los hijos instrucción, por lo menos la más elemental y necesaria.

—Y güeno, qué le vamu-hacer; vamu a mandarlo a la escuela, entonce...

—Parece que le costara un gran esfuerzo. Por eso ellos, cuando sepan apreciarlo, se lo agradecerán más.

—Güeno.

—Y usted que posee medios debía hacer seguir a alguno una carrera...

—Una carrera!

—Sí, una profesión; ser médico, abogado, ingeniero...

—Dotor!? Escribanos? Y pa qué!? Pa qué!?

—Pero, don Artemio, esa pregunta!... Usted asegura que yo converso mucho y se ríe de "esa debilidad", y ve, para convencerlo y explicarme, ahora necesitaría hacer una disertación larguísima... La vida se amplía con la cultura. El hombre que sabe es más capaz, hasta para ser feliz... No todos sus hijos continuarán aquí y aún así mismo los que quedan, —porque nadie le va a negar que son necesarios,— podrán progresar y prosperar con más facilidad. Otros, estudiando, podrán en el porvenir defenderlo, curarlo si está enfermo, en fin... Aquí están

en un perdido rincón del mundo. No saben nada de nada, ni siquiera del propio país...

—No, Zulemita, eso no digás, del país no... Yo me lo he galopiau casi todo... Desde el Quebracho me vengo pelando... Y les mento siempre...

—Pero hay otros mundos, países, mares, ciudades...

—Sí, Montevideo, Güenosaire... la Uropa...

—Hay ciencia para enseñarnos la historia, el cuerpo humano, la vida del sol, de la luna, de la tierra que habitamos...

—Cuánta cosa!... Y volvió a repetir, como en una admiración incontenible, pero zumbona:

—Que lo velen! cuánta cosa!

Después, volviendo a la realidad:

—Y... ¿pa qué?...

Ella, como a un golpe de maza que la atontara, se detuvo "trastabillando" en medio de su conferencia. Desorientada, dudó de encontrar argumentos que fueran capaces de convencer al gaucho.

El interrogativo había quedado temblando en el aire; exigía una respuesta.

Se necesitaba habilidad y psicología para encontrar la juntura de la coraza por donde se le pudiera entrar al enemigo.

—Para qué?... para qué?...

Y se tomó a algo que halagara su amor propio:

—Para valer más, para que los orientales sean más dignos, más hombres, y no se dejen, como dice usted, envolver...

—Pasar la pierna...

—... por los demás.

La maestra continuó la ofensiva:

—Hay que hacer la vida más bella, más amplia, más amable...

—Linda?, defendía él sus últimas posiciones; puede ser sin ser milagro.

—Los muchachos le leerán los libros, los diarios; harán desfilar ante sus ojos las novedades que aprenden, los progresos humanos, las maravillas lejanas...

La ardiente turiferaria hubiera continuado. El la interrumpió:

—Perdoná, Zulemita, ya me tenés codo con codo; pero, mirá, estoy como malmariau.

Y cual si se tomara a un tronco que lo salvase de la correntada de palabras, aventuró:

—No te serviría Tomasito?

La interrogada sonrió:

—Me serviría! Si no es a mí!

—Sí, comu a él ya lo tenés medio apadrinau...

—Cómo!

—Que ya cabrestea... Y tiene afición!

Y en una como táctica de interrumpirla y deslizar sus proverbios y sucesos para desorientarla, le narró:

—Días pasados veníamos del otro lau del Cerro 'e la Virgen y encontramos una bandada 'e fianduce. Tranquiábamo sin hablar y en una d'esa vide q'el gaucho se mi empieza a quedar p'atrás... oh, y di-ahí?...

Había soltau las riendas y tenía las manos arrolladas como arañas: con los dedos contaba los avestruces...

—Aprovechaba las lecciones. Tiene buenos propósitos, pero el que "me servirá" será uno de los chicos...

—Sí, disponé no-más, comu hay una porrotada...

—Los llama?

—Sí, qué diablos! Una vez que uno se arremanga, sobre el pucho la escupida..., como dijo el otro.

Y se puso a gritar:

—Usebio, Antolín, Estanislau, Dorico!

Los chiquilines, no con muy buena voluntad, obedecieron al llamado e hicieron corro con Tomás, la patrona, la hija y la negra sirvienta, quienes acudieron, curiosas, a los desaforados gritos del estanciero.

Los peones pispearon desde la cocina y empezaron a aproximarse, como quien no quiere la cosa.

Era de ver el espectáculo.

La maestra reía hasta sofocarse.

—Qué hay? Qué hay? preguntaban las mujeres.

Bandera ordenó:

—Pongansén en fila.

—Pero qué pasa? insistió la mujer.

—Vamu a elegir el dotor.

—El dotor!

—Sí, mujer... la Zulemita dice que hay que desbacular la gurisada; hacer aparte y elegir uno pa que estudé... y vamú hacerle el gusto...

—Cumplir un deber...

—Esu es.

—Y si no se puede a todos, hacerle a uno el regalo de un porvenir brillante.

Los gurises se reían y mostraban más aspecto de candidatos a cuarteadores que a profesionales.

De pata en el suelo, descamisados, las chuzas sobre los ojos...

—Todos van a ir a la escuela del maistro Quintana, y después uno a Tacuarembó, a lo del amigo Manteiro, pa estudear...

Vamu a ver, el que quiera ser doctor que dé un paso pa delante.

Ninguno se movía.

—A ver animensén, pues.

No había forma de que uno se resolviese.

Remolineaban, contenían la risa entre avergonzados y escarseantes.

El padre determinó, severo:

—Elegilo vos, Zulemita... Esto no es como entrar a la majada y sacar una oveja 'e la pata. En este evento, sos vos la campera...

Y le pidió:

—Apartalo vos.

La autorizada los envolvió en una mirada de cariño.

Los conocía bien: intuitivos, simples, ásperos en aquella heredada hurañez e insociabilidad a la cual los habituaba el salvaje rincón donde vivían, pero no por ello dejaban de ser vivarachos y despiertos.

El más inteligente era el penúltimo de los cinco, en orden de edad, y lo nombró:

—Dorico.

El mencionado dio un bote, una espantada cual si le hubieran arrojado una brasa, en plebeyo juego brutal. Corrió la vista por los circunstantes, buscando alianzas, y miró al campo, a las serranías, encontrando chica la cancha para huir del inminente peligro.

* * *

Tomasito continuaba sus lecciones que le permitían estar dilatado tiempo junto a la enferma, de la cual se había prendado.

En homenajes significativos le traía los huevos frescos de las gallinas, la miel silvestre o las pañoladas de pitangas, de guaviyúes, o de los ácidos y gustosos arazaes. Cortaba el pasto tierno que ella amaba ofrecer en sus manos a los corderitos guachos; le servía de apoyo en los paseos.

Por períodos, la jovencita se ponía más fuerte, pero aquello sólo servía en su fugacidad para continuar alimentando sus esperanzas.

La tisis que la minaba había conquistado profundamente la presa, y cuando excitada por la fiebre y como ansiosa de ternura acariciaba a su discípulo, era feliz, tanto cuanto lo hacía dichoso a él.

Tomás no se explicaba el enamoramiento.

Vivía como deslumbrado y alucinado.

No concebía cosa alguna fuera de su amor y parecía que ella generase la luz y expandiese la tibieza de la primavera y el dulzor de las noches de luna en que la contemplaba mudo, extático.

No en balde los peones comentaban:

—Anda medio bobo... Y no estimaban digno de tanto aquel "montoncito 'e güesos" de la novia.

El discípulo repechaba difícilmente el abecedario y se atareaba tenaz en grabar con la punta de su cuchillo la Z de Zulema y la T de su nombre, y a veces estaba horas al sol, labrando las iniciales en las piedras arenosas, repitiéndolas en las palmetas verde-claro, estrelladas de espinas, de las anchas hojas de los cactus.

El padre lo espío en esas actividades y yendo a constatar lo que hacía, descubriendo en aquello una relación con el dibujo, concluyó:

—Ambicioso el mocito, ya si-anda preparando la marca pa cuando tenga hacienda.

* * *

A los muchachos los empilcharon con unos sombreritos redondos, pañuelos de lustroso satiné y alpargatas adornadas con cueritos; les compraron unas carteritas de hule, de llevar a media espalda, pizarras y demás utensilios escolares, y los mandaron al colegio.

Dorico, realmente, demostraba ser aprovechado, pero se permitió hacer una salvedad confidencial a su madre:

—Mama, a mí no me gusta dirme, sabe; no quiero saber nada de pueblo.

—Es pa su bien, hijo...

—Mi bien?... Dejemé ser pion d'estancia.

—Y no vas a saber ni la o por redonda...

—No, yo estudeo, pero no quiero dirme...

* * *

Empezaron tan tarde a frecuentar la escuela que ya se venían arriba las vacaciones; pero como don Joaquín Manteiro aguardaba ese entonces para volver a hacerle compañía a su hija, él serviría de continuador en la iniciada enseñanza.

* * *

El maizalcito verde se alzaba fresco y rumoroso. Las sandías y los zapallos se hinchaban, promisoros. Las acacias puntuaban el perímetro de la quinta con su gracia de palmeritas caprichosas.

El cultivo no era muy exigente: fuera de extirpar algún yuyo dañino y cortar las guías viciosas de las cucurbitáceas, apenas si había que espantar unos voçingleros e indeseados huéspedes: las cororras y los loros.

Aquello divertía al patrón, quien reflexionaba:

—Cómo cain al baile esos invitaus!

Pero quién diablo les avisa a los bicho que aquí l'hemos preparau una comilona?... Lo que es el mundo, como está todo bien arreglau...

Y en ese misterio de la adivinación de los pajarra-cos se insinuaba tanto una rústica y cimarrona poesía, cuanto un orden, un equilibrio universal que maravillaba al criollo.

Parecía, realmente, que el diablo, que en todas partes mete la cola o la pezuña... debía llevarles la buena nueva a los loros, como se la llevaría a los hediondos bichos moros y a la devastadora langosta. La primavera aguzaría el olfato de las aves, trasladaría hasta sus bosques el frescor de los verdes nue-

vos y les iría a contar el sitio donde se volvían tiernos y azucarados los choclitos de barbas rubias y chalas de seda...

* * *

Si don Artemio no probaba irritación contemplando el "guerto" y ahora pensaba en las buenas chalas para humitas, para colchones o para liar sus cigarrillos de naco brasileiro, los peones se iban amansando a la idea de los choclos asados y de que ya se acercaban las siestas largas y crepitantes, doradas y ardientes, en las cuales sería grato chupar el agua empalagosa de las sandías y sentir su frescura lavándoles la cara al morderlas a plena boca.

La inspiradora veía satisfecha su obra.

Y, tan poquita cosa, pálida, transparente, sin fuerzas, en sus vestidos claros que cubrían sólo piel y huesos, parecía una deidad a cuya influencia se manifestaban, se imponían los designios avasallantes del progreso.

El, ya convencido de que aquello tendría que ser así, no se encrespaba en abierta rebelión, es más, su oposición pasiva se coloreaba de atenuada aceptación.

La maestría vivía su obra:

Los muchachos se levantaban temprano, se lavaban, se iban a la escuela.

Tomás, luego de traerle el matinal vaso de leche, venía a dar su lección.

Los peones, entre sus quehaceres habituales, atendían el de cuidar la quinta.

Y las mujeres iban y venían con los recipientes de leche, que sacudían —en anticuado procedimiento

para hacer la manteca— o hacían cuajadas, preparando la base de los quesos panzones, relucientes de amarilla grasa.

Manteiro vino del pueblo con otra de las hijas y rió con gusto, voluptuosamente, con todo su cuerpo que le temblaba como una gelatina móvil, del aire entre grotescamente escandalizado y resignado de su amigo que le refería las ocurrencias de la Zulemita, que —era poco decir— había revolucionado el ambiente.

Don Joaquín sustituyó al maestro Quintana y una buena racha de salud reanimó a la enferma que afirmaba estar convalesciente y próxima a curarse.

Con una vieja carretilla de la estancia, hicieron algunas divertidas excursiones al monte.

Allá churrasqueaban, mateaban y se les iban las horas entre jaranas, cantos y bromas sobre las solicitudes de Tomasito, tan torpe, suavizado en ternuras con su enamorada.

La muchacha dejóse ganar por su afecto y en una edad tan propensa a esos sentimientos, —las más de las veces encantadoramente fugaces—, empezaron a vivir ese alternarse inquieto de sensaciones deliciosas, de nerviosismos, de ansias; esas crisis de dudas, de caricias y de pasión de dos seres que por primera vez sienten el amor.

Sus paseos eran más largos y más solitarios, y él, incapaz de poder traducir sus emociones, la escuchaba con la adoración del tímido y del creyente ante un ser sobrenatural.

Todo en ella era excepcional, desde los modales y las frases, hasta el milagro de su ciencia que encontraba una respuesta, y satisfactoria, para las más abstrusas y oscuras demandas.

Le tenía un respeto de muchachón rudo, temeroso de la fragilidad de la mujercita delicada y fue, sin embargo, haciéndose a todos los refinamientos de las caricias, porque ella, cual si debiese pagar el culto de que era objeto, volvíase cada vez más tierna y cariñosa.

No escapaba a la observación de la familia y a la procaz desconfianza de los peones la relación y no faltó algún mal pensado que atribuyese la razón de la existencia del maizal a la necesidad de los novios de tener donde esconder sus pecados.

* * *

La vida continuaba allí con su trémolo de pasiones, de alegrías, de dolores, de incertidumbres.

En la inmensidad del universo, bajo el cielo impasible, donde giraba el sol y cruzaba la luna y venían las estrellas matemáticamente a poner la gracia de su poesía eterna, aquel rinconcito palpitaba insignificante y sin embargo grávido de todos los problemas, las sugerencias y las significaciones de la existencia.

El amor florecía, la muerte rondaba y el tiempo empujaba hacia atrás cada día seres y cosas que se irían desvaneciendo poco a poco...

Cielos altos y azules, soles ardientes, diáfanas claridades diurnas se sucedían a jornadas opacas, a noches tibias, hirientes de cocuyos y de astros...

El estío traía a veces su séquito de tormentas, esas tempestades espectaculosas, sonoras, llenas de grandiosidad decorativa con una apocalipsis de truenos y latigues de lluvias que sobre las campañas escuertas, los cerros pelados y las praderas bajas se diría copiaban los cataclismos primordiales.

Y después los días lavados, hechos de un oro que lastimaba las retinas.

Los enormes silencios para meditaciones y para ensueños.

Las lunas de plata, celestinas, embrujadoras, que buscaban los enamorados para unir sus sombras en

"¡una sola sombra larga!..."

.....

Bandera y Manteiro cabeceaban en lerdas pláticas a las cuales alimentaban y enriquecían el cimarrón y la caña.

Tomás hacía castillos en el aire en su simplicidad. Zulema, insomne, giraba en su lecho y sus ojos desmesurados querían espantar los tristes presentimientos, intentaba convencerse de no estar enferma, de que su mal no le impedía continuar las relaciones con el novio, con el cual mañana se casaría, quizá viniendo a vivir allí mismo, donde se alzaría la escuela...

Se ampliaba el sueño: la estancia se modernizaba; los muchachos preparados, cambiaban la fisonomía

del ayer y granjas, arboledas, animales finos, casas cómodas lucían ricas y bellas... Ella poseía una fecunda descendencia... Dorico era un médico célebre, instalado en la capital... Sus hijos irían a estudiar a casa del tío, a Montevideo... Uno sería ingeniero; vendría a continuar la profesión del abuelo, quizá a explotar las minas de manganeso, recién descubiertas en los campos de ellos... Valorizaría las propiedades; otro sería abogado; un tercero, quizá artista...

* * *

Al término de una fiesta, quizá fueran las cuatro de la tarde de un día estival, todo irradiante de fulguraciones de calor, cuando iban a empezar una nueva serie de mates, don Joaquín, señalando el cielo, indagó:

—Y aquello negro, compadre, serán nubes de tormenta?

El paisano escrutó con atención y aclaró:

—Tormenta? ta fresco! Langosta!

Con los negros ojitos penetrantes insistió en examinar la sombra y confirmó, acentuando en sus frases una especie de satisfacción:

—Langosta! Langosta! Langosta, amigo, langosta!

La atmósfera era densa y se dijera se enrarecía más el aire.

Alto, dando idea del dibujo terroso de los sistemas orográficos sobre los océanos celestes de los mapamundos, avanzaban las invasoras.

Apenas se sentía un como rozar de alas allá arriba.

Se nubló el día... o lo pareció con la cortina de acridio.

La familia y los peones salieron a mirar.

La primera a lamentarse fue Zulema:

—Dios mío Qué desgracia!

La siguió doña Eusebia:

—Jesús María! qué calamidad!

Y les hicieron coro los demás con lamentaciones o protestas.

Parece que por ahora no descendía la plaga.

El ejército alado era inacabable.

Desfiló horas y horas.

De vez en vez caía alguna rezagada:

—De caballo cansau... comentaban los peones...

... a la cual se la disputaban las gallinas alertas.

Don Artemio Bandera no pronunciaba palabra; sonreía más socarrón que de costumbre, cual si dijese:

—No decía yo!... Si lo calculaba!... Ahura vamu a ver a la Zulemita...

La gente de servicio daba rienda suelta a su malicia:

—Le van a comer el rancho a los novios.

* * *

Los chiquilines noveleros anduvieron haciendo banderas blancas y coloradas con trapos y largas cañas para espantar las intrusas y en balde, "por embromar", llenaron latas vacías con pedregullo grueso, dispuestos a darles una ruidosa serenata a las langostas.

Fue una falsa alarma, pero las armas habían quedado prontas y bien se necesitaron al otro día.

* * *

Tras la noche pesada, toda la gente madrugó pre-
visora.

Nada.

El cielo limpio y ya 38 grados a la sombra, a las diez de la mañana.

El elemento menudo, después de su lección matinal con el maestro, salió a bandidear con las latas escandalosas y los trapos y fue como si despertaran otra manga ignorada, escondida tras de los cerros.

Volarían más bajo, estarían destinadas a aquellos parajes? La cuestión fue que el vuelo tardo y el característico temblequeo de agallas de plata al sol de las alas deslumbraba la vista y las voraces voladoras empezaron a anclar a centenares, a millares.

Doña Eusebia reprendía a los hijos:

—Danados, nombran el diablo y se aparece! Pa qué se pusieron a tentar?

Y fue a prestar su ayuda a los defensores que gritaban, sacudían las latas con un rumor infernal y movían incansables las banderas.

Al principio la ofensiva humana pareció surtir cierto efecto.

Las intrusas se asustaban, vagaban irresolutas, pero llegaban continuos y copiosos refuerzos y volaban de un sitio para ir a caer a los dos metros, hasta empezar a pintar de ocre ferruginoso el lindo maizal verde.

Arreciaron los gritos y los ruidos, hicieron fogatas para azonzarlas con el humo, pero eran ellos quienes sufrían más.

Bajo la enramada, don Joaquín, siempre gordo y lustroso, sudando copiosa y se diría metódicamente,

hacía calmas consideraciones; Bandera sonreía con sus sonrisas de abajo'el poncho y, por seguir las incidencias del combate, dejaba apagarse el puchito hediondo y amarillento debiendo recurrir cada minuto a la complicada función de encender el yesquero con sus golpecitos hábiles de la B de acero contra la piedra en cuyo chisperío se iluminaba la yesca anaranjada, larga y desgonzada como un chinchulín.

Zulema temblaba y transpiraba agitadísima, humillada, abochornada ante una visión que se le formaba en su interior: un duendecillo de fiebre se le aparecía, se escapaba, corría por el campo, escondíase tras las espirales de humo o se descolgaba de sobre los ranchos, siempre haciéndoles muecas, sacándole la lengua, guiñándole un ojo, burlándose cínicamente de la soñadora.

Quiso dominar, sobreponerse a la alucinación:

—Papá, papá, me dan ganas de llorar... Qué lástima!

—Es un azote.

—Cai cada siete años, informó el criollo.

.....

—Papá, papá, yo también voy a ayudar.

—No, m'hija, con este sol!... Usted todavía no está bien.

—Sí, estoy perfectamente bien, papá... Me siento tan fuerte y me parece que si yo voy las vamos a espantar.

—Después, yo creo que es inútil, muchacha.

—Déjame ir papá, déjame ir, y cual si esperase mejor resultado del tono alegre, agregó:

—Déjame ir a defender mis intereses.

—Bueno, si insiste tanto... pero tápese la cabeza, no se agite mucho.

La chica salió mal segura. El mirar fijo el cuadro, brutal de colores y confuso de movimiento, con las figuras encendidas que gritaban afónicas y giraban con un agitar de banderolas, le produjeron un sueño y un mareo.

La reverberación solar llameaba traslúcida.

Ella se recogió un poco las faldas y corrió de puntillas para salvar un agua inexistente. Los que la veían rieron.

Cuando ya su opinión era en absoluto inútil y ni siquiera la oiría la interesada, don Artemio la virtió:

Carece no dejarla... Pa qué va?... Si es al fiudo...

* * *

No había nada que hacer.

A banderazos volteaban las plantas de maíz y en el ir y venir se enredaban en las guías de los zapallos y las sandías y chapoteaban sobre una gruesa, correosa alfombra de langostas muertas que crujían al ser deshechas.

Los peones, más cancheros, se retiraron primero del combate.

Las muchachas, los chiquilines, rojos, sucios, sudorosos, también abandonaron la batalla.

Doña Eusebia, en su transpiración, disimulaba las lágrimas que le inundaban el rostro. Ella se alejó a rezar, a pedir quizá qué milagro!...

Zulema, con dos chapas bermellón en las mejillas, los ojos afiebrados y la boca seca, volvía desfalleciente, ayudada por el novio.

Su hermana y Juana la reprocharon:

—Qué locura, mujer! Qué disparate, che!

Ella, como inconsciente, pidió agua.

—No, no bebas así, tan cansada.

La sabiduría popular, en boca de un criollo, recomendó:

—Mojándole las muñecas pa refrescarla, puede beber.

—Agua!... volvió a suplicar la doliente.

Otro opinó:

—Y si se la terciásemo con caña?

—Es una barbaridad, la defendió el padre.

Ella gimió de nuevo:

—Agua... y la ahogó un golpe de tos que degeneró en hemorragia.

Parecía acabarse.

Cuando pudo rehacerse y reclamar el agua con el gesto, le obedecieron. Le acercaron el jarro a la boca; bebió con avidez y los tranquilizó:

—No ven como no es nada... Creo me ha hecho bien el agitarme.

Le habían traído el sillón.

La sentaron.

Escrutó, buscando el maizalcito.

Sonrió triste y se quedó adormilada.

Tenía una mano exangüe y fría en la del padre; otra en la de su hermanita.

Tras cual un sueño, de pronto abrió los ojos y reclamó:

—Señor Bandera.

—Zulemita.

—Mándelo estudiar a Dorico, eh.

—Sí, hija, no te preocupés... The dau palabra, respondió él respetuosamente grave, apagada la sonrisa habitual.

La mirada indócil de la enferma buscó a alguien, quizá a su discípulo predilecto.

Las manos débiles intentaron una presión en las que las tenían y se le desvanecieron las dos encendidas rosas de los pómulos.

Su hermana empezó a llamarla, fuera de sí:

—Zulema! Zulema! Zulemita!

El padre probó de tranquilizarla:

—Caramba, no hay que asustarse... Es un desmayo... Vamos a llevarla para adentro.

Unos fueron a prisa por doña Eusebia para auxiliar a la chica que lloraba a gritos.

Los peones se habían quitado el sombrero y Tomaso huyó hacia el campo, como herido por un rayo de locura.

Los hombres la alzaron, en el sillón, y así la transportaron a la casa.

Cuando la extendieron en la cama la yacente se enfriaba ya.

* * *

Triste velorio en aquel ambiente de horno.

La mesa más grande, la del comedor, simulacro de

catafalco, sostenía el improvisado ataúd de tablas de cajón, forrado de tela negra.

Los cuadros de los santos encresponados y las gruesas velas amarillas hacían guardia.

En puntas de pie, con parsimonia, venían los curiosos a alzar el pañuelo que cubría el rostro de la difunta y a descargarse de una frase compasiva o de un eterno lugar común.

Afuera, la langosta cubría todo de una capa aceitosa y sucia, como la resaca parda de una gran creciente aún amenazadora, y llenaba el aire de un vaho espeso, de un olor denso, graso, repugnante, mientras devoraba, devastaba, haciendo sonar sus patas de serrucho, los élitros, las mandíbulas metálicas: rruic - rruic - rruic...

De dentro venía el gemir de las mujeres.

El fuego, el calor, derretía los cirios blanduzcos.

Los hombres hablaban quedo, raleando los discursos monótonos.

* * *

Al otro día, cuando en la humilde carretilla de la estancia llevaban a la difunta al camposanto campesino, no había una mota de verde en el contorno. Se caminaba siempre sobre aquel tapete ocre pajizo del acridio despanzurrado, cuyos millones de diminutos huevos naranja humeaban al sol, espantándose los caballos, continuamente, cuando el vuelo borracho de la langosta les cacheteaba los hocicos.

* * *

Don Joaquín se debía ir con la otra hija, y don Artemio Bandera, que estimaba la promesa a la muerte como una cosa sagrada, se fue al almacén y tienda de don Juan Barceló a vestir a Dorico para mandarlo al pueblo a estudiar.

El gauchito gimoteó lamentándose, no sin atrever algún "malhaya" y "pucha que soy disgraciau", pero no hubo nada que hacer: de allí a dos días, luego que las mujeres renovaron los lloros y los compadres se abrazaron compungidos y serios, él se marchó con los deudos de la Zulemita que llevaban a la familia la infausta nueva.

* * *

Se sintió un gran vacío en la estancia.

La muerte de la forastera fue hondamente sentida, pues fuera del cariño que se le tenía, se les había vuelto familiar su presencia, sus palabras necesarias, sus consejos indispensables.

Tomasito no probaba bocado si no "a duras penas", luego de tantas instancias de la madre y todos andaban tristes, que la ausencia de Dorico daba idea de una doble pérdida.

Don Artemio no se animaba a manifestar sus sentimientos.

Por su sola voluntad y decisión no se hubiera separado de uno de sus hijos queridos, pero había sucedido aquello...

En frases trucas, que dejaban adivinar lo más y eludían sentimentalismos, se confió con la patrona que lamentaba:

—Pobre Dorico... pobrecito m'hijo, tan apegau a nosotros!

* * *

El indio cerril, arisco, andaba en el pueblo como un bichito silvestre que se intenta domesticar.

Un día, en las afueras de la población encontró unos carreros conocidos que se volvían a Mataojo y, sin más ni más se les agregó.

Aunque no se lo explicase, experimentaba un enorme goce espiritual y físico al volver al campo.

Le descansaban los ojos, las narinas olfateaban tónicos aromas de yuyos, el pecho se enanchaba con el aire puro...

Ver las praderas, las colinas dulces y verdes, las serranías breñosas, erizadas de peñas grises y caraguatás marfileños, los arroyos de líquidos cristales... y los montes —fabulosas cenefas de pana verde— vivos en su respiración bien oliente y en la palpitación de sus alimañas y sus pájaros líricos.

Aquel ir junto a las carretas chillonas —de lomos arqueados y por ello con algo de organismos vivos a quienes doblan las fatigas, con sus quinchés de paja brava, igual a los ranchos—, siguiendo el tranco tar-do de los bueyes.

Dormir a la intemperie, compartiendo un cuerito de oveja con el perro vigilante que exhala su acentuada catinga...

Hacer de peón, cuidando el asado, preparando el mate y cebarlo oyendo los discursos en una lengua limitada, simple y comprensiva, sintiendo las pláticas

y hasta, de vez en vez, metiendo su "pelau en la penca".

Ayudar en la lidia, pastoreando las yuntas, unciendo, picaneando:

—Ira boy!

Silbando una "güeya..."

"Güeya, güeya, güeyita,
güeya sin cesar,
metalé pa delante, Capincho,
que se v'a llegar!"

... Canturreando y gritando, alegre, los nombres pintorescos:

—Porcelano! Barrocito! Pintor!...

... y, lejos de las cuatro paredes de las cuevas del pueblo y su disciplina férrea, respirar más que el aire liviano de las campiñas sin fondo, el de la libertad en la cual se había criado.

Cuánto halago! cuánto premio! en una frase lisonjera de un carrero:

—Camperazo el gaucho! no desmiente la cría 'e los Bandera!

* * *

Ni pensaba siquiera que aquello se iba a acabar. Y que se consideraría mala su acción.

* * *

En lo de Manteiro ni se asustaron siquiera.

Conociendo las visitas de él a la Plaza de las Carretas, se supusieron lo sucedido. Esperaron un día y escribieron al padre.

No coincidiendo la carta con el itinerario del correo, las noticias debían llegar después del escapado.

Vivaracho, el desertor esperó la noche de su llegada al pago para hacerse ver, y esto sólo de su madre, que, a pesar de rezongarle, le protegió ocultándolo.

Tomasito, flaco, triste, con la tos de su amiga, le dijo al día siguiente a don Artemio:

—Tata, ahí anda Dorico.

—Cómo?!

—Sí, se juyó.

—No comprendo.

—Juyó del pueblo; vino con los Alderete, en las carreta.

—Piel de Juda! No creí nunca en esta jugada!

—Nu es por alcagüetiar, pero como l'hemos hecho la promesa a la pobre ánima...

—Yo lo v-i-arreglar!

Bandera adoptó una gravedad que rayaba en ira:

—Llamemelo.

El comisionado obedeció.

Y por allá por el fondo se vio a Dorico saltar el cerquito de duelas del patio y ganar el campo.

El padre lo vio y alzó la voz cual si con ello lo fuera a atajar:

—Agarremén ese gurí; enlacenlón; bolenlón al perdulario!

No hubo necesidad de tanto.

A los gritos desaforados aparecieron los habitantes de la estancia.

Cuando trajeron al matrero, el gaucho viejo ya estaba armado de un pesado arreador.

La madre, la hermana, la negra sirvienta, temblaban ante la rabia silenciosa del patrón.

—Qué vas a hacer, Bandera? inquirió temblorosa la mujer.

—Hay qu'escarmentarlo!

—Tata, no lo vaya a lastimar, pidió piedad Juanita.

—Dejemén que lu-enderece.

Y ordenó a los aprisionadores:

—Larguelón no-más.

Y le impuso, enérgico:

—Cuadresé, ahí!

El muchachito, tembloroso, obedeció.

Y él se quejó de ansia al cruzarlo de un lazazo que le dejó la marca.

A la violencia del golpe el castigado perdió el equilibrio y gimió:

—Perdón, tata; perdón, tata...

... terminando de rodillas.

A la madre se le saltaron las lágrimas; los demás espectadores, pálidos, desencajados, se contenían de intervenir porque el ajusticiador era el padre y, se sabe: eso da el ilimitado y clásico derecho del pater-familias.

—Pa eso es su padre.

Ante el silencio dolorido de la patrona y la frialdad respetuosa de los demás, de nuevo el paisano iba a alzar el arreador, cuando Dorico, sacando fuerzas de flaqueza, susurró sorda, pero decididamente:

—Tata, yo no quiero ser dotor!

Al padre se le cayó el brazo cual si se le hubiera paralizado.

Se dominó e incorporó al hijo.

—No, mi amigo, pegarle, no le pego más... pero... pero tiene q'estudear... Es lai... sabe... es una promesa!

Y con dificultad de expresión, no encontrando argumentos que lo ayudasen, haciendo comprender que iba en ello algo como su honor, le pidió:

—Tiene q'estudear, m'hijito... Hagamé-se servicio.

Y agregó, cual si él también, con un esfuerzo macho, se resignase al oscuro mandato:

—Es lai.

* * *

Al otro día el estudiante reanudaba sus disciplinas en Tacuarembó.

* * *

Tristes y dilatados fueron sus días de pueblera y de estudiante.

Inteligente, aprendió pronto las cosas elementales y, preparado por don Joaquín, pudo en dos años ingresar al Liceo.

.....

Sentado a su mesita, el muchacho sentía a veces un pájaro que lo distraía de la lectura o de los cálculos y ponía los ojos en el cielo, se le llenaba el alma de la visión de su pago y cuando intentaba reanudar la lección veía turbio a través del amargor de las lágrimas.

Volvía en las vacaciones a Mataojo y a los cuatro o cinco días, reviviendo con sus hermanos la vida habitual, se dijera que todo lo aprendido en el comercio con la gente o en los libros, le hubiera resbalado sobre el alma y sobre la mente sin ahondar, sin prender, sin echar raíces.

El padre, que le daba un solo beso de bendición a la llegada, le preguntaba invariablemente:

—Y di ahí, cómo le há-ido?

.....

Después, sin señalar una diferencia en relación con sus otros vástagos, voceaba:

—Dorico, vay'a traer un barril di agua... Eche los caballos... Epa, vos, "dotor", echame esos terneros.

En realidad la diferencia se marcó y fue el título que, socarronamente, le aditaron por adelantado.

* * *

Una vez el estudiante trajo una novedad. Había descubierto que no se llamaba más Dorico.

—Oh, li han cambiau el nombre?

—No, es que no se debe pronunciar así.

—Prenunciar?

—Sí, decir. Está mal.

—Güe, y ahura? Me lo vas a decir a mí! O qué inventos son esos?

—Es que lo decimos equivocado.

—Equivocau! No te digo! No se llamaba por si-acaso Dorico, tu padrino, don Dorico Gonçalvez, que Dios lo tenga en la Gloria?

—No, es que es Dórico, papá, y viene de la denominación de una antigua raza que habitó en las márgenes del Mediterráneo...

Bandera lo miró entre sorprendido e irónico.

—M'están cambiando el hijo...

Aquella multitud de palabras raras cavaban una ancha distancia entre él y su descendiente.

Resolvió sonreír.

—Con qué ahura no es más Dorico?... Dejesé de fábulas, m'hijo... Y digalé al que le ha enseñau eso q'el nombre se lo puso su padre q'es un hombre y sabe lo qui hace...

Y nunca más hablaron de "cencia".

Don Joaquín escribía que su pupilo, sin perder el carácter hosco, reservado y nada comunicativo, era aprovechado, estudioso y salía siempre airoso en los exámenes.

—Ta bien, aprobaba el padre, encontrando aquello natural.

* * *

Después de la muerte de Zulemita, luego de la devastación de la langosta no había restado del huerto otra cosa que el alambrado que lo defendía de la gula de los terneros o los caballos.

La tierra labrada, removida, había creado un pasto lozano y unos yuyos altos de bellas y abundantes flores violetas que con su nectáreo perfume atraían las mariposas, los picaflores y las avispas.

Tomasito, medio lelo, se paseaba por la antigua quinta a la luz de la luna o a pleno sol entre el

revoloteo de los insectos y recogía grandes brazadas de flores que llevaba al cementerio, de donde regresaba con los ojos de alucinado, rojos de llanto.

Un día le pidió al padre:

—Tata, encarguemé semillas que quiero sembrar el güerto.

Don Artemio no se atrevió a bromear, a sonreír, a preguntarle si no temía la seca o la langosta.

—Y qué querés?

—Maíz, zapallo y sandía.

(No olvidaba las lecciones de la maestra acentuando perfectamente los vocablos).

.....

Y ahí anduvo el mozo, trabajando con amor en su siembra, cual si cultivase su recuerdo.

De fibra fuerte, con una vida simple y libre, consiguió ir equilibrando su salud.

Aunque flaco, —chupau com'un alguacil, según el dicho de los peones,— soportó bastante su labor y, en el culto a su dulce pasado, fue útil a los suyos.

* * *

A Dorico le llegó el momento de ir a Montevideo y elegir carrera.

Su elección debía recaer en una profesión de estudio breve, porque él deseaba terminar pronto y con ese propósito estudiaba con fervor, con pasión, como con rabia.

De la capital fue volviendo más refinado, más pulido, con las manos finas, las uñas cuidadas, el corte de pelo prolijo.

—Pucha que venís manate!, lo elogiaban los hermanos, observando sus pañuelos, sus calcetines, su ropa, su agua colonia.

Los peones lo trataban de "jailai" y probaban sus cigarrillos ciudadanos:

—Flojazos... se prienden y se acaban solos...

Pero el barniz le duraba cuando más una semana, pues, cuanto el sol lo tostaba y tomaba unos cimarrones en cuclillas o churrasqueaba en el fogón, cortando el asado junto a la boca en esos tajos que a un maturrango le pueden llevar un labio, ya se volvía el criollo de siempre y en el boliche era necesario preguntar cual de los hijos de don Bandera era el "dotor", porque todos andaban empilchados con las prendas que él traía de la metrópoli y así fácilmente se les confundía.

Su padre jamás le preguntaba nada.

Ni él experimentaba necesidad de confianza alguna sobre la vida de allá, la cual se deslizaba exteriormente, sin rozarlo.

Si hubiera sido un bichito silvestre, un ñacurutú, un churrinche, como éstos se hubiese dejado morir de hambre, se hubiese estrellado contra los barrotes de la cárcel. El era un hombre y comprendía; hacía de tripas corazón. La inteligencia le permitía adaptarse, aunque vivía como un exiliado que llega y ya está pensando en su regreso, contando los días que le faltan para la vuelta...

Escribía poco a los suyos. ¿Qué les iba a estar diciendo? Llorando lástimas? Era una obligación el estudiar. Era un deber. Una "ley"...

Se obedecía y se acabó.

En los lejanos y callados ranchos, con más angustia en la soledad de los campos, el corazón materno debía vivir la misma pasión. Pero no había apariencias llamativas, "aspavientos", como expresa el paisano.

Se anunciaba la venida de Dorico; llegaba Dorico...

La madre hacía pasteles, arroz con leche, mazamorra y después seguía todo igual.

Salvo cuando sorprendía a doña Eusebia con un reclamo:

—Mama, hace tanto que no como chicharrones...

* * *

A Tomasito, encaprichado en su cultivo, exagerando en el cuidado de la quinta, se le acentuó la enfermedad latente.

Coincidió la crisis con la estada de Dorico, quien no pudo hacer gala de sus conocimientos porque cursaba odontología.

Llamaron curanderos y una médica y empezaron a desconfiarle a la paletilla "cáida", al pasmo y a algún empacho viejo, emperrado.

—El pobre está hético, no come nada, parece dañau.

Menudearon, sin resultado, cataplasmas, "fletaciones", tisanas y simpatías.

Pensaron mandarlo a la ciudad.

Iría, pues, a Tacuarembó...

Pero, como no lo resolvieron inmediatamente, quiso su desgracia que, a la vuelta de unas carreras en

Mataojito, el muchacho se desmayara al tener una hemorragia, cayendo tan mal del caballo de traerlo ya cadáver a la estancia.

.....

Aquel año cosecharon el maíz y algún zapallo.

Después el patrón no quiso ni oír hablar más de la chacra, que parecía acarreaba desgracia.

Creció el pasto alto, se cayó el alambrado...

La tierra gorda sólo daba las lindas cepacaballos espinosas, de hojas argentadas, cuyas raíces...

—Güenas pa refrescar la sangre...

... se hervían con el agua del mate...

Y era la única liviana cosecha.

* * *

Una carta de felicitación de don Joaquín les anunciaba que, con los exámenes próximos, el estudiante iba a terminar la carrera.

Era así.

El lo confirmó a la madre, a la hermana.

Con el padre no adquiría nunca confianza, como si en el respeto debido lo obedeciera, sin olvidar aquella terrible prueba, la pesada disciplina a la cual lo obligara.

Se fue; volvió a venir.

Llegó muy "paquete".

Lo festejaron.

Vinieron algunos vecinos, familias, improvisaron un baile.

Los peones aprovecharon la oportunidad para agarrarse una mona macanuda.

El se quitó la ropa de Montevideo y con una carga de libros que le trajeron la metió en un baúl y en cajones.

Se puso las bombachas, el cinto, la golilla y las chancletas cómodas.

Completó la indumentaria con un pedido:

—Mama, metamelé un barboquejo a este chambergo.

No cambió ni siquiera el tratamiento que le daban, pues, desde que fuera destinado a estudiar le habían aplicado, como un alias, aquello de "dotor".

El padre al abrazarlo y besarlo:

—Dios lu haga un santo, m'hijo, había aprobado:

—Muy bien, te has portau! Así se hace!

Y se fue.

Como arrepentido de haber sido tan lacónico, lo buscó para asegurarse del hecho, para encarecerle confidencias.

—Contame, pues.

—Hjum...

—Entonce, ya sos dotor?

—Dentista.

—Ah... es lo mesmo... y exhaló un gran suspiro.

Había cumplido él; había cumplido el hijo.

Estarían tranquilas las ánimas: la de la Zulemita, la de Tomás...

La cosa, ya realizada, no aparentaba ser tan difícil.

Y se fue como a terminar de alejarse de "aquello", a purificarse, contemplando las cuchillas, el campo,

el rectángulo siempre más verde y fresco, —como una felpa flotante,— donde existió el "güerto".

* * *

Reanudaron la vida habitual.

Se levantaban, tomaban mate; churrasqueaban, tomaban mate...

.....

—Quiere un amargo, m'hijo?

.....

—Fuma un blanco, tata?

.....

—Pegás un traguito, Dorico?

* * *

Doña Eusebia intentó averiguar con el marido:

—Y se va-ir el muchacho?

—Qué muchacho?

—El "dotor", sonrió la patrona, no sin cierto orgullo.

—No sé.

—Vos no le vas a decir nada?

—Pa qué?

—A Juanita, sabés, le gustaría ir también al pueblo, si es q'él se v'a poner en eso...

—Vay'a saber.

—Entonce?

—Por ahura, mirá, es mejor dejarlo... Ha estau tantos años p'acá y p'allá como maleta 'e loco... Debe tener la cabeza medio zumbando...

* * *

Se marchaban los días como en puntas de pie,
despacito.

Mate. Caña. Churrasco.

Se iban los meses.

Se derretían los años.

* * *

Juanita se decidió a casarse con un peón que pasó
a ser capataz.

Dos de los muchachos se fueron de troperos.

Otro arrendó un campito cercano, pobló y se hizo
de una hembra.

Dorico, calmo, pacífico, fumaba, iba al almacén,
conversaba poco, cual si se estuviese reponiendo del
gran esfuerzo al que lo obligó su padre.

No mencionaba jamás sus estudios, ni narraba las
historias de otros mundos o de qué son hechos el sol,
la luna y las estrellas...

Sonreía cuando, con las frases del famoso Lencina,
hacían ingenuas referencias a Montevideo.

—Me cuentan que en Montevideo hay un cerro.

O a la definición del brasilero:

—Sim, conheço, e un homen pequeno de chapeu
de palha...

* * *

El hombre ayudaba en las pocas tareas de la
estancia.

Dormía gustoso las largas siestas del estío.

Su padre, que le guardaba una secreta admiración,
a veces le tiraba una piedra a un gallito que podía

incomodar al "dotor" con su kikirikí, o mandaba callar
a sus nietitos barullentos.

* * *

En la estación fría jugaban trucos interminables, en-
tre la humareda de los cigarros y el taco de una buena
copa de caña que entona y templá.

Si estaba en la cocina, con los peones, los cuentos
eran los que sentía de muchacho.

Ya se habría desenredado una docena de años desde
que había vuelto "dotor".

* * *

Ahora que era verano y tomaban mate a la luz de
la luna aprovechando el fresco, y quizá porque dis-
ponía de más oportunidad y espacio, el padre iba a
hablarlo, a preguntarle algo.

Pero qué, no hallaba coyuntura.

Tenía en la punta de la lengua el tema.

—Entonce, usté no v'a dir más al pueblo a ser?...

Y la interrogación se le diluía:

—Vea los dormilones como vuelan... yo creía bo-
biando... y mi compadre dice que cazan bichitos y
churrasquean...

O se concretaba en otro argumento:

—Vos qué decís, Dorico, parirá pronto la cho-
rriada?

Y cuando el mozo, que era campero, respondía:

—P'al mes que viene, tata...

... Estaba tentado de creer que era una historia, una fábula, aquello del "dotor", de la soba cuando el muchacho se "juyó" del pueblo.

* * *

Lo dejaba satisfecho el sesgo de los acontecimientos, porque no tenía ningún cargo de conciencia, y una noche, como quien no quiere la cosa, se resolvería a decirle:

—Te acordás de la Zulemita? pobrecita, jué com' una luz mala... valga la comparación... Y tuito jué así: el güerto, que casi no se sabe ni donde estaba... Tu estudio que no sirvió pa un carajo a la vela... Ella mismo p'al pobre Tomasito... él tamién...

Vos sabés que la luz mala anda rejucilando, haciendo la parada, diendo p'allá, viniendo p'acá, gambetiando... Vos te le arrimás, metés la mano y nu agarrás nada, como si agarrases viento o humo...

.....

Pero no fuera a ser que el "dotor" le saliese al cruce con alguna imprevista agachada.

.....

Ni siquiera aquello le dijo.

EL MARIDO DE LA MAESTRA

En nuestras extensas campañas despobladas, donde se marcan las sensibles distancias por una casa situada de lejos en lejos, era habitual el dar posada.

Y como siempre es bueno estar bien con la policía, los representantes de la autoridad hallaban, por donde fuesen, abiertas de par en par y acogedoras las puertas de boliches y estancias.

De tal costumbre, Juan Talero, como lo deben hacer muchos otros comisarios, se aprovechaba.

El era el segundo de la sección y "recorría", sólo seguido de su asistente, un negro petizo, fiato como "refalada 'e capincho" y, cosa rara en milico, trabajador y "liberal".

Aparte de sus méritos de conservador del orden, el segundo era una excelente persona. Se le podía criticar su propensión a empinar el codo y el volverse farfantón y barullento cuando había ingerido algunas copitas, pero hasta en esas oportunidades se conservaba "güenazo" hasta por demás.

Así es que no era mal recibido ni pesado con su acompañante quien, quitada su casaquilla, ya andaba en la lidia de la cocina, pisando una mazamorra, o en el galpón, dando una manito en lo que se presentase.

Fuera de algún cristiano excesivamente avaro, el comerciante o el hacendado tiene que hallar grata la visita que matiza su soledad, la distrae con una prosa entretenida o las interminables incidencias de un truco, alterando la monotonía de sus vidas.

No sé si comprendiendo eso, Juan Talero se dejaba estar sus dilatados días en lo de don Tarcisio Cardozo, en "La Azotea", y había de ser recordado de sus deberes por algún subordinado que le traía órdenes del Primero.

Lo único que no estaba muy bien era lo del funcionario haciendo estaciones en lo de Susana Amarillo, quien tenía una justa fama de "mujer de la vida" y se ignoraba por qué diablos había venido a sentar sus reales en el pago.

En verdad, él trataba de disimularse en sus visitas a la paica, pero esa maldita costumbre de hacerlo todo con calma y con cómodo alargaba con exceso sus estadas.

* * *

Donde no había llegado nunca era a la escuela.

De ello se felicitaban la maestra y su madre, pues dado que eran mujeres solas sus visitas podían aparecer interesadas y dar lugar a equívocos.

El segundo apenas saludaba y pasaba de largo.

Pero ahora, con la cuestión de la gira del Ministro de Instrucción Pública quien, en vez de llegar al colegio, de acuerdo con su promesa, se detuvo en la Comisaría a comer un asado con cuero y a echar un discursito a cuenta de las elecciones futuras, no tenía

nada de extraño que él, al saludar, sofrenase su caballo.

—Buen día, señorita... sabe que no viene el hombre.

—Buen día, señor comisario; qué hombre?

—El menistro, pues.

—¡Ah!

—Como les había prometido... Yo quise traerles la noticia.

—Gracias... Qué lástima! Teníamos todo preparado.

Talero había cruzado la pierna sobre el recado buscando una posición cómoda; su caballo pesado, medio sillón, grande como para sostener la enorme figura de su dueño, movía la cabeza haciendo sonar la coscoja de plata.

El negro asistente se había apeado como a arreglar la cincha de su pingo y puesto de bruces contra el cuello de su cabalgadura, inclinaba el casco kakí sobre los ojos intentando un sueñito.

El superior comenzó a hablar del ministro.

—Mozo lindo, muchachón tuavía; farrista como él solo... Comió y chupó a lo criollo, a lo que te criaste... Ya ve, es así... Com'ustede, él también es de Montevideo... Y a uno le parece que porquiallá son todos doctores y generales, y está el Gobierno... le parece no sé qué... Pero yo digo siempre: y di-ahí? no son cómo todo lo jotro? Gente güena... sin güeltas... Al fin y al cabo orientales... Todos semo orientales...

—Es verdad, señor comisario.

Había venido la madre de la maestra, la hermanita, a quien el aire del campo robusteciera y hermoseara.

Contestaban con monosílabos, un poco cortadas.

Quizá por aquella mala fama que gozaba el mujeriego.

.....

La señora se secreteó con la hija:

—Lo invitamos a bajar?

—Yo creo.

.....

—Por qué no se apea, señor comisario?

El sonrió, indeciso.

La señora insistió.

—Hay un sol que asa... Bájese, descansa un poco.

Respondió como por fórmula:

—En fin, por no despreciar.

Descabalgó, tiró las riendas al milico y siguió a las señoras.

* * *

Fue una de correr a lavar el mate dulce para prepararle un amargo.

Le tomaron el rebenque de mango de plata y el sombrero un tanto grasoso y con un olor fuerte de bestia silvestre; le ofrecieron un sillón del cual el hombre se fue posesionando con discretas precauciones hasta que, instalado con seguridad y a gusto, comenzó a hamacarse rítmico mientras charlaba.

Detuvo el vaivén para liar un cigarrillo.

Fumó, expandiendo humo abundante por boca y nariz mientras conversaba, hasta el punto que el bigo-

tazo, hasta las cejas, daban idea de una maraña que iba a comenzar a arder.

Continuó hablando.

—Qué diablos, tanto tiempo'e pasar p'acá y p'allá... Y siempre decía: un día v-i-a pegar una sentada pa echar un párrafo con la maistra e' Montevideo... y la mamá... y la hermanita... Lo que son las cosa!... Tanto v'al cántaro al agua...

Y no se crea que su rosario, semi-monologado, se desgranarse sin pausas y silencios.

No. El, de acuerdo con su idiosincrasia, no se apuraba ni para eso.

A veces miraba para afuera, entrecerrando los ojos heridos por la resolana.

El asistente, curvo sobre el pescuezo de su flete, dormitaba junto al alambrado.

El tordillo mosqueaba, se chicoteaba los flancos con la cola, movía la coscoja —luna de argento relumbroso— que, cuando la conversación decaía, alargaba hasta sus oídos su tableteo característico.

* * *

La señora hubo de secretearse de nuevo con la hija.

—Señor comisario, por qué no hace entrar a la sombra al soldado con los caballos?

—Ah, sí... güena idea, aprobó él.

Alzó la voz.

—Filisbino! Dentrá, pues.

El negro no se hizo repetir la orden, cual si la esperase. Abrió la porterita, tomó al tordillo de la

rienda y se vino hacia la enramada seguido por su matungo.

El mate iba y venía, iba y venía.

Le dieron "vuelta"; le cambiaron la yerba.

—Güeno el amargo... Nu hay como el entrevero de l'argentina con la paraguayaya...

El segundo era incansable e insaciable.

Reanudaba el hilo de su discurso inicial:

—Se ven casos...

Aplastaba el calor bochornoso del mediodía.

—No le hará mal el resplandor, señor comisario?

—Tamu acostumbrau...

—Si le parece cerramos un poco la puerta.

—Nu es mala la idea.

.....

Ya no había temas.

Enmudecían en largos silencios.

Ahora callaba la coscoja porque el negro, al aflojar la cincha de los caballos, los desenfrenó.

Entre el llamear casi invisible de la reverberación solar los espejismos ópticos mentían frescuras de aguas azulinas.

El paisano, mirando hacia la carretera, enseñándoselas, les reveló:

—Son las lagunitas del diablo que, pa judiar al cristiano muerto 'e sé, el Maliño pone ante sus ojos...

Venía del campo el chisporroteo del resquebrajarse de los pastos reseco y un asordinado, monótono gemir de palomas, mezclado a un chirriar agudo, como metálico, de insectos gozosos en la canícula...

Una chicharra, borracha del vino del estío, chillaba frenética, punzante, como el eje desaceitado del paisaje todo fuego y trépida palpitación.

.....

La visita no se iba.

* * *

La señora pidió permiso y se levantó.

Después lo hizo la niña menor que, cuando regresó, al sentarse, le avisó a la maestra:

Mamá te llama.

El secretarse no era suficiente.

Había que aconsejarse respecto a la decisión a tomar.

La visita no se iba.

* * *

La señora, con la "piona", —morena supersticiosa, que había aconsejado la medida empírica de parar una escoba atrás de la puerta o echar sal en el fuego para espantar el visitante,— andaban por la cocinita de lata que parecía un horno.

La señorita maestra se animó a hacer la invitación:

—Nos va a hacer el honor de almorzar con nosotros?

El, pachorriento, buscó el bolsillo del chaleco, desenterró el grueso reloj de níquel, con su llavecita colgada al costado y comentó:

—Cómo se pasa el tiempo!...

Y, quizá por primera vez, considerando correspondía una cortés negativa o por lo menos el hacerse repetir el ofrecimiento, sin el más lejano amago de ponerse en pie, aventuró como una opinión:

—Hay que dirse.

Le refutaron:

—No, no; es tan tarde... y con semejante sol!... Acepte, señor comisario... No le vamos a presentar un banquete... Usted se hará cargo...

El, ya sin disimulo, tomando el asunto como cosa resuelta:

—Bah, dejese de rendivuses... Yo soy güen pobre. Y ahora sí, se incorporó y pidió:

—Con permiso.

Ordenó al milico que desensillase y mientras el campo le respiraba sobre el rostro una bocanada de aire cálido, opinó:

—Qué diíta!... Caramba, no se vía poder sestiar ajuera...

El negro estaba calculando que con una arrastrada de mata-ojo se podía arreglar lindo la enramada.

* * *

Cómo se iba a ir el comisario con aquel sol!

Pero también quedarse a dormir —aunque fuese la siesta— en una casa de señoras solas!

No estaba bien.

Cómo se lo decían?

La solución fue que la peona —ya abandonados los inocentes e inocuos maleficios— tendió un catre en el local de la escuela.

El asistente le trajo las alpargatas que él usaba llevar bajo los cojinillos y, cuando el jefe se recordó, pidió para ceparle mate.

* * *

—Así parece que uno está en su casa... definió él su satisfacción.

* * *

A la tardecita, sin apuro, contento, amigos de toda la vida, se despidió.

Y ya lo tuvieron todas las semanas.

Se repitieron las escenas, la insistencia para que se quedara, pues si bien él con sus frases se resistía a aceptar, no se movía de la silla, demostrando que de antemano venía resuelto a la estación.

—Vea lo que son las cosa, repetía, vea... vea la maistría 'e Montevideo. Yo tenía cortedá 'e arrimar-me... pero siempre decía y di-ahi, no son cómo todo?... Y resulta que en lo qui andaba errau es que no tienen comparación. No es por decirlo ni por alabarlas: aquí m'encuentro mejor q'en ningún lau...

* * *

Se sabe... esas continuas visitas no pasaron desapercibidas en el pago.

El segundo noviaba con la "maistra".

Se lo espetaron a él, y rio bonachón, bromista:

—Güe! Ni mi ha pasau por la mollera... La historia del burro y la hormiga, si no fuera mala la comparanza... Tan minguerlina la mocita, tan alfeñique, p'hacer yunta conmigo que parezco de raza frisona.

Hacía acertada referencia a la personita casi miniatresca de la muchacha y a su figura de indiazó grande y pesado.

Insistían.

El se echaba "p'atrás...":

—Y di-ahi?... No soy un güen mozo?... Ya se quisieran muchas necesitada!

Se puede afirmar lo obligaron a detenerse a observar a la señorita con cierta curiosidad.

No era linda, pero había engordado un poco y poseía bello cuerpo, manos y pies chiquitos, la boca fresca y los claros ojos luminosos, bajo las cejas de arco perfecto.

Después, una cosa rara: había una razón sugestiva llena de atracciones: él jamás había cultivado una relación con una niña bien.

—Como perro 'e pobre, pensaba: cogote y garras...

Chinas cuartereras, mulatas e indiecitas de los arrabales de los pueblos, de los ranchos a orillas de los caminos, peonas de por aquí, de por allá...

Para él, el encanto imantado de aquella casa residía en eso. En el halo de pureza, de limpio, de noble del hogar de la maestra... Y casi inverosímil efecto del ambiente, cuando el segundo comía en la Escuela nunca se emborrachaba.

* * *

Sin embargo el aliento impuro del lupanar debía tentar contaminarlo.

Una noche que Juan Talero golpeó en el rancho de Susana Amarillo, la barragana, que por suerte estaba sin compañeros de ningún sexo, le gritó desde adentro:

—And'á revolcarte con la maistra pueblera!... Andá!... Andá!... And'á olerle como los cuzcos!

Las frases procaces lo avergonzaron.

—Chist!... Chist!, suplicó silencio, como si viese paradas, alertas mil orejas en la soledad de los campos.

Luego la indignación lo quemó en su llamarada:

—Callesé, ya! la trompeta, lengua larga! Nu emporque la gente! La gente! La gente!, voceaba como definiendo la diferencia que la realza y separa de la chusma.

Daba puñadas feroces contra la madera endeble de la puerta.

La otra vociferaba, venenosa:

—Gente? ja, ja... qué me contás? Miren las niñas, las fruncidas y después son más calientes que las gallinas!... And'á repasártelas!... Andá, que yo les v-i-a gritar qui andan sonsacando, robando los maridos de las jotras!

—Te v-i-hacer callar, grandísima yegua!

De un hombrazo echó la puerta abajo y hubo de defenderse de la china, vuelta un basilisco, para después curtirla a lazo.

Pero terminó quedándose allí, cerrando la "lición" con una gran borrachera repartida entre ambos, porque le tenía cariño a la desgraciada que él, secretamente, había hecho instalar en su sección.

* * *

Suspendió las visitas a la escuela.

Aquella gente tímida respiraba mejor.

Con todo, lo echaban de menos y, sin revelárselo, se leyeron en los ojos las interrogaciones:

—No vendrá más?

Se les había vuelto cosa familiar el hombrón llenándoles la casa.

Sin darse cuenta se había infiltrado entre sus costumbres...: Tenían un mate, comprado para su amargo y había un sitio en el cual el sillón del segundo se dijera lo esperaba.

Recordaban anécdotas, envolviéndolas en una atmósfera sentimental y cariñosa.

—El pobre, no tiene familia...

* * *

Se acordaban de una tarde nublada en que la señora cortaba un vestido: la visita de pie, en el vano de la puerta, oscurecía el aposento hasta el punto de hacerle confundir y echarle a perder el género.

—Ay, señor Talero, me ha hecho tomar una línea por otra...

—Caray, doña Catalina, y no se puede remediar?

—No, pero no es nada, trató la señora de suavizar el mal efecto que podía haberle causado.

Y el pobre hombre, confuso, al otro día, entre un embrollo de disculpas, sacó de entre los cojinillos una pieza de tela, fantástica de colorínches, que hubieron de recibirle de regalo.

.....

La niña menor pensaba en la ternura de la voz bronca, respondiéndole, paternal:

—Pues sí, m'hijita.

.....

La maestra sutilizaba sobre la sensación de oscuro miedo que le producía.

Lo asemejaba a una gran fiera domesticada, a la cual, —aún temblando en la idea de un posible despertar de su dormida ferocidad,— sentíase atraída.

Quizá el contraste de la masculinidad áspera del varón venía a equilibrar un orden donde todo era modosito y femíneo.

Instinto remoto de la necesidad del hombre en el hogar, de la confianza en una fuerza y una defensa.

Cosas que debían acallarse porque hasta el innato pudor lo ordenaba y además, en realidad, lo pasaban muy bien solas.

Por eso era de felicitarse que terminara tan oportunamente la asiduidad del visitante, indiscreto motivo de hablillas para el estrecho mundo que los rodeaba.

Ahora dejaba de venir.

Ellas se llamarían a sosiego.

Era la más criteriosa solución. Se cortaban de raíz los díceres y más a esa altura en que ya no era un misterio para nadie la presencia de escándalo de la Susana Amarillo.

Lamentaban perder un amigo, un buen amigo, porque no era el caso de recordarle:

—Segundo, aquí tiene una casa donde se le aprecia.

* * *

El no las olvidaba.

Tenía reparos en dejarse ver llegando a lo de su amante.

Se avergonzaba de las "trancas" y no se le borraba de la mente la escena de aquella noche de la soba...

Trataba de disculparse con una alzada de hombros:

—Qué caray, al fin uno es hombre...

Luego:

—Con todo, soy un bárbaro!

Y temía que algún día ellas le reprochasen:

—Cómo pudo dejar decir aquello?!

—Dejar?, componía entre sí su defensa; dejar!
le rompí las muelas!

* * *

Corrieron los meses.

Tras éstos, le anduvo insistiendo en el magín un pensamiento:

—Tengo que pegar una güeltita por lo de la maestra... Gente tan güena!

Previamente, como para limpiarse de culpas y ayudado por una de sus borracheras, había echado del pago a su querida, volteándole el rancho en una noche y haciéndoselo transportar por el asistente y otros milicos.

Con el primer sueldo que recibió fue a elegirse una buena vaca lechera, y con su respectivo ternero, y al enviársela a la maestra le recomendó a Filisbino:

—Q' es un osequio que les manda mi segundo, don Juan Talero.

La favorecida le escribió una bonita carta de agradecimiento que él se hizo leer y releer por el escribiente de la comisaría, y resolvió, al enterarse de que ellas se extrañaban que hiciera tanto tiempo no las honrara con sus visitas:

—Las pobres! mire, no? V-i-a dir, sí... Cómo no v-i-a dir.

Y volvió a caer... y a aceptar los almuerzos.

* * *

Una siesta en que estaba por acostarse en su catre, reforzado con guascas de cuero crudo que él mismo trajera, la señorita entró al local del colegio a buscar unos cuadernos olvidados.

Tenían tanta confianza.

El ya se estaba volviendo uno de la familia.

Ese día, quizá, por esa misma familiaridad que lo alejaba de los cumplidos y etiquetas, se había dejado ganar por su gusto al vino y, sin pasarse mayormente, estaba alegrón.

Miró a la muchacha y la encontró linda.

El vestido breve dejaba ver la media negra; la blusa muy escotada mostraba su cuello mórbido y blanco; llevaba desnudos los brazos.

El, sin oculta intención, le habló, riendo:

—Oh, mi novia.

Ella giró sorprendida y ante su bonhomía hubo de sonreír.

.....

—Usted sabe, eh?, interrogó el hombre.

—Qué?

—Es corruto que semo novios, pues!

A ella se le ocurrió, —al fin era mujer—, coquear inocentemente y se dio vuelta con las manos en las caderas.

—Y qué! hoy tan horrible yo? No puedo gustar a nadie?

—A naides?

Realmente, sin buscarlo, se ponía provocativa:

—Qué poco caballero!

El la miraba, la miraba, como apreciándola.

Hizo amago de hablar. Posiblemente no se le habría ocurrido nada o habría repetido como en el primer intento una frase oída... Quizá la hubiese lisonjeado:

—Está preciosa, Carmen.

Ella lo conminó:

—Ni una palabra! Estoy ofendida!

Era un juego.

—Vea...

—Cállese, señor descortés.

Bromeaban.

—Vea, Carmencita...

Por primera vez pronunciaba su nombre, y lo hacía tierno, en el diminutivo.

Ella alargó la mano fina, blanca, tersa —de señorita— e intentó cubrirle la boca.

—Ni una palabra más he dicho.

Los labios calientes, el bigote áspero se la hicieron recoger como si se hubiese quemado, pero él, tartajeando frases de cariño, le había pasado una mano por la cintura y la estrechaba contra sí con una brutal presión de dominio, de posesión.

La chica sintió el aliento quemante, pesado, denso de olor a vino y a tabaco fuerte, tembló toda como

un pájaro que va a morir y se le desmayó en los brazos.

El, con las piernas de plomo y los movimientos torpes, fue, desgonzado, hasta la puerta, y la trancó.

* * *

—Le tengo horror a ese hombre, se confiaba con la madre.

—Y qué hacemos, irnos?

—Pero, cómo? Y a dónde?!

—Y si le devolviéramos la vaca...

—Si le pidiéramos que no volviera más... Dios mío!

* * *

El segundo, entre abochornado y arrepentido, venía más de tarde en tarde y se desquitaba en sus preocupaciones y sus fanes con grandes chupandinas en los almacenes.

Perdía el control.

Una vez vino de visita, ebrio.

Grotesca escena:

El hombrón reía estúpidamente por la menor zoncera y aventuraba cuentos procaces, mientras la maestra, pálida, trasparente, se mordía los labios hasta hacerse sangre.

Se quedó a almorzar.

Luego de su siesta pesada mandó buscar a la señorita con el asistente.

Era el colmo.

Fue la madre, que llegó llorando.

—Oh, qui hay? se sorprendía él... Qui hay?

—Señor Talero, nosotros somos una familia honrada... Le hemos abierto las puertas de una casa pobre... Lo de la vaca, mire...

Y la señora se ahogaba entre los sollozos.

El protestaba:

—Dejesé de la vaca, pues...

La conformaba:

—Pero, doña Catalina, pero, doña Catalina, era p'hablarla, sabe... Yo he faltau, ust'es una señora de respeto y todas, a cual mejor... Y lo digo aquí y a donde quiera. Yo comprendo q'he faltau... Pero mire, nel pecau está la penitencia, como dice el refrán...

Doña Catalina, si usted quiere y si ella consiente, yo me caso, sabe... Qué caracho! uno no es ningún desalmáu, ningún perdulario!

Y en resumidas cuentas soy una autoridá y donde debo respetar respeto, y donde debo cumplir, cumplo.

La señora no sabía qué decir, qué responder.

* * *

Fue a consultar a la hija.

—Y ahora, eso de casarse, Carmen!... Ve, Carmen!... Tienes que hablar con él.

La aludida se quedó rígida, con un ademán cortado en el aire, sin hablar, sin moverse.

Fue.

Seca, cortante.

—Qué quiere?

—Venga, m'hija... venga, Carmencita.

A ella otra vez le pareció que se desmayaba, tenía la garganta estrangulada; intentó retirarse, huir y pudo gritarle, con una voz desconocida:

—No! no! no!

Sintió su mano en la cintura... La súplica:

—Póngame la manito en la boca, m'hija.

* * *

Se casaron.

El segundo se instaló en la escuela.

Al verano siguiente dormía sus sabrosas siestas bajo la enamada.

Engordó.

El pobre tordillo viejo, arqueado con sus doce arrobas, arrastraba las patas por el callejón en sus idas y vueltas a la comisaría.

Se puso más haragán.

De mañana dormía hasta que el sol estaba alto. Le traían el mate a la cama.

El vino le alargaba y le ahondaba deliciosamente las siestas.

En sus funciones no hacía recorridas como era su deber y el superior hubo de llamarle la atención.

—S'está tan bien en casa! Qué diablo! p'andar bobiando por ahí, al rayo 'el sol,

El primero le interrogó:

—Diga Talero, cuántos años tiene de servicio?

—Pisch... una porretada... dende gurí ando 'e sargento 'e línia, de polecía... A ver: nel 90 con el mayor Brito, estábamo, estábamo nel Arapey... Nel 97 me hicieron alferé en Cerros Blanco... Le debo andar raspando a los treint-años.

—Hombre, se podía jubilar para vivir tranquilo. Sonrió.

—Sabe que no es mala la idea... Lo v-i-a pensar.

* * *

Inició las gestiones y consiguió una pensión bastante discreta.

—Qué caray, con lo que gana Carmencita, la pobre, y estos vintecitos, nos alcanza.

Y duerme sus dilatadas siestas a la sombra ancha de la enramada que el negro, que continúa llamándolo segundo o mi jefe, ha arreglado como una obra de arte, y a donde le trae el cimarrón cebado de "maistro".

* * *

A veces, de tardecita, cuando el campo ya tiene la sombra recogida del anochecer y el lucero se asoma dulce cual si fuera a marcar otro camino de Belén, él toma su eterno mate amargo y repite por centésima vez, a su mujercita:

—Lindo, eh?... se vive lindo...

Cual tras una madura y ponderada reflexión, exclama:

—Es pacífico: yo no me canso 'e decir: el hombre siempre hace falta en una casa.

* * *

Llegan los exámenes y Talero estrena bombacha y saco nuevo, sombrero flamante y fino pañuelo de seda.

Es presentado a las autoridades escolares:

—Mi marido...

El marido de la maestra...

El marido de la maestra asiste a la ceremonia, pero a la siesta se retira a su enramada y repite a los mozos de la ciudad, los examinadores, y a algún vecino o estanciero amigo que asiste a la prueba escolar:

—Lindo, eh?... muy lindo...

Y tiene una bonachona conmoción de padre ante los muchachitos endomingados, ante el gringuito inteligente que papagayea el discurso de ocasión o recita un retórico "Himno a la Bandera" o el "Canto al General Artigas".

—Qué bonito compuesto!

* * *

En realidad no ha pasado tanto tiempo para olvidar el nombre de Juan Talero, que fue segundo comisario de la sección. Sin embargo, no se le conoce sino por "el marido de la maestra".

Desprestigio de oficio...

El debía decirles que cobra su pensioncita, especialmente a esos que, antes que él exprese su optimista apreciación de la vida, le deslizan:

—Lindo, eh?... se vive lindo...

Bah, él sólo sonríe, concluyendo:

—Me la sacó 'e la boca, —y repite calmo, como un eco:

—Lindo... se vi-ve... lin-do.

EL BUEN MOZO DIABLO

El dependiente nuevo del almacén de Benedito era barbero y guitarrista; su patrón y medio pariente le sacaba jugo a todas sus habilidades en su afiebrado apuro de hacer dinero.

Los domingos se organizaba una peluquería al aire libre y la mano blanca del mozo pueblero que echaba abajo marañas de melenas, tusaba ásperas cerdas o destroncaba barbas duras, sabía después correr acariante sobre las cuerdas de la guitarra que le respondía con sus seis armoniosas voces sonoras.

El barberito cantaba también, y lindo.

Mozo despierto y vivaracho sabía modular un estilo, entonar una décima épica, dormirse en una vidalita, y cuando el auditorio se componía sólo de hombres cantaba en extranjero arrevesado, con voces de ventrílocuo, diálogos picarescos, donde cargaba la mano para ser festejado con un estruendo de carcajadas por el auditorio jubiloso.

Cantaba imitando hasta a don Benedito en aquellos cómicos falsetes en que chapurreaba la castilla.

Los gauchos coreaban las gracias y lo hacían beber rebosantes vasos de caña, insistiendo:

—Tomi-algo, amigo... Yo le quiero pagar... Si no aceta, mi ofende!

* * *

[230]

Pronto se volvió el Benjamín del pago. Fue invitado de las estancias y no quedó casa o rancho donde no se hiciera sentir.

En lo de Argüeyo lo tuvieron diariamente.

Y él, allí, donde había tres muchachas, iba con gusto.

Don Demetrio, el dueño de casa, era muy criollo, muy amigo de la guitarra y de los cantos, pero mosqueaba un poco porque Marcelina, la más gurisa de las muchachas, no terminaba nunca de despedirse del gringuito barbero.

—Y las otras, Julia y Fausta, andan siempre tristonas, cuestionando con la más borrega...

Después las cosas cambiaron.

Marcela se encerraba, se ponía uña y carne con Fausta, y Julia, emperifollada, alegre, no acababa sus canciones y tarareos mientras acentuaba su diligencia en los quehaceres domésticos.

El viejo Argüeyo observaba:

—Estas son diabluras del gringuito: mi anda alborotando las chiquilinas.

Continuaba llamándolas con el tierno diminutivo aunque la más chica ya había entrado en los diez y siete y la mayor superase los veintidós.

—... ¡Pero, —seguía el paisano el hilo de su discurso,— que no se refale!...

* * *

El sentenciado hacía rato se había "refalau" y con "cáida".

Noviaba con las tres.

[231]

Y con su pasta de bonhomía, su don simpático, su afabilidad, se había cautivado hasta la amistad de los perros.

—Perdido, Vigilante, Singüeso!

Qué! No precisaba ni nombrarlos; con sólo castañetear los dedos ya andaban los canes arrastrándose, saltándole, haciéndole exageradas fiestas.

Esto explicaba la facilidad con la cual se venía de noche a contarle sus penas "de más cerquita", como le había prometido a Marcelina...

Y vaya si se arribaba!

* * *

Se sucedió otro acto de la comedia.

Ahora era Julia quien lo iba a buscar.

Entonces Argüeyo, olfateando algo, queriéndole son-sacar de mentira a verdad a su cielo, a quien veía tan "caidita", le indagaba zortuno, alargando insinuante las frases:

—¿Qué tiene la-hija?... ¿qué li ha pasauo?... Vamu a ver... cuentelé a su tata viejo... ¿Li han hecho un engaña pichanga comu a los gurise?... Cuentelé a su tata, pues, q'él v-arreglar todo...

...No consiguiendo sino que la muchacha esca-para llorando.

* * *

Pasaba de una a otra la alegría, cual si el amor necesitase hundir sus garras de presa destrozando dos almas para que una tercera fuese feliz, y en la vida opaca de la estanzuela florecía un sueño, mientras hervían recelos, rabias, odios comprimidos.

La casa otrora tranquila se volvía un infierno y los mismos momentos dulces en que la madre enferma, eternamente sentada en un sillón de ruedas,— las muchachas, el padre y algún amigo, rodeaban al picaflor que cantaba, eran amargados de aprensiones o de tristezas.

El era refinadamente artista en su hipocresía de hombre que juega con muchas cartas y si bien las novias estaban a punto de venderse cada vez que la alusión de un verso encendía la esperanza de la preferida del momento, se dominaban las desilusionadas porque el amor siempre tiene una última promesa...

A veces alguna se levantaba inopinadamente e iba a esconder sus lágrimas.

Pero a momentos olvidaban penas y dolores porque la música y la voz mentirosa los alzaba a un plano de un goce superior al de todas sus miserias.

El estilo del desterrado, el compuesto de amor del triste que recuerda el pasado bien, arrancaban emocionados suspiros unánimes, dando al cantor un prestigio sobrenatural de creador de poesía y de sentimiento.

Entonces todos lo amaban.

Hasta el viejo desconfiado, que solucionaba la angustia de su tormento reprochándose:

—Yo me debo estar volviendo medio cegatón hasta pu adentro. No comprendo nada, ni al gringuito azucarau ni a mi gente.

El mozo ignoraba quizá que de su figura arrogante y fuerte, de la regordeta mano blanca temblando sobre las cuerdas de la vihuela, de sus ondea-

dos cabellos que caían sobre la frente amplia cuando acentuaba con la cabeza y todo el cuerpo que se encorvaba un ritmo profundo, emanaba una seducción, donde la poesía, rústica y honda, —tal para aquellas almas,— ejercía un preponderante celestinaje.

* * *

Don Demetrio Argüeyo, más fácil, como es lógico suponer, a independizarse del sortilegio, se devanaba los sesos en deducciones, proyectos y planos...

Dado que del interrogar a sus hijas no sacaba algún resultado, y pese a que el procedimiento le repugnaba, se decidió a espiar.

.....

—Hijuna gran!... Si habían sido bandidos!

No habían enseñado a su perro de mayor confianza, al Singüeso, a hacer de chasque? No lo había descubierta él una siesta, con una esquila en la boca trotando para el boliche?

—Singüeso! Singüeso!

No quería venir el perro bandido.

—Es alarife com'un cristiano, no pudo él menos que elogiarlo.

El can ágil y elegante con algo de danés y de galgo, corto el pelo lustroso y amarillo hasta parecer pintado y barnizado, estaba como en expectativa mirando al patrón viejo con sus ojos claros y limpios.

El amo enistró el arreador.

—Venga, ajo!, lo mando.

El Singüeso se tiró al suelo, se arrastró y él tuvo que cruzarlo de revés y derecha, con dos azotes de

romperle las costillas, para que el mensajero dejara caer la misiva y huyese aullando, doblándose de dolor, con el rabo entre las piernas.

—Alcagüete, gancharo!... Sabés lo qui hacés y sabés qui hacés mal, sí!

Argüeyo alzó el papelito y al tranco de su caballo, que, sin él notarlo, giró sobre sí mismo volviendo hacia las casas, trató de descifrar su contenido.

¡Qué diablos! no entendía nada.

Sabía formar su nombre, escribir números y algunas palabras con grandes letras de imprenta de las cuales siempre se había de comer alguna. Conocía los números, las cifras, pero no pasaba de ahí.

—Q... Q... debe decir: querido... dejuro... Sí, y es pal gringuito barbero. No precisa mucho cacume pa colegirlo.

Más que leer la J de Julia la presintió, por la manera de ésta, pizpireta y alegre a la hora del almuerzo. No había duda.

.....

Cuando alzó la cabeza estaba bajo la sombra de sus ombúes.

Miró.

Tenía enfrente a la muchacha, con cara de asustada, esperando quién sabe qué catástrofe, habiendo visto el retorno imprevisto y lamentable de su emisario, el Singüeso.

El padre, cual si quisiera cerciorarse de una verdad por demás evidente, la llamó en voz alta por el nombre:

—Julia!

—Señor...

—Arrímese, pues; agarre su carta.

Su mirada dura no pudo menos que volverse tierna como su acento:

—Digamé, m'hija, es usted, no... la qui anda noviando con el barberito?

La interrogada bajó los ojos.

El le previno ambiguamente:

—Tenga cuidau, eh...

De un tirón de las riendas dio vuelta su pingo y salió al galope en dirección al boliche, que ahí cerquita lindaba con su campo.

Llegó como un rayo al almacén, desmontó ágil y alzándose sobre los hombros el poncho, quebrándose sobre la frente el ala del chambergo, entró.

Entró sin quitarse el revólver y el cuchillo en la habitual costumbre de los paisanos al llegar a un comercio y, sin saludar, lo que sorprendió sobremañera, invitó:

—Vamu a ver, mocito, don Fidel salga p'ajuera que lo tengo qui hablar!

Una sensación de pasmo corrió por la concurrencia.

A Benedito se le trabó la lengua:

—Ma... ma... ma...

Al dependiente debe haberle vivoreado, como una centella, un calambre frío por las pantorrillas; se quedó blanco, cual si se hubiese vaciado de sangre, revolvió los ojos limosneando una frase, un aliento, un consejo y de miedo de parecer asustado, levantó el ala móvil del mostrador, intentó hablar —sin éxito— y salió, automático, siguiendo al paisano.

La clientela ya reaccionaba.

Benedito, las lágrimas en los ojos, en las palabras, con su vocécita aflautada, completó la frase que no quería decir "mama" como lo echaba en cara un gaucho.

—Ma... qué sucede?...

Y luego suplicó, ansioso:

—No los dequen solo!

Alguien iba a ir hacia afuera.

Un indio grandote cerró con su corpachón la puerta:

—Loj-hombre si arreglan entr'ello... Argüeyo no le v'a pegar di atrás.

.....

Discutieron.

Fidel está desarmau.

Ya salían.

Se previnieron inútilmente.

El gringuito barbero volvía moviendo la cabeza en un gesto de quien recién termina de tragar una cosa que se le había atravesado en el garguero.

* * *

Argüeyo le había echado en cara, tajeante:

—Ya sé qui anda noviando con m'hija Julia...

¡Asina no si hace, sabe! Ella tiene padre... ¡Hay que ser más derecho!

Y le previno como en una amenaza:

—Tenga cuidau, eh!

Se explicaba que, tras tan lacónico diálogo, los pacificadores no tuvieron tiempo ni de asistir a su desarrollo.

Argüeyo, pasada la calentura, volvió adentro e invitó a una partida de casín.

La atención del juego alejó el incidente.

Las chuscadas y dicharachos rodaban y rebotaban como las bolas de marfil y el "chiquilín" amarillo que a momentos barría la "leña" o se iban "pa su cueva", como el peludo, entre el comentario jaranero de la paisanada.

Benedito, apuntaba y, como juzgando un golpe, entraba a tallar:

—Ma... ma.

El gaucho socarrón le repetía su judiada:

—Mama!... Ahí no-más el italiano salió llamando a la mama...

... Hasta el punto que el comerciante debió protestar:

—Ma... quiere decarse de coder!

* * *

Corría el tiempo y el gaucho, tranquilizado, dejaba, como él decía, "madurar los eventos".

Los amores con Julia solucionarían todas las cuestiones, hasta aquel sordo descontento que minaba su casa.

Pero el mocito venía, cantaba, reía, se iba y no se resolvía a nada. No pedía la muchacha, respetando la tradición del novio oficial que hace sus visitas, trae el anillo de compromiso y fija un plazo, aunque sea largo, para realizar el casorio.

* * *

El criollo, contando seguro con la natural finalidad de las relaciones, hacía la vista gorda con alguna tardanza en las visitas del barbero y con las interminables despedidas.

Pero, amigo, o él había visto mal, —estaría mismo medio cegatón?— o era Marcelina la que estaba prendida, como saguaipé al queso, con el dependiente.

Otra vez, ahora no se engañaba, lo encontró de mano dada con Fausta.

.....

—Canejo! v-i-a tener que pegarle otro sofrenón!

* * *

Las mucháchas se hacían una guerra cruel y terrible, queriendo arrebatarse la "simpatía" que se había transformado de novio en amante colectivo.

El las satisfacía, las conformaba, atenuando los celos, fingiendo enojos, repitiendo promesas, dulces engaños.

Con su exuberancia juvenil y meridional repartía pródigamente besos y caricias y se explicaba que anduviese "chupau" como un alguacil.

Como un hueso entre perros hambrientos, ellas se lo disputaban.

Y las dentelladas, los tarascones eran aquellos "chokes", chismes y "desageraciones" que se acumulaban, cambiándose continuamente las alianzas que complotaban contra la favorita.

A ésta, a aquélla, le daba por ir a lavar sola, mientras las otras le sacaban lonjas.

A veces no podían evitarse las palabras, los gritos, los lloros.

Y aquel mar turbio de ansias y pasiones se revolvió a los pies del padre inquieto e iba a sacudir y atormentar a la vieja madre inválida.

* * *

—Es el demonio en casa! lamentaba Argüeyo, yo no sé que v-i-a tener qui hacer...

* * *

Fidelito mimado, adorado, cultivaba sus caprichos y cuando la frescura de Marcelina, o la pasividad cariciosa de la indolente Julia lo hastiaban, buscaba el fuego y la nerviosidad de Fausta, llama viva con sus ojos negros, su boca encendida y sus cabellos crespos, donde él quemaba el exceso de su vitalidad.

Si lo hubieran dejado hablar, —y era tan ladino que se hubiese desempeñado como un "doctor"—, él hubiese justificado aquella triple actividad, cuyo mérito esencial era el de hacer frente, y saliendo airoso, aunque medio aplastado,— a las tres dulces enemigas.

* * *

Pero aquello había de tener su fin.

Casi simultáneamente a una misteriosa enfermedad de Julia, que andaba haciendo viajes al rancho de una médica del pago, empezó a notarse la pesadez de Marcelina, que se descomponía del estómago, perdía el apetito y, dato infalible, se le empezó a llenar la cara de "paños".

La muchacha se confió con la madre y ésta buscaba la coyuntura de enterar a su marido cuando, en una angarilla improvisada, una extraña procesión de paisanos trajo a Julia inerte, desangrada, víctima de los torpes manejos de la curandera.

Argüeyo conoció la novedad de su muchacha menor aún anonadado por la pérdida de su otra hija.

(Y gracias que Fausta debía ser machorra!).

Amarillo, de repente atordillado, cual si las canas que temerían ser manchadas no hubieran podido esperar más y lo hubiesen atropellado de golpe: más aviejado en la sombra de sus ropas de luto, de las zapatillas a la camisa, ovó la confianza de su patrona lisiada y, después de sorprenderse:

—Ah!... yo había desconfiau... pero no quería, no podía crer!

... prometió solemnemente:

—Ahura v-i-a dentrar yo... V-i-arreglar todo y prontito, eh!... El hombre debe ser hombre... Yo tamién juí mozo, hice mis diabluras, pero todo tiene su fin...

Este se ha encarnizau a embromarnos, pero le v'a salir la torta un pan.

Y se fue al patio, a pensar, pues ahora no era el caso de montar a caballo e ir a media rienda al almacén a dejar todo en nada.

El Singüeso se le arrimó moviendo la cola y él, rabioso, le dio un puntapié acompañado de una frase despectiva:

—Juera m!...

El perro se quejó y, porque por allá adentro sintió el lloro de las mujeres, las empezó a acompañar con sus aullidos lamentables, dando el tono del triste concierto a los otros canes.

* * *

Cavilaba Argüeyo.

¿Iría a hablarle a Benedito? Se podría contener si lo agarraba solo al Fidel, al buen mozo diablo?

Ahora sí se tenía desconfianza y no quería hacer una barbaridad.

—Pa eso siempre hay tiempo.

Cual si hiciera un resumen del pasado se acordaba de las tardes en que el guitarrero hacía galas de sus habilidades, de los "rendivuses" de las muchachas, del día de la escuela del Singüeso, de la finadita asustada y del naco del sinvergüenza cuando lo sacó para afuera en el boliche:

—Sé qui anda noviando con m'hija Julia... Tenga cuidau, eh!

.....

—Perdulario!... Le hubiese encajau un mangazo nel medio 'e las aspas, derecho viejo.

No iba a ir otra vez así:

—Sé qui anda noviando con m'hija Marcela...

Ahora...

—Marcelina! —reclamó de pronto— venga p'acá! Pálida, desencajada, se le acercó la paisanita.

—Tata... y temblaban las lágrimas entre las dos sílabas de la expresión familiar y cariñosa.

El se enterneció:

—Pobrecita, m'hija... Yo sé qui ust'es güena... Digamé, él, el mocito, viene de noche?

.....

—Hable, m'hija, hable q'es pa su bien... digalé a su tata que tiene qui aclarar todo... Qué le v-i-hacer a usté?!... Viene el hombre?

—Sí, señor... venía...

—Y ahura?

—No sé, mi había dicho 'e venir...

—Es muy ladino, eh?...

—Pero, tata!... preveía ella los peligros que pudieran amenazarlo.

—No tenga miedo, m'hijita. Todo v'a salir como con la mano.

—Si usted quiere, yo m'encargo...

—No! Usted no es ninguna güerfanita, ni abandonada nel callejón que no tenga quien le saque la cara!

—Pero, tata, usted se puede cegar.

—Pierda cuidau, que yo v-i-a ver bien, como los gato, hasta en la escuridá.

—Dejeló pa mañana, si le parece.

—Pa mañana se deja pa cruzar los arroyos crecidos... Vaya no-más... que su padre es viejo y curtido y sabe lo qui hace.

* * *

Su proyecto era simple: caería el pájaro y quedaría encerrado en la jaula... El no quería cuestiones:

—Prosiar al fiudo y sacarse del pescuezo l'armada 'el lazo...

Iría a ver a don Ivandro Martínez, el juez, que era su amigo, se campearían dos vecinos para testigos y allí no más se iba a casar, "a las güenas..." y sonreía entre su amargura...

—Vamu a tener un nieto...

Y le volvía, como una garra estrujándole el pecho, el recuerdo de la otra novia, de la hija muerta.

* * *

En la cocina, en cuclillas al lado del fogón, junto a su único empleado y hombre de confianza, un negro viejo que se había criado con él, mateaban.

La familia dormía.

Se habían extinguido las luces de las cuatro o cinco poblaciones que se divisaban a lo lejos; lo de Carballo, la escuela, la estancia del alemán Werner, el almacén de Benedito.

La noche extática, llena de estrellas, lucía una especie de neblina luminosa que daba la ilusión de la claridad.

Un silencio ancho ponía sordina al hervor de pequeños rumores campesinos, palpitar de la entraña del campo, que se esperaba iniciara el crescendo de su sinfonía.

Alguna comadreja se estiraba al olor de las gallinas que cacarearon sus temores entre la esponja azul del ombú calmo.

Los zorros anunciaban sus salidas entre los cerros de piedra.

Las lechuzas pasábanse santoseñas de graznidos, en competencia con los teruteros que se plagiaban sus mensajes.

Y los perros, con una tenacidad monótona y triste, desenredada en ecos opacos, golpeaban ladridos acompañados.

.....

El fogón, con su braserío semi-sofocado por la ceniza, ponía en medio de la cocina una mancha anaranjada.

Los dos hombres perdidos entre el agua turbia de la sombra, sigilosos, callados como dos espectros, se adivinaban al alcanzarse el mate.

* * *

Unos teruteros desdoblaron las dos sílabas de sus alertas.

Ladraron enfurecidos los perros; se sintieron hacer sus atropelladas...

Y ya se calmaron como por encanto.

Era evidente el arribo de un conocido.

—Ese Singüeso!, amenazó Argüeyo, olvidando la complicidad de los otros canes.

Sintiéronse unos pasos firmes, despreocupados.

Una sombra avanzaba rápida, decidida.

El hombre marchaba por tierra conquistada.

Como Pedro por su casa...

El negro se incorporó a medias, cual si se preparase para saltar; luego preguntó:

—Lo paro?... Qui has pensau?

—Vamu a dejarlo, mandó el patrón.

Fidel pasaba frente a ellos.

Cuando el viejo, sacando la cabeza por la puerta de la cocina, se estiró para observarlo, ya se había abierto y cerrado —engulléndolo— una puerta donde lo esperaban.

Oh!, exclamó entre indignado y sorprendido el gaucho... y se corrigió:

—Me habré equivocado!

Ordenó al peón:

—Ensilame el malacara, sin hacer ruido.

* * *

Una luz, como una guñada, se encendió y se extinguió en el cuarto de Marcela.

Chillaron los goznes de una ventana que se abría. La enamorada impaciente se debía asomar.

Entonces a don Demetrio, que precisaba bien esos movimientos, se le perfiló una duda imprevista, ofensiva como un insulto.

No pudo contener su indignación:

—Pueblera y gringo! Hijunagran!

Se rai de mí... Me cre un consentido!...

Ha tomau mi casa por quilombo!

Pero nu-hay que cegarse... trató de serenarse él mismo. Y con agilidad y cautela de gato se pegó a la sombra más intensa de los muros y rodeó la casa.

La muchacha, que esperaba ansiosa, contuvo un grito de espanto cuando él se le aproximó:

—Qui hace m'hija?

—Tata, qué susto!... No podía dormir por la calor.

—Y el hombre?

—No sé...

—No sentiste ruido? Chumbar de los perros?

—No, señor...

—Me mentís?

Ella, intuyendo un peligro, suplicó:

—Tata, no li-haga nada... si viene.

—Ah, no está ahí?

—No.

—M'hija, nu engañe a su padre!

El diálogo se mantenía a media voz y el viejo, en quien la ofensa de la actitud del buen mozo diablo punzaba como una herida con fiebre, se había llenado de solemnidad, haciendo densa de significación la última frase cual si repitiera un evangelio.

Al padre no se engaña.

La hija, cohibida, acentuando más en su falta el tradicional respeto al genitor, influenciada por sus ideas, por su estado, por el misterio latente de la noche, tuvo necesidad de salir de lo real y de lo tangible para concretar su veracidad.

—Tata, le juro por el alma...

La muchacha ahogó el discurso. Un respeto religioso le impidió no incomodar la sombra santa.

A su invocación podía aparecerse. Pero su frase —como en su alma— debe haberse completado en la del padre.

Pareció los hubiese helado un soplo de más allá. Un ente impalpable, blanco, espectral, el ánima de la pobre Julia, había cruzado entre ellos.

Marcela se santiguó y empezó a gemir bajo, cual si no fuera a terminar nunca de llorar su pena eterna. Argüeyo estuvo un segundo indeciso; quizá temía que la emoción le volviese temblantes las palabras, destilando lágrimas... Por fin le recomendó:

—Vaya pa dentro, m'hijita, acuestesé... Salga de hai que le puede hacer mal el relente 'e la noche... Cuidesé, m'hijita.

Y, con precauciones para que no lo sintieran, se volvió a la cocina.

Encontró al negro, que le anunció:

—Ta ensillau.

—Mirá, desensillalo.

—Güe!

—Cambié d'idea... Ensillá el moro tuyo que me vas-hacer un mandau...

—Güeno...

* * *

Don Demetrio quedó solo de nuevo.

Como un autómeta, se cebó un mate frío y lo escupió.

La dilatada posición en cuclillas le acalambió las piernas.

Le quemaban los ojos y le dolía la cabeza cual si se le fuera a abrir.

Se quitó el sombrero e intentó fijar, ordenar sus ideas.

—Es fierísimo todú-esto... Mal'ación!, muy mal 'ación! Se juega así, entonce?... No, no, mi amigo... El mocito llega, s'enamora di una, li hace los

bajo... Se la consigue —esto se le hacía cuesta arriba, aún monologándose— después la tira pa un laú; agarra lá-utra p'al estropajo... después lá-utra, como tigre cebau en la majada... Vea la Julia, la pobrecita... Ella me juró por su alma...

Un escalofrío le anunciaba la visita de su hija... Entraba: transparente, desangrada y triste, con la desolación enorme de la madre a quien se le ha robado la gracia divina de sentir el hijo...

Ella lo miraba con sus ojos sin brillo y le pedía que no le pegase al Singüeso:

—Es un animal; qué sabe lo qui hace?

Y le historió la paciencia que había tenido para amaestrarlo en hacer de chasque.

Después se acercó más, atizó el fuego, le quiso cebar un mate.

El le previno:

—Ta la yerba vieja, m'hija.

.....

El ánima le ponía una cuarta a sus pensamientos: —...No ve lo qui hace aura, tata... Es malo, eh?...

—Sí, voy viendo... Hay que darle una lición...

Un trafoguero empezó a soplarle a la cara un humo que parecía de mata-ojo; entonces él se hizo a un lado, hacia la silueta blanca que cedía como una niebla helada...

Estiró una mano —quizá para constatar la real existencia de la aparición— y tocó una cosa dura y fría.

Con las mandíbulas agarrotadas de terror, sintió la necesidad de hablar, de liberarse de la pesadilla, y se le ocurrió preguntar:

—Sos vos, Sigifredo?

Silencio.

Se repuso.

Alzó aquello que había tocado. Era una barreta. La empuñó con ambas manos.

Entraba su peón, que anunció, lacónico:

—Ta.

* * *

El negro se acomodó en cuclillas, removi6 el fuego, lo sopló paciente reflejando en el bronce oscuro de su cara el resplandor de las brasas.

Acomodó la caldera y preguntó:

—Lu-ensillo? Querés matiar?

El repitió su advertencia:

—Ta la yerba vieja.

El moreno vaciaba el mate y se alternaron sucesivamente el olor de la yerba recocida y mojada y el más áspero y agradable de la yerba nueva.

Argüeyo reveló la novedad.

—Tuvo Julia, sabés... Su ánima anda penando...

Yo mi asusté un poco... Y nu es pa menos... Mi-habló del Singüeso y... y... del mocito... Yo quería preguntarle: qué querés qui haga? pero se mi atravesaban otras idea y no las tenía todas conmigo, no sé... La custión jué que mi arrimé un poco y cuando quise acordar tenía la barreta entre las manos y ella si había ido... y vos llegaste.

El oyente, por todo comentario, cual si aquello fuese la cosa más normal del mundo, pronunció un lento:

—Ah!... y programó: tenemo que prenderle un cabito 'e vela.

Se ensimismaron los hombres en sus pensamientos.

El patrón rompió el silencio:

—Hará mas di hora que vino?

El interrogado, seguro de que entendía la pregunta:

—Carculo que más de dos.

—Dormirá?

—Dejuro.

—Sabés que ya nu es con Marcelina...

—Ah!

Don Demetrio se incorporó ágil. Encendió el yesquero y con la barreta casi sobre el hombro, como un fusil, salió.

El peón ni siquiera le preguntó: qué vas a hacer?

—Pa qué?, monologó... Por si acaso no sabe lo qui hace...

El viejo pensaba saltar la ventana que el mozo, confiado hasta el exceso, seguro la habría dejado abierta.

Desde que entraba como en la casa de él!

Argüeyo apretó nervioso y con rabia su arma feroz; raspándole en pinchazos sucesivos, como un alambre espinado, una idea le pasó y le repasó por el cerebro:

—Comu es el cojudo 'e la manada!... Cojudo 'e la manada! Cojudo 'e la manada!

—No te digo!

Había dejado la puerta apenas arrimada.

El se descalzó y al entrar sopló la yesca. Por suerte, que si no los pisa.

Los amantes habían improvisado cama en el suelo.

Destapados, las piernas fuera del colchón, descansaban rendidos de sus juegos de amor.

Fausta, atrollada, lo que hacía resaltar la línea de la cadera y el muslo, apretaba entre sus piernas una mano de él.

Desnudo, despatarrado obscenamente, el gringuito barbero roncaba sonoramente, boca arriba.

De afuera, el negro, que se había venido por si fuera necesario dar una manito, sintió el golpe seco de la barreta que apagó los bríos del gallito y en seguida el chillido agudo y demente de la amante que embistió furibunda, como una fiera.

El padre le tiró un manotón a la garganta:

—Callesé, la grandísima yegua!

Ella saltó hacia la puerta y pasó como un torbellino delante del peón que la vio perderse en la noche, a los gritos.

Ladraron unánimes los perros, se alborotaron las gallinas y Marcelina, recordada de sobresalto, comenzó a llamar a su padre:

—¡Tata! ¡Tata! ¡Tata!

* * *

Argüeyo, aún descalzo, fue a buscar un puñado de libras que entregó a Sigifredo:

—No te digo nada... Rumbiá pal lau del Brasil, pa San Pedrito... Y se dieron la mano.

* * *

—¡Tata! ¡Tata!, lo alcanzaron los llamados de Marcelina.

El fue por un poncho y la vino a buscar.

—Venga, hija; acompáñela a su madre.

La muchacha no se animaba a hacerle una pregunta concreta.

Por fin atrevió un:

—Qué fue?... Fausta?... Le pegó, tata?

—Le andaba jugando sucio, m'hija.

—Y?... y él?!

—El?

—Sí!

—Ah, él...

—Sí, tata, le hizo algo? Estaba con ella?

Eludía la respuesta:

—Era un mocito diablo, m'hija.

—Entonce juyó?, se esperanzaba la angustiada.

El la miró con una ternura y un cansancio que a poco lo hace revelar la verdad.

Después, cual si no quisiera agregar una mentira más a su falta, aprobó, ambiguo:

—Juyó.

* * *

La hizo acostarse junto a la madre que suspiraba en la penumbra de la habitación:

—Se ahuga uno!... Qué noche!

.....

—Has visto cómo lloraban los perros? Qué augurio es éste?

—Vay'a saber.

—Lloran como si hubiese un muerto!...

El paisano se sintió erizar todo.

Habían apagado la humosa vela de sebo.

Los canes redoblaban sus aullidos.

Argüeyo, en su lecho, daba vueltas para un lado y otro, sin encontrar acomodo, sin una pizca de sueño.

Veía al negro galopando acompasado por los callejones; abriendo porteras, atravesando campos, montes y cañadas...

—Aura debe dir por el cerro Travieso... Hay mucha piedra, pero el moro es güeno y duro 'e vasos... Aura...

Fausta seguía corriendo descalza, la cabellera al aire...

—Gritará tuavía?... Y p'ande ha rumbiau? Caray! si es p'al lau de la comisaría me ha embromau... Le hubiese encajau a ella también... A ella?... Es m'hija. Sí, es m'hija, pero quién la manda ser tan cabra...

La enferma ya había repetido, tres, cuatro veces, bajo, como un susurro:

—Y Fausta? Y m'hija? Y Fausta?

—Deje dormir, pues, protestó él, con energía insólita.

Marcelina se puso a llorar despacito, despacito, gimiendo sentida y por eso parecía su llanto más desolado...

Su pena se expandía, se filtraba en las almas, como en la tierra las lloviznas lentas, lentas y largas...

Los suspiros de la madre parecían también un sollozo.

Y esos perros, esos perros que escarbaban el suelo, chumbaban a las sombras y gimoteaban como cristianos!

Todos presentían la muerte.

El muerto!

El gaucho no podía más.

—Qué hay, m'hija?

—No sé, tata, no sé...

—Cómo no sé y dele a jeremiar!, cortó él, áspero.

—No sé, tata... mi ha dentrau una tristeza, una ansia... M'estau mordiendo, no quería llorar, pero no puedo, tata, no puedo más!

La enferma la consolaba entre su llanto.

El se tiró de la cama y rodeando la casa se detuvo frente a la boca sombría de la cocina.

Miró las estrellas mortecinas, altas.

—Será lá-una.

Entró, se sentó junto al fogón y como por instinto removió el montón de tizones. Algún amarillo duro conservaba aún un poco de fuego.

Pensó en el mate y, cosa rara en él, no sintió deseos de matear.

.....

Hacía esfuerzos por mantener abiertos los ojos que se le cerraban y estaban como encandilados de visiones: Sigifredo galopaba incansable; Fausta huía, en el aire, sin tocar el pasto plateado de rocío y el mocito ahí estaba, abierto de piernas, irreconocible con la cabeza rota y el rostro deformado... Después vino la sombra blanca y fría de la finadita y él sintió su mirada dulce en la cual sin embargo temía adivinar un reproche.

—Perdón, m'hijita... Uno es jombre!...

Luego le pareció que Julia le encargó:

—Priéndale un cabito 'e vela, tata.

—Sí, m'hija.

Y debió haberlo hecho.

.....

Los canes enmudecieron.

El Singüeso, deshecho, aburrido de aullar al misterio, entró despacito a la cocina y se arrimó al patrón a lamerle las manos.

El suspiró.

Viéndolo vencido de cansancio, el sueño aprovechó para doblarlo como una cosa marchita que se repliega sobre sí misma.

* * *

El sol ya estaba alto cuando un ladrar de los perros despertó a don Demetrio, que se alzó acalabrado, dolorido de su violenta posición.

Un tape, peón del almacén de Benedito, espantaba los canes:

—Ya! disgraciaus! Juera, perros!, y preguntaba a gritos:

—No me lu han visto a don Fidel?

El gaucho lo miró como si no entendiera la interrogación.

El mensajero repitió y completó su recado:

—Manda decir mi patrón, el bolichero don Benedito, si no me lu ha visto a don Fidel?

—El gringuito barbero?

—Sí, señor...

Absorbieron al gaucho sus pensamientos y sus reflexiones:

—Caray! v-i-a tener que dir a decirle algo al comisario...

En una d'esas mi agarran.

¿Nu habrá ido Fausta ya?

.....

Corrían los minutos y el indiecito, cansado de esperar una respuesta, medio echado sobre su petizo lo miraba, lo miraba, hasta que se resolvió, despacito, a dar vuelta su cabalgadura y alejarse, no sin antes, para llevar la conciencia tranquila de haber cumplido con su deber, volver a preguntar y esta vez a gritos, como si se las viera con un sordo:

—Nu me lu ha visto a don Fidelito?

.....

Cual si necesitase una prueba concreta de la tragedia, que no reconstruía sino entre vaguedades de niebla, se acercó con precaución a la pieza de Fausta y miró, miró con lástima al pobre mozo.

Lo miró con lástima como si no hubiese sido él quien lo asesinara o cual si el hecho obedeciera a un mandato ineludible, a una fatalidad.

Buscó algo en torno al difunto.

—Y la vela?

No la había encendido él, anoche?

Antes de ir por una, en cristiano deber, sacó de su bolsillo un pañuelo y tapó el rostro del difunto sobre el cual zumbaban las moscas verdes.

* * *

Dentro se sintieron unos gritos horribles, unos alaridos de dolor y llegó a sus oídos el reclamo:

—¡Demetrio! ¡Demetrio!

de su patrona.

El corrió, con su cabeza siempre llena de vaguedad.

En la semiluz de la habitación descubrió a su mujer que, en el lecho, trataba de contener a Marcela que se retorció de dolor y chillaba atenazada por las ansias del parto.

—Pronto, viejo, and'á buscar la partera!

El salió como loco.

Enfrenó el malacara, lo saltó en pelo y animándolo, taloneándolo, lo incitó a la carrera.

No estaba lejos el rancho de la comadrona.

El la previno de golpe, como si le saliese una sola frase de la boca:

—La hija sale de cuidau, corra, Doña!

—Y ¿cómo?, preguntó la parda, pesada y vejancóna.

—Monte en mi caballo q'es una oveja.

Ella titubeó, aún chupando su mate dulce.

El se lo tomó de la mano, arrimó un cajón y la alzó con un esfuerzo que lo hizo gemir de ansia.

La paisana, ya a horcajadas, con las faldas revueltas, al aire las pantorrillas amorcilladas, rió, pero, decidida, cerró piernas y partió al trote largo.

El trató de correrle un poco al lado y, como si dudara de no llegar a tiempo, quizá temiendo que el comisario saliese a cortar el paso, le recomendó:

—Si es machito, doña Nora, si es varón, que le pongan Fidelito!

Aquello lo conmovió.

Le nació en el alma, y se la llenó toda como una burbuja dulce y dolorosa, una especie de ola de ternura.

Fidelito! El nieto!

Y ya le pareció verlo tocando la guitarra, cantando, ladino, buen mozo y diablo...

Engañando muchachas...

.....

—¡Qué diantre!

DE
"MONTEVIDEO Y SU CERRO"
(1928)

20 BLASCO IBAÑEZ

No soy muy amigo de las visitas a los artistas y hombres célebres, y no por el temor muy romántico de las decepciones, sino porque efectúo entrevistas imaginativas más pintorescas, sabrosas y cómodas.

El aspecto físico de Paul Valéry, de Luigi Pirandello o de Pío Baroja es de poca monta y, sin duda, lo más interesante que nos pueden decir lo encontramos o debe estar en sus versos, sus comedias o sus novelas.

No poseo esa curiosidad de saber de qué se rodea el hombre superior, y desconfío de las breves y superficiales entrevistas de veinte o treinta minutos.

Con todo, estaba en Niza cansado de azul, de blanco y de limpieza y, no sé si por contraste, se me ocurrió ir a ver a don Vicente Blasco Ibáñez.

Le hice cuatro líneas: "Admirado maestro: Me encuentro a un paso de su casa y aprovechando su gentil ofrecimiento (él nunca me había ofrecido nada), quiero cumplir con el deber y tener el honor de presentarle mis respetos. Sirvase, etc., etc."

El *groom* del hotel interrumpió mi almuerzo con la respuesta de un secretario, quien me anunciaba que el autor de "Los cuatro jinetes del Apocalipsis" me concedería una breve audiencia a las dos de la tarde. Me aconsejaba la conveniencia de meterme el *smoking*

porque el ilustre hombre sentaba ese día a su mesa a Bukarini, al novelista inglés Maklof, a un príncipe indio, a don Miguel de Unamuno y a diversas señoras.

Suspendí mi segunda botellita de vino de Orvieto, ya que me interesaba ir bien despejado, y fui a hacer mis preparativos.

El día era ligeramente cálido, y esos azules escandalosos del mar y del cielo convenían a los montes policromos y a la languidez de las palmeras.

Aquella gente que debía almorzar en una terraza blanca, entre la pompa florida de Mentón, con la luz lírica del Mediterráneo y el cielo meridional en los ojos y en el alma, debía ser feliz.

A mí se me contagiaba su júbilo, y apresurábame por ver si era introducido al ágape y podía participar, más que del burbujeo del champán, de la gracia ligera de las amenas charlas de la fiesta.

Ya me esperaba el auto. Salté a él gritando órdenes, y la máquina, del primer bocado, se tragó íntegra la "Promenade des Anglais". Como en un sueño lucía la carretera, los cristales del mar, la "féerie" de las villas coloridas entre sus verdes y sus flores.

Mentón. Villa Fontanarosa.

Timbre. Lacayo. Y luego una espera incongruente inacabable.

Se habrán olvidado de mí?

Adiós mi príncipe indio, mi ruso Bukarini, las elegantes y curiosas señoras, el novelista inglés, mi Don Miguel... El champán...

Era como para dormirse.

A las mil y quinientas, un servidor me hizo una seña.

Lo seguí.

Atravesamos una serie de salones, de estancias, de "verande" y diciéndome:

—Sírvase tomar asiento...

me introdujo en un vasto y magnífico estudio en penumbra.

Los grandes ventanales deberían abrirse sobre los maravillosos paisajes de la Cote d'Azur... Esos anaqueles altísimos repletos de libros, serían la fuente y el deleite del literato... Los cuadros tendrían firmas célebres... La amplia mesa debía conocer la fiebre ilusionada y creadora del mago de "Luna Benamor", del colorista de "Entre naranjos", del combativo de "La Catedral"...

El escritorio tomaba ante mis ojos un carácter de templo.

.....

Un ronquido me hizo reparar en un rincón sombrío.

En una fastuosa poltrona de cuero dormía un hombre.

Vestía con elegancia; era pingüe; descubrí unas hebras de plata en su cabellera; en una mano desgonzada humeaba un aromado habano.

Era don Vicente Blasco Ibáñez!

Me puse de pie, respetuoso.

Me incliné, murmuré unas frases.

El continuaba durmiendo.

.....

Famosa entrevista!

.....

Me dije:

—Observémoslo.

Con sorpresa noté que más lejos dormía otro hombre.

Me acerqué en puntillas.

Pero si era el mismo don Vicente Blasco Ibáñez, vestido de otra manera!

Resolví: será un hermano...

En otro rincón había otro, más allá otro, junto a mí, atrás...

Conté veinte!

Aquello era fantástico.

Cómo era eso?

Y el mundo no sabía que existían 20 Blasco Ibáñez?...

Noté que todos diferían en la indumentaria, y asimismo en el gesto, en la dulzura, en la rudeza, en lo áspero, en lo calmo, en la violencia, en lo frío, en lo comunicativo de las facciones.

Quise identificarlos.

Este es el Blasco Ibáñez idealista; éste el colono; éste el revolucionario; éste el novelista; éste el historiador; éste el traficante; éste el restacuerdo; y así el burgués pacífico, el tenorio, el filibustero, el romántico, el leal, el traidor...

Cómo me las arreglo?... A quién hablo? A cuál Blasco Ibáñez me dirijo...?

Pero en ese momento cesaron los ronquidos y los Blasco Ibáñez encendieron el habano, la pipa, el ciga-

rrillo, la tagarnina, y empezaron a desperezarse en todos los tonos de la escala social.

Yo me hice pequeñito, tratando de disimularme entre la humareda.

Los Vicentes comenzaron a hablar; alzaban la voz para hacerse entender o para dominarse; gritaban, se apasionaban.

Uno hacía cálculos; otro apuntes; otro protestaba porque la Argentina pagó poco; aquél reía de Méjico. Uno suspiraba; el de más allá, cínico, lamentaba: Estados Unidos me hubiera dado veinte dólares por línea para atacar a Sud América... El novelista escribía; el hombre práctico planeaba empresas. El psicólogo se observaba, se contraloreaba, se vigilaba...

Más allá un Blasco, encendido como una tea, inquieto y aventurero, comenzó a vociferar contra Mussolini, contra Alfonso XIII y a decir incendios del lamentable Marqués de Estella.

Seis Blascos intentaron hacerlo callar.

—Imbécil! Qué propagandas subversivas!

—Eh, lo que nos costaría editar un millón de folletos, introducirlos de contrabando con aeroplanos!

—No! No! No!

—Los editores italianos nos dicen: "porco anti-fascista"!

Y la voz del agitador romántico cubría el tumulto:

—Nos debemos a la Humanidad! La libertad es el cielo de nuestras alas!

—Calle el utopista!

—Fuera el loco!

—Examinemos el negocio... , insistía la cordura práctica.

La confusión llegaba al punto máximo. Como sucede entre los hombres y los pueblos, cuando no encuentran otro camino para entenderse, los Vicentes se decidieron a encargar a la fuerza la solución de sus controversias.

Y fue la conflagración.

Se embistieron, se golpearon, se liaron en luchas feroces entre imprecaciones, bufidos, insultos y gritos de fe.

—Viva la libertad!

—Viva el orden!

—Muera el socialismo!

—Abajo los burgueses!

.....

Yo temblaba, mientras me hacía invisible, intangible, contra los muebles.

Un Vicente dictaba, un Vicente escribía, un Vicente ponía las cosas en orden, un Vicente tenía la cara bañada en lágrimas mientras pagaba los folletos y financiaba no sé qué revoluciones, un Vicente sonreía a unos dividendos, un Vicente guiñaba el ojo a una bailarina...

Diez Vicentes conservadores se complotaron para arrojar por el balcón al más viejo, y que, sin embargo, se conservaba más joven, de los Vicentes, al subversivo juvenil de Valencia; otro, que debía ser el "meteur en scène", lo impidió:

—No, señor; los personajes, para dar todo su resultado, deben salir a tiempo.

El hombre de ideas protestó, vehemente, llevándose la mano al pecho:

—Yo soy sincero!

Los otros, unánimes, se indignaron:

—Aquí todos somos sinceros, honrados y leales!

Unánimes? He dicho mal. Uno había continuado sonriendo con cinismo.

Un Blasco, el traficante, alzó la voz:

—Eso es lo esencial para que el negocio marche... Y no admitiré más, bajo ningún principio, cualquier gesto que no dé un resultado concreto. Veamos las últimas cuentas.

El subversivo descamisado se puso a silbar, indiferente.

Los otros se inclinaron sobre los guarismos.

Yo aproveché aquella distracción para empezar a alejarme en puntillas; aun sentí que decían:

—El loco nos cuesta mucho, pero como *réclame* resulta.

Posiblemente constataron un excelente tanto por ciento de ganancia.

Los diecinueve Vicentes lo miraron con simpatía, con cariñosa ternura, como a un chico idolatrado y bandido, como a un "enfant terrible"...

Lo invitaron:

—Por aquí, Vicentito...

Sentí los goznes sólidos de una puerta.

Juraría que lo encerraron en la caja de hierro, con los demás valores.

EL BOTIN

No era que en aquellos duros y dulces tiempos de la vida bohemia se viviese en la luna, pero nuestra lírica despreocupación no nos permitía el cotidiano contacto con la terrena miseria.

Era una cosa normal, pues, el no detenernos en lamentosas observaciones sobre nuestras derrotadas prendas personales, vicio burgués y horteril al cual apenas si dedicábamos algún sarcástico desahogo rimado.

Eramos superiores...

Rodolfo Lanza, filósofo, relojero y salteño, pasando cuarenta y ocho horas dormidas de un tirón, envuelto en el manto del sueño para que no lo viese el hambre... Horacio Bueno, industrial, comerciante, que era más buscavidas y había conseguido en "El Bajo" una popularidad de corredor de cuanto artículo necesitaban las franchutas, con las cuales él se entendía en un francés pintoresco y expresivo... Bueno, que amaba el invierno y los días de llovizna para adaptar a las circunstancias su único calzado, unos descomunales zapatos de goma rellenos de diarios... Jesús Méndez Bravo, un aragonés de mentón borbónico y voz mandibularia, el Job de la compañía que, en noches interminables, trababa conocimiento con las tablas del piso, sobre las cuales dormía, soportando

una lluvia finísima generada por nuestros colchones de pelo de caballo que se desventraban como japoneses estoicos.

Eramos superiores... comiendo de vez en vez en la "Cocina Económica", que nos impregnaba de olores a caldos y a frituras, hasta el punto de que, después del almuerzo, para no servir de aperitivo a nuestros compañeros en ayunas, debíamos someternos a una conveniente ventilación.

Eramos superiores... devorando, sobre papeles impermeables, pues prescindíamos de los vulgares platos, los tallarines preparados por Horacio en la jarra del agua.

Y, quizá por eso, yo jamás había hecho descender a los botines mi mirada olímpica.

Pero, aquella mañana debía ver a un señor de mi pueblo, quien me prometiera el "empleíto".

El "empleíto"!... Varita mágica que me había abierto los ojos a las nueve de la mañana, —un ma-drugón—, y que ablandaría el corazón de granito del casero, del cual andábamos escapando como el diablo de la cruz. Y a mí, —a pesar de mi irreductible desprecio a las burgueserías—, me hiciera soñar con sastres y zapateros sonrientes y solícitos y con descomunales *chops* de cerveza, tamaños como el tanque de la Compañía del Gas, con los cuales invitaba a la "barra", gozosa y espantada.

El empleíto!

Pero qué saben esos respetables Catones que quieren tapiar las sendas ya polvosas, ya floridas, ya llenas

de espinas que conducen a los ciudadanos de ambos sexos a la burocracia...

El empleo con la cohorte de ventajas y beneficios, desde las buenas relaciones con el estómago, hasta las mejores con la vecinita de enfrente, que nos sonríe al saludarnos y que, seguro, cuando nos deleita con su canto, se le debe hinchar como un plumón el pechito de paloma blanca.

Ya me conmovía pensando en casarme y abandonar a mis amigos.

—Adiós, hermanos, desierto del infatigable gremio!

Rodolfo me escuchaba, incrédulo, pronto a cambiar en desprecio su escepticismo.

—Renegado! tráfuga!

Horacio cantaba:

“Chanco burgué, atrás, atrás!”

Jesús, a quien era familiar Lafontaine, intervino con su vozarrón:

—Dejémosle hacer “La lechera”.

* * *

Fue entonces cuando extraje un botín de debajo del catre.

—Horror!

¡Estaba imposible, intransitable, inverosímil!

Una babucha de Abu-Karem debía ser flor junto a mi tamango.

Los ocho ojos de los cuatro ciudadanos debían estar incubando una lágrima de incommensurable lástima...

Los tacos torcidos y mochos; la capellada con más tajos que la cara de un malevo; el cuero totalmente descolorido y los cordones anudados, ¡a pedazos!

No nos amilanamos frente a las sollicitaciones de la lucha!

En un santiamén aparecieron los elementos de combate.

Una aguja con hilo blanco, los cordones anaranjados de unos zapatos de Rodolfo y una excelente mezcla de cosmético de los bigotes de Horacio, tizne del primus y el residuo de uno de esos retacones tinteritos de dos vintenes.

Empezamos a negrearlos maravillosamente.

Uno, casi terminado, —esperaba la segunda mano— fue recibido con hurras.

—Parecía salido de lo de Fattoruso!

Yo lo fui a colocar en nuestra alta ventana para que se secase.

Y... y... maldita suerte!, como sobre un plano inclinado, se deslizó y zuum! cayó en medio de la vereda.

—Jesús, me lo vas a buscar?

El españolito titubeó; luego iba a cumplir el pedido cuando yo mismo lo tomé de las solapas.

—Espera.

Enfrente, la encantadora vecinita se asomaba al balcón y con unos “buenos días” que parecían un poema, me envolvió en la más lírica, más luminosa y más tibia de las sonrisas.

Rociaba las plantas.

Le cambiaba el alpiste a los canarios.

—Dentro de un momento se va... Lo mira...
Lo habrá visto?

.....

—Vecino.

—Señorita.

—Cómo es eso, se le ha caído un botín?

Y yo, indiferente; estirándome un poco para mirar la estropeada prenda que parecía un sapo con la boca abierta, le contesto con despreciativa suficiencia:

—Eso?... eso no es mío!... no es nuestro...

.....

—Jesús, en cuanto ella se entre, te le vas al humo.

.....

La muchachita se fue, y cuando dejábamos pasar un tiempo prudencial, apareció de nuevo y ¡con la costura!

Teníamos para toda la mañana! Si al menos se descomposiese del estómago!

Estúpidas pretensiones! Pero, quién me hizo a mí cometer la burrada de hacerme el interesante afir-mándole que el botín no era mío? La negra hon-rrilla! Por lo menos nos resta eso, el amor propio, el orgullo del hidalgo de gotera!

.....

—Y el empleíto?... El seguro almuerzo con mi conterráneo, el almuerzo en el "Suizo".

No me quedaba sino suspirar.

Rodolfo y Horacio, —uno tenía el pie pequeño como el de una dama, el otro sus clásicas chalanas de goma,— habían salido a rebuscarse.

Jesús y yo montamos la guardia.

Un señor pulcro, de zapatos relucientes, se entre-paró frente a la ventana y con suma delicadeza y la punta del bastón desplazó el tamango de la vereda.

Menos mal.

De pronto apareció un chico con una botella.

Silbaba despreocupado cuando la vista del botín lo detuvo. Se le acercó, lo movió con un pie y gritó:

—Penal!

Colocó la botella en el suelo, acomodó la víctima en posición estratégica, contó diez pasos y luego de imitar el silbato del juez, lo acometió con un furor de campeón olímpico.

Paf! Y el botín se levantó, medio destripado, y fue a parar como a veinte metros.

Un tipo que pasaba se detuvo con cara de "hincha":

—Bravo!

Seguro, entreveía un Petrone, un Andrade en el pequeño diletante, y éste se entusiasmó:

Paf! y paf! y paf! El muchachito era un soberbio *shoteador*.

¡No rompersele el alma!

Por suerte, en una de sus violentas y forzadas pa-ráboles, el botín tomó la dirección de la botella, ésta dejó de existir y el *footballer* se alejó llorando.

Pero... continuaba la odisea.

Un perrito, —¡tan mono! ¡con qué ganas le daba una tomita de estricnina!— lo atropelló y le metió diente, arrastrándolo, llevándolo, trayéndolo, hasta que se aburrió.

Un momento descansó melancólico el pobre!

Y ya una idea terrible atravesó mi cerebro:

—El basurero! Señor, que no apareciese el basurero, porque si no, estábamos perdidos!

Era tarde; quizás ya hubiese pasado.

Y lo extraordinario era que teníamos que hacernos los indiferentes, pues aunque las peripecias del caído nos destrozaran el alma, la vecinita, desde su balcón, nos sonreía...

Yo me debo haber puesto a soñar con el menú del restaurant cuando Jesús me dispara:

—Se lo ha tragao la tierra!

Efectivamente, había desaparecido.

Dos canillitas venían discutiendo.

Uno traía en la mano, como arma contundente, mi zarandeada prenda.

—Pegá!

—Pegá vos, ranfañoso!

—Pegá vos, primero!

Si se comete un crimen, pensaba yo, va a la Comisaría el cuerpo del delito.

Se arreglaron los peleadores y el botín volvió al arroyo.

Ahora, desde más cerca, lo veía irreconocible, gris de tierra, perdida la pátina conseguida con tanta prolijidad.

Hasta cuándo duraría aquel martirio?

Nuestra disimulada angustia ya se repartía entre el estado lamentable de mi prenda zapateril y el esfumarse del empleo.

Un ruido apocalíptico nos hizo parar la oreja.

Con rumor de hierros, gris y pesado como un tanque guerrero, avanzaba imponente uno de los modernos carros de la limpieza pública.

—Maldición! He ahí la estupidez democrática e igualitaria del progreso! El hombre moderno siempre creando alguna deidad imbécil. La higiene! La careada higiene! Acaso aquí seríamos más felices que en Nápoles, Catania o Constantinopla porque nos lavábamos la cara y teníamos bonitos carros para la basura?

Ahora me llevaban el botín.

Qué inacabables segundos!

Qué dolorosa espera!

La última esperanza se cimentaba en la negligencia del basurero.

Al fin era un funcionario público...

Vana ilusión!

Con la punta del látigo, sin inclinarse, lo ensartó y voló de nuevo, ahora a confundirse con la inmundicia.

Adiós esperanzas, adiós empleo, adiós almuerzo!

En medio de la desesperación, la historia nos enseña que nunca falta un chispazo genial.

Estábamos salvados!

—Jesús, toma un diario, mételo bajo un brazo y sigue los pasos del basurero. Cuando estés a una distancia conveniente o en una vuelta de esquina, le explicas el caso y le reclamas mi propiedad.

Me restregaba las manos.

Salvador basurero!

Jesús salió y yo fui a consultar el resto del cosmético y el tizne del primus.

Siquiera hiciese las cosas con cuidado, que no se apercibiese la vecinita.

Ahora sí me iba en una disparada, almorzaba, me conseguía la recomendación y me aseguraba el empleo!

* * *

Apareció Jesús sudando.

Me alcanzó el envoltorio.

—Hip, hip, hip, hurra! . . . y lo desenvolví.

—Jesús! Gallego animal!!!

Me había traído una descangallada bota de señora.

18 Y ANDES

Ya he hecho práctica en dos cruces bravos: 18 y Constituyente, y en ésta, Jackson y Canelones. Salvé la vieja, que saqué de entre las ruedas del carro, y he dado otras pruebas macanudas.

Después, tengo estilo. El cuerpo firme, recto, los hombros armados y, siguiendo el leve gesto del rostro, el alzar los brazos indicadores, con precisión total y neta. Lo he estudiado bien delante del espejo.

Y luego, ¿qué me dice del girar rotativo, apenas perceptible, a derecha e izquierda, por turnos, para dar siempre el frente a los cuatro puntos cardinales?

No en balde me he ganado las jinetas de sargento.

Eurípides Pérez de la Sota, Sargento Primero de la Brigada Tráfico.

Un servidor.

Van a ver, ahora.

Entro de servicio a las ocho.

Cuando la ciudad se despierta, se desliza un tranvía desde allá arriba como una gota de agua sobre un encerado; trae la campana aun envuelta en un rebozo de sueño. Lo siguen las jardineras de los repartidores de pan, los lecheros y esos camiones monstruos achatados bajo los materiales para las obras. Después aparecen los Fords, arremangados, como obreros que vinieran a medio vestirse, y coches más

burgueses: un Daimler, un Dodge, arrastran a los patrones a la labor.

La ciudad es un organismo que despierta.

Montevideo, como un niño grande que se divierte, nos empieza a tirar con vehículos que nosotros paramos con la varita blanca y repartimos, con señales y pitadas, entre las cuatro gargantas de las calles que, cuando se atragantan, tosen con bocinazos y campanadas de tranvías.

A las ocho la cosa corre lindo.

A las nueve demuestro mi estilo.

A las diez me río de la descarga de autos nuevos con que me hacen fuego de las cuatro bocacalles.

A las once se intensifica la danza y mi ojo clínico descubre a las mujeres por la suavidad tibia que tiembla bajo las telas de colores, como identifica los autos, los ómnibus, los camiones, por las trepidaciones del motor, al tranvía por el chirriar de su ferretería.

Ya me obligan a hacer detenciones más largas para desagotar Andes, que me atropella con sus cargas de Aguada y medio Barrio Muñoz, y de la Plaza Independencia, bocanadas del Cordón, del Bulevar y de la Unión, me empujan cual si quisieran llevarme por delante con ellas.

Por 18 abajo ruedan, locos de hambre, los trenes y los autobuses que se van a hartar a Plaza Zabala y Puerto, y algún taxi y los autos particulares, —por qué dejan todo siempre para última hora?— me taladran los oídos con sus reclamos de urgencia.

Estoy cual sobre un eje en el asfalto.

Soy un faro abanicando miradas y con el imán de la punta de la varita arrastro y reparto tajadas de tráfico al Norte, al Sur, al Este y al Oeste.

Como aquellas ruedas de colores del cinematógrafo en pañales, gira una veleta policroma a mi alrededor: coches, camiones, trenes, autobuses: verdes, grises, amarillos, azules, rojos, cremas. A momentos se confunden los siete colores primarios, en el blanco del espectro solar.

De vez en vez la Asistencia Pública llega al corazón de los vehículos con el reclamo de su campana triste y suplicante: cae un barril de aceite en la encrepada tormenta ciudadana... Pero ya le corren atrás aullando y por poco le pisan la cola al auto de la Cruz Verde.

Lo malo son los contraventores, las bicicletas intrusas, la exhalación de las motos, los bisoños con sus choques que hacen perder tiempo...

Sacar la libreta, tomar nombres, señas, datos... el parte...

Y este sol, que nos mete una aguja en el medio del cráneo, por la punta del casco, y dale a horadar cual si quiera fijarnos, —a través del cuerpo,— en el pavimento.

Y los pies, que se nos hinchan y nos avisan que no van a poder salir de los botines.

* * *

—Pito. Libre 18! Suben: 3 tranvías, 6 autobuses: Pocitos, 2; Unión, 2; Hipódromo, 1. Y ése? y ése? Línea nueva, el "Franco-Uruguay" a Punta Carre-

ta? 8 autos: 6 Fords; 1 Studebaker, lindo coche...
A ese Packard lo conozco... Trenes: 55, 51, 35...
Autobuses: Aduana, Aduana, Aduana...

Pito: pare Andes: cruce gente: uno, dos, siete...
nueve... Pucha con ese viejo! Usted será pajuera-
no? Corra que abro la puerta al 12, al 17, al 18...

Libre Andes de afuera y de centro.

Siga 18 abajo y arriba.

Marche!

Va macanudo.

Parece todo enacitado.

Pero deben ser las doce y no viene el relevo.

Se me acalambran las piernas. Me hormigean los
pies dormidos. Tengo desgonzados los brazos...

Pito: 18... Andes... Siga... Pare... Gente...

Continúa el chorro: 54 Camino Maldonado...
Larrañaga... Avenida Italia... Autobús Pocitos...
Otro Unión 2, 3, 4... Autos: 12-48... 20-98...
78-56... Un Buick O? Florida. Un Fiat... Un
Réo... Citroen, modelo 1928... A qué se viene
ese canario con el charret! Cuidado, bárbaro!!!

—Pito... Público: march!...

.....

—Ese relevo que no viene!

.....

Ese relevooo!

Los árboles se mueven y quieren hacerme la com-
petencia moviendo las ramas. Las casas intentan venir
a darme una broma. No les hago caso. Eso es un
mitin de árboles. Si vendrán a pedir que no los
poden! Los detengo?

La Libertad se apea de su columna de la Plaza
Cagancha y desciende por 18, con la cadena rota y
la bandera arrollada; la acompañan la Victoria de
Zorrilla y el Gaucho... Ese forajido se viene con la
lanza en ristre!

Y no los imita el general Artigas? Un hom-
bre tan serio!!

El público me hace mojigangas y cortes de manga.

Está todo el mundo loco!

Los ómnibus crecen... Tienen tres pisos, cuatro
pisos... Los Fords se achican, se vuelven insectos,
arañitas negras y se me escapan por entre las
piernas...

—Respeten! Respeten!

Pito.

Nada.

Digan: se quieren reír de mí?

Oficial! Oficial! Es un desacato!

Procedo: le pego un palo en la cabeza a ese "Bon
Amí"; le rompo el alma a ese "Bella Noemi"; le
meto un tiro en un ojo al tranvía!

—Renault, está detenido; usted también, Ansaldo;
oiga, obedezca!

No ve? no ve? el Palacio Salvo se me ríe con
las 400 bocas de sus ventanas. Ahora se agacha a
decirme un chiste alemán: Ganado en pie...

Es la vista cansada?... El sol... No, es un gato
que ha caído en una canasta de lanas de colores...

Está enredado el tráfico.

Se ha interrumpido la comunicación.

—¡Qué calor! Oficial...

Oficial, debe ser sueño lo que tenemos...

Y Eurípides Pérez de la Sota, Sargento Primero de la Brigada Tráfico, dejó caer las aspas del molino de sus brazos y se plegó sobre sí como un acordeón, igual a un helado que se derrite...

Un teléfono llevó el chisme a la Asistencia.

Un auto de auxilio gritó que venía.

Alguien reclamaba un mecánico porque se le había roto la cuerda al tráfico.

Autos, ómnibus, tranvías, camiones, motocicletas, agudizaban sus pupilas, estiraban los cuellos, paraban las orejas y con los claxones, campanas y bocinas preguntaban:

—Qué hay? Qué hay?

Cuando los practicantes arremangados, con la tacita blanca de sus cascos y los delantales nítidos le dieron la primera inyección al sargento, éste volvió en sí y aprobó:

—Era necesario esto. Se precisaba la Asistencia.

Se puso de pie.

Es el barril de aceite en el mar agitado.

Hizo la venia dando las gracias.

Y abrió los cuatro espiches de las calles congestionadas.

—Siga el baile!

Tráfico.

18 y Andes.

FIN

INDICE

	Pág.
PRÓLOGO	VII
Biografía	XXII
Criterio de la edición	XXIII
SELECCIÓN DE CUENTOS	1

De ALMA NUESTRA (1922)

La carreta	5
Los sin patria	18
El chasque	34
La huésped	41
Los toros finos... y el hombre	47
Cosas del patrón	59
El sauzal	69
Peón de confianza	75
No hay matrero que no caiga	83
La cuentita	90
La china gorda	102

De LOS ROSTROS PALIDOS (1924)

La inglesa, arqueológica y sentimental	113
La señorita y la bestia	118
Aldo se ha arreglado	123
Los mutilados	127
Un gusano	134
La dote	142

De LUZ MALA (1927)

Luz mala	153
El marido de la maestra	209
El buen mozo diablo	230

De MONTEVIDEO Y SU CERRO (1928)

20 Blasco Ibáñez	263
El botín	270
18 & Andes	279